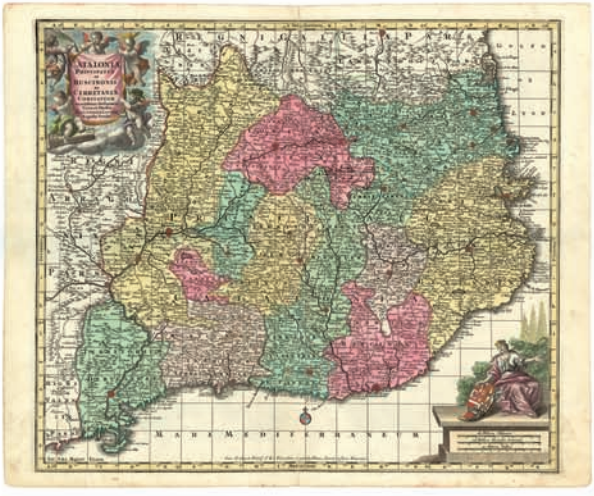
Pierre Vilar

BREVE HISTORIA DE CATALUÑA



El espejo y la lámpara

Pierre Vilar

BREVE HISTORIA DE CATALUÑA

3

El espejo y la lámpara

Director de la colección: Gonzalo Pontón Gijón

Consejo asesor:
José Manuel Blecua
Fàtima Bosch
Victòria Camps
Salvador Cardús
Ramon Pascual
Borja de Riquer
Joan Subirats
Jaume Terradas

1.ª reimpresión: febrero de 2013

Imagen de la cubierta: *Cataloniae principatus et ruscinonis ac cerretaniae comitatuum* (1750)
de Tobias Konrad Lotter.
Arxiu Nacional de Catalunya, Col·lecció Barella de Cartografia.

© del texto: Jean Vilar, 2011
© de esta edición: Edicions UAB, 2011

Edicions UAB
Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona
Edifici A
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)
Tel. 93 581 10 22 Fax 93 581 32 39

ISBN: 978-84-944914-9-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Nota editorial 9

Primera parte
En el umbral de una historia de Cataluña

Capítulo 1
La historia del tiempo presente (1939-1985) 19

Capítulo 2
El tiempo de los desequilibrios y de las crisis
(1868-1939) 37

Capítulo 3
Los efectos de un desarrollo desigual
(1787-1868) 57

Capítulo 4
Apogeo y decadencia del poder español, fluctuación
de los recursos del Principado (1468-1787) 77

Capítulo 5
Expansión y divisiones del «hecho catalán»
(siglos xiii-xv) 93

Capítulo 6
Nacimiento de Cataluña y proceso de feudalización
(siglos iii–xii) 101

Capítulo 7
Prehistoria, antigüedad, época de las invasiones 109

Segunda parte
Al concluir una historia de cataluña

Capítulo 1
El espacio catalán 121

Capítulo 2
El número de los hombres 129

Capítulo 3
Productores y cambistas 135

Capítulo 4
Enriquecimiento y enriquecimientos.
Desigualdades y marginalidades 145

Capítulo 5
Una nueva imaginería social
y Europa como incertidumbre 149

Capítulo 6
Cataluña, 1990: identidad, personalidad 155

NOTA EDITORIAL

Esta *Breve historia de Cataluña* es el resultado de la reunión de dos textos de mediana extensión escritos por Pierre Vilar para la *Història de Catalunya* que, bajo su dirección (y con la coordinación de Josep Termes), se publicó en Edicions 62 a finales de los años ochenta del siglo pasado. No sobrará detallar, por su importancia, que los volúmenes que conformaban aquella *Història* corrieron a cargo de Joan Maluquer de Motes (Prehistoria y Edad Antigua), Josep Maria Salrach (siglos III-XII), Carme Batlle (siglos XIII-XV), Núria Sales (siglos XVI-XVIII), Josep Fontana (1787-1868), Josep Termes (1868-1939) y Borja de Riquer (1939-1988), a los que se añadió, como novena pieza, una antología de estudios históricos. Vilar escribió prólogos breves para cada uno de estos volúmenes, pero los dos más relevantes, los que concibió como piezas exentas y de gran alcance —los que se reproducen aquí—, son el que abre la serie y el que la cierra, escritos respectivamente en 1986 y 1990. Se trata de dos impecables ejercicios de síntesis, uno enmarcado en la larga duración y otro en la muy corta: el primero es un balance de la historia de Cataluña a lo largo de los siglos; el segundo, una reflexión sobre la realidad y significación de Cataluña en el presente del historiador. El texto sobre el pasado lo recorre en el sentido inverso al de la flecha del tiempo y

constituye una muestra acabada de la originalidad, perspicacia, fecundidad y capacidad de síntesis de Vilar; el que versa sobre el presente —hoy parte ya del pasado reciente— adquiere a nuestros ojos un cristalino valor de certidumbre. No faltan en ellos algunas referencias a los autores y volúmenes citados, que se ha preferido mantener por fidelidad a los originales.

Los responsables de «El Espejo y la Lámpara» quieren agradecer a Jean Vilar su disposición generosa y paciencia inagotable a la hora de atender nuestras peticiones; a Rosa Congost, su certero asesoramiento; a Edicions 62, las facilidades concedidas, desde el primer momento, para ceder los textos y facilitar su difusión en castellano. Esperamos que la presente iniciativa contribuya a devolver al espacio público la forma de «pensar históricamente» de Vilar, guía indispensable para una mejor comprensión de la complejidad (hecha de seres, espacios, objetos, acciones y palabras) que anida tras la historia de un territorio, un pueblo, una nación o un estado.

PRIMERA PARTE

En el umbral de una historia de Cataluña

A principios de los años ochenta se me pidió una conferencia, en Barcelona, sobre el tema «¿Se puede escribir la historia de un país sin sentir simpatía por él?». Sospechaba que me sugerían un principio de autobiografía espiritual, una meditación sobre las relaciones entre mi persona y mi oficio, y también sobre el hecho catalán. No me eché atrás. Toda reflexión seria puede resultar útil. Por otro lado, desde entonces se han descubierto las virtudes de la «egohistoria».

Pero si rememoro este episodio personal en el umbral de una *Historia de Cataluña* cuya responsabilidad moral se me ha querido confiar —cosa que me honra e intimida a la vez— es porque había discernido, bajo la sencillez del planteamiento, toda una complejidad problemática:

1. ¿Qué es «hacer la historia de...»? ¿Es simplemente «hacer historia»? Podemos «hacer historia» movidos por el amor a Grecia, por el aprendizaje de las buenas costumbres durante el siglo XVI o por el producto nacional británico desde 1900. Pero «hacer la historia de...» implica una hipótesis sobre el contenido del término que sigue a «de». Tal hipótesis no puede quedar sin formularse.

2. Ahora bien, en la pregunta que se me había presentado,

el término empleado era *país*, y es necesario convenir en que no se trata de una palabra cómoda; la utilizamos cuando se sobrepasa el espacio urbano o el nivel comarcal, cuando jurídicamente no puede escribirse la palabra *estado* o cuando uno no osa (¿políticamente?) elegir entre *región* y *nación*. Cualquier catalán estará de acuerdo en que se trata de un gran problema.

3. Todavía queda la palabra *simpatía*: «experimentar con», «alegrarse o sufrir con», este derivado del griego define relaciones interpersonales. ¿Es legítimo emplearlo cuando se trata de un hombre y de un «país»? Eso sería contemplar aquel país como una persona. Y uno se pregunta también si una relación demasiado íntima, demasiado afectiva, entre una entidad personalizada y el historiador que la estudia amenazará la solidez de las reconstrucciones o hará más auténticos los análisis. ¿Quizá, al fin y al cabo, las dos cosas a la vez?

En la segunda página de su última obra —*L'identité de la France*, que apareció el día después de su muerte y que quedará inacabada— Fernand Braudel escribió: «El historiador solo está en condiciones de igualdad con la historia de su propio país». Tal idea podría, en el umbral de esta historia de Cataluña, inspirarme alguna inquietud. ¡A mí, que no soy catalán! Porque todo ello supone una gran cuestión: la de las historias nacionales, anteriormente acometidas (y culminadas con éxito) por innegables grandes historiadores, que no escondían en absoluto su inspiración ni sus finalidades patrióticas. Pensemos para Francia en Michelet, para Cataluña en Ferran Soldevila. La referencia de Braudel es, por otra parte, muy clara: «Amo a Francia con la misma pasión exigente y compleja que Jules Michelet».

Pero confieso que la frase me sorprendió en la pluma del historiador del Mediterráneo, de los «juegos del intercambio» y de los «tiempos del mundo», que siempre se había mostrado (lo atestiguo personalmente) vigorosamente crítico con las prácticas historiográficas que dominaron durante mucho tiem-

po: los cuadros nacionales, la preferencia por los factores político-militares, las herencias de un siglo XIX donde todo lo histórico parecía confundirse con el destino de las naciones-estados que se afanaban por ascender.

Y sin duda, la brusca y tardía conversión de Fernand Braudel a una curiosidad apasionada por la identidad de Francia formará parte, a los ojos de los futuros historiadores, de los signos de una coyuntura de nostalgia: a la Francia de 1980 le gusta soñar con la de 1900. Pero no es este el lugar para reflexionar sobre este episodio.

Pese a ello, puede sugerirnos una cuestión paralela: ¿convendría, en 1986, proponer una *Historia de Cataluña* pensada en términos de identidad, personalizando su objeto como heredera del Romanticismo, con la pasión —no menos exigente ni menos compleja que la de Michelet— que animaba a Ferran Soldevila? ¿No sería arriesgarse a retroceder, a recorrer de nuevo una etapa superada, y por lo tanto a admitir implícitamente que «la identidad» catalana todavía necesita ser demostrada? Quizá no osaría pronunciarme sobre el tema si Jaume Vicens Vives no lo hubiera hecho ya, hace más de treinta años.

Si bien fue uno de los primeros que presentó objeciones a planteamientos clásicos, se guardó mucho, en su *Notícia de Catalunya*, de renegar de la obra de sus predecesores, no solo porque entre ellos hubiera grandes trabajadores y grandes talentos que enriquecieron nuestros conocimientos concretos, sino también porque sus convicciones, su visión del mundo, forman parte de la historia que nos importa descubrir: «son testigos de la época, reflejos de la forma de sentir de los catalanes de las generaciones que nos han precedido [...] los admiramos y los sentimos como algo propio, inseparables ya de nuestro ser en virtud del proceso que transforma un pensamiento o una acción en "espíritu objetivado"».

Por lo tanto, dice Vicens, «no hablemos mal de ellos». Pero a continuación aparece: «no podemos encadenarnos a ellos».

Un poco porque es necesario evitar a la vez la sequedad de la tradición positivista y la pasión deformadora de la tradición romántica. En gran parte porque actualmente disponemos de nuevos instrumentos de análisis de lo real. Finalmente, porque la experiencia del siglo xx ha dado lugar —por su propia dureza— a un historiador más clarividente, menos amenazado por las ilusiones, que los del siglo pasado.

Más que ellos, nos sentimos en efecto capaces de afrontar la historia del tiempo presente e incluso la historia inmediata. En otros tiempos eso se evitaba objetando que la falta de perspectiva exponía al historiador a la presión de las opciones existenciales, de los juicios ideológicos. ¡Como si la historia clásica, incluso positivista, no estuviera repleta de transposiciones —tanto más peligrosas por el hecho de ser inconscientes— de estos juicios y de estas opciones!

Además, nuestras sociedades de hoy son escrutadas, diseccadas, por toda clase de observadores dotados de instrumentos científicos (incluso a veces pueden discutirse los fundamentos teóricos de su aplicación). Demógrafos, economistas, sociólogos, politólogos, psicoanalistas, lingüistas, estructuralistas de todas las escuelas, sugieren al historiador unas problemáticas, unas formas de buscar y de tratar los datos, utilizables de forma desigual según los tiempos estudiados, pero que dibujan los cuadros de cualquier análisis.

Frente a estas exigencias, el historiador, por su lado, tiene otras posibilidades, y otros deberes. Debe experimentar, y puede mostrar, cómo cada una de las ciencias jóvenes —humanas o sociales— corre el riesgo conjugado de limitar su campo y de pretender generalizar sus lecciones, mientras que el movimiento de la historia resulta de la coexistencia de los campos, y de la interacción de los factores, así como del cambio continuo de sus relaciones cuantitativas y cualitativas.

Por lo tanto, no pensar en lo actual por sí mismo, sino a partir del pasado, no interesarse por el pasado en sí mismo,

sino porque pesa sobre el presente, constituye la única manera de apoderarse acertadamente de lo uno y de lo otro. Todo historiador inteligente es sociólogo, todo sociólogo inteligente es historiador, decía Marcel Mauss. Del pasado a hoy, de hoy al pasado, el diálogo es constante. Y he llegado a desear (y a practicar) una práctica historiadora retro-spectiva (me gusta separar esta palabra para darle todo su sentido).

Sin embargo, sé que el lector de un libro de historia espera un relato, una exposición cronológica de una sucesión de acontecimientos, que podría empezar por «érase una vez...».

Pero, precisamente, ¿sería razonable empezar en este caso con «érase una vez Cataluña...»? Sabemos que este nombre no aparece antes de principios del siglo XI, que nunca ha figurado como parte del título de ningún gran señor feudal o soberano moderno, que aquello que se llamó el Principado no tenía príncipe, lo cual no significa que no comprendiera una realidad, incluso jurídica. Y quizá sea esta circunstancia lo más interesante para ponernos en guardia contra el peligro de «¡lo político en primer lugar!». Dicho esto, si uno evoca el hecho cultural, el hecho lingüístico, resulta evidente que el hecho catalán supera al Principado. Así pues, en cada momento convendría definir aquello que llamamos historia de Cataluña.

Y es que la historia no es solo relato, sino también análisis, explicación. ¿No sería lo más indicado, en este momento, antes de remontar hasta los orígenes, tomar conciencia de ello por medio de rápidas ojeadas, de forma que retrocediendo en el tiempo vayamos de lo más conocido a lo menos conocido, de lo más accesible a lo menos accesible? Si todavía no está todo dicho, en la historia de los años treinta, sobre el reclutamiento de la FAI o de la Falange, ¿se cree que entenderíamos mejor lo que hacía crecer en 1630 el terreno de los *nyerros* o el de los *cadells*? Ciertamente, son divisiones de diferente naturaleza, porque se trata de dos tipos distintos de sociedad. Retrocediendo en el tiempo, tenemos más posibilidades de percibir

de qué forma los problemas planteados continuamente a una sociedad dependen de la solución (o de la no-solución) de los problemas planteados a la sociedad anterior, así como de la aparición (o de la no-aparición) de verdaderas novedades, que no siempre son las más destacadas.

Intentemos, pues, a las puertas de siete volúmenes bien ordenados, entrar en la historia abriéndonos paso hacia atrás, como quien recula.

CAPÍTULO 1

La historia del tiempo presente (1939-1985)

Muchas veces me he divertido, ante amigos catalanes, subrayando que nací en 1906, el año del Primer Congreso de la Lengua Catalana y de *La nacionalitat catalana* de Prat de la Riba. Mi tiempo es el del catalanismo en su madurez, aflorando como un componente principal en la vida política española del siglo XX.

Ahora bien, todo ello ya es historia en el sentido clásico del término, si se entiende por ello lo que puede evocarse por medio del concepto de *recular*. Apunto aquí que los autores del séptimo volumen de la presente *Història de Catalunya*, Borja de Riquer y Joan B. Culla, habían elegido como primer terreno de investigación personal este mismo episodio: el nacimiento del nacionalismo burgués, el tiempo de la Lliga y de su respuesta lerrouxista. Pero en este volumen deberán afrontar su propio tiempo: el del franquismo y del postfranquismo, que para ellos es una historia inmediata, puesto que nacieron (o casi) con ella.

He visto el borrador de su proyecto. Está lleno de promesas. Llegado el momento, expondré las lecciones que creo poder extraer de la forma definitiva de su aproximación. Ahora solo indicaré los problemas que creo que se plantean al historiador (porque los he visto planteados a los hombres) en estos

cuarenta y cinco años de vida —por lo tanto de historia— catalana: 1939-1985.

En primer lugar, he percibido estos años desde lejos, incluso desde muy lejos, ya que estaba en un frente de guerra en 1939, y luego cautivo hasta 1945. Luego, de cerca, en la propia Barcelona, en 1946-1947. Más tarde, desde París, pero sin perder el contacto, sobre todo gracias a la fidelidad de una juventud estudiantil (a menudo militante) que todavía aprecio. Así, mis investigaciones sobre un pasado catalán relativamente lejano se cruzaron, se podría decir tejieron, con los testimonios de historia vivida. Y este tejido no ha dejado de hacerse más tupido desde los años sesenta. Esta combinación ausencia-presencia, este escalonamiento dentro de la diversidad de los contactos, constituye para mí el equivalente del retroceso, recomendado antes al historiador. Está claro que recular no significa indiferencia, y ya he dicho que es dudoso que alguna vez haya significado objetividad. Pero si ahora no pido perdón por utilizar aquí el *yo*, es con la esperanza de proponer un testimonio de amigo en el *nosotros* catalán en un momento difícil.

Confieso que en otoño de 1945, cuando decidí volver a solicitar, para retomar mis investigaciones de archivo en Barcelona, el cargo en el Instituto Francés que ocupaba en 1936, sentí ciertos escrúpulos y debí soportar además la mirada severa de algunos amigos: «¿Cómo se puede ir a vivir *chez* Franco?»

Cuando llegué a Cataluña calibré la estupidez de semejante fórmula: vivir *bajo* Franco no era lo mismo que vivir *en casa de* Franco. Era vivir en el seno de las miserias, de las represiones, de las amenazas, de las mentiras. Como mi mujer había conocido la ocupación extranjera y yo la cautividad, no nos sorprendía cierta atmósfera; lo que nos sorprendía era reencontrarla a un paso de la Francia recién liberada. Pero, en el contacto retomado con Joan y Margarida Petit, con Pere y Mercè Bohigas, con Marçal y Mercè Olivar, con Agustí y Hermínia Duran i Sanpere, ¿cómo íbamos a sentirnos en casa de Franco?

Es cierto que otros amigos estaban en el exilio, que todos veían perjudicados sus medios materiales, su dignidad profesional, su alegría de trabajar y de vivir. Pero nada había cambiado en su persona moral ni en su conciencia de catalanidad. Estábamos en su casa.

Este rechazo espontáneo, profundo, de una pertenencia no sentida e impuesta por una derrota, creo que es algo que debe subrayarse en una historia de Cataluña pensada para durar. Contemplado en el tiempo, este rechazo recordaba el de los años posteriores a 1472, a 1659, a 1714; en el espacio, nos evocaba la Francia resistente, la que latía por debajo de la denominada —y que todavía suele denominarse— Francia de Pétain. Tales expresiones, demasiado aceptadas por la historiografía, están llenas de trampas. Demasiados lectores de manuales, al leer la España de Franco, entienden la España franquista.

Nadie duda que la España franquista haya existido. Evidentemente dominaba en ciertos sectores sociales, en ciertos cuerpos tradicionales, en ciertas regiones. Pese a ello, los catalanes no eran los únicos que resistían espiritualmente. Cuando en la Biblioteca Central (para nosotros siempre Biblioteca de Cataluña) nos encontrábamos al padre Donostia, el gran musicólogo nos hablaba a veces sobre música, pero más a menudo lo hacía sobre Euskadi. Cuando Pepito Llorens Artigas o Joan Miró nos hablaban de sus amistades internacionales, sentíamos que las imágenes de 1937 —*El segador*, *Montserrat*, *Gernika*— no podían ser borradas de la memoria del mundo. Cuando nuestros amigos inolvidables, Pilar y Luis de Valdeavellano, ella aragonesa, él castellano, nos contaban las angustias de los tiempos de la guerra en Valladolid o en Ávila, calibrábamos cuántas rabias escondidas habían tapado, en determinados lugares, las unanimidades aparentes. Ahora bien, la pasión de Pilar y el espíritu crítico y agudo de Luis no eran ignorados por una élite catalana joven; en torno a ellos conocí, en 1946, a

Vicent Girbau, Joan Reventós, Fabià Estapé, Ángel La Torre, J. M. Font Rius... El porvenir, con todos sus matices, ya estaba presente en esos años aún tan negros.

Se objetará a este testimonio que es estrecho, elitista, que no se puede juzgar a una sociedad frecuentando solo a sus intelectuales. La ficha de policía que me concernía decía —me han dicho—: «Solo ve personas no adictas al régimen». Faltaría saber la proporción de los adictos. Nada de elecciones, nada de sondeos; ¿y quién se habría creído los resultados? Añado que, sin frecuentar a los franquistas, no pude evitar encontrar a algunos (todos los personajes oficiales lo eran en principio); ahora bien, se mostraban muy discretos sobre sus convicciones, cuando todavía estaba cerca la derrota hitleriana y las revelaciones que la siguieron. Hasta el punto de que llegué a decir, medio en broma, que para encontrar a un franquista había que buscar dentro de la colonia francesa (colonia que, por otro lado, ha probado después que yo estaba en lo cierto). Dicho lo cual, como no era cuestión de realizar encuestas de opinión en el campo y en las fábricas, yo solo juzgaba las reacciones populares en la calle y los mercados. No se tenían miramientos para con el régimen, al cual se atribuía la miseria («lo que es natural», como decía el conde de Aranda ante los disturbios de otros tiempos).

Y a pesar de todo ello, en 1946, el régimen todavía tenía por delante treinta años de vida. El historiador debe preguntarse por qué. Me permitiré avanzar aquí no afirmaciones, ni siquiera hipótesis, sino direcciones de investigación, que sin duda B. de Riquer y J. B. Culla ya han seguido. Pero, en historia, uno nunca está al final del camino.

1. *Como punto de partida, es necesario medir la profundidad de las miserias*. En 1939, la guerra dejó a España en un estado de tal despojo material y de tal división moral, que le resultó imposible por igual entrar en la guerra mundial o sacar partido

—como en 1914— de su neutralidad; el aparato productivo estaba demasiado afectado. Y permaneció así durante mucho tiempo. Durante los años cuarenta, el país todavía conoció los «años del hambre», en el sentido que habían tenido estas palabras en el curso de los siglos anteriores y que todavía tienen en el tercer mundo. Mortalidad y morbilidad son testigos de ello. Ahora bien, si las crisis agudas provocan incidentes sociales, las crisis prolongadas desgastan todo tipo de energías. Durante el decenio que siguió a 1939, Cataluña conoció más de un incidente (atentados, guerrillas), pero ninguna fuerza se mostró capaz de poner de nuevo en entredicho los resultados de la guerra. Pesaron el cansancio, las amarguras, el esfuerzo por sobrevivir, a menudo agotador, el exilio de los militantes más activos de antaño, circunstancias que no permitían enfrentarse a un aparato de estado brutal e invasivo. Pero no creo en un predominio de la colaboración, la aceptación o incluso la simple resignación de la masa catalana frente al poder vencedor. La experiencia que he evocado me recuerda más bien —desgraciadamente dramatizada por centuplicado— la que había vivido en 1927, durante la decadencia de la dictadura de Primo de Rivera, y que fue el origen de mis reflexiones sobre el juego complejo, en el seno de la historia, entre luchas de comunidades y luchas de clases.

2. *Quejas nacionales y quejas sociales convergen pero no coinciden*, por lo cual las oposiciones subterráneas resultan poco eficaces. En 1947, al igual que en 1927, la comunidad catalana no podía dejar de sentirse expuesta, como tal, a las desconfianzas y vejaciones de un poder autoritario, militar, en gran parte erigido contra ella y al que había desafiado. Incluso la burguesía catalana más solidaria, por posición, con este tipo de poder, socialmente conservador, contrarrevolucionario, se ha sabido siempre bastante menospreciada en Madrid. La masa de las clases medias, sin duda mayoritaria en Cataluña —campesinos,

artesanos, tenderos, funcionarios medios, empleados, intelectuales—, da a su descontento, ante el poder central, un sentido nacional, ya que la obsesión de la pertenencia catalana se veía continuamente avivada por las amenazas contra la lengua, contra la cultura, contra la originalidad de las instituciones; ese sentido nacional debía ser preservado u obtenido. Finalmente, la clase obrera, sobre todo barcelonesa y en parte inmigrada, tiene sus propias quejas: en el curso de los años cuarenta, explotación creciente, isletas de miseria atroz, encuadre dentro de los sindicatos oficiales, sueño desmoronado de revolución... Pero tantas razones de oposición, de rechazo, ¿podían unirse eficazmente, como lo habían hecho por un momento a principios de los años treinta? Los grupos y los hombres que habían visto amenazados sus bienes y sus personas por los acontecimientos de 1936 estaban prácticamente atados a los que habían resultado vencedores (y que los provocaron). Por el contrario, las clases medias y la clase obrera se atribuían con gusto y recíprocamente las responsabilidades de la derrota. Por lo tanto, convergencia negativa en los vencidos contra el orden impuesto, pero reacciones de clase siempre distintas. Estas contradicciones no conciernen solo a los años posteriores a la guerra civil: dominan la historia contemporánea, en Cataluña y en todas partes. Lo que nos interesa es situar los momentos agudos de las contradicciones, o sus atenuaciones ante los peligros comunes, que pueden llegar hasta unidades aparentes en ciertos momentos de exaltación por la reivindicación o el triunfo. El 11 de septiembre de 1977, como el 14 de abril de 1931 (o, en Francia, el 8 de mayo de 1945), son resultados reveladores, y no milagros. Cabe distinguir siempre, de todas formas, entre unanimismo y unanimidad.

Una palabra más sobre estos caminos secretos o discretos, que reservan sorpresas: el aspecto religioso de las cosas. La imputación al hecho religioso de la opresión social tuvo como resultado, en 1936, un holocausto del clero e hizo difícil, en

1939, que el clero catalán no se sintiera tentado a participar, material y moralmente, en aquel nacional-catolicismo que fue el primer disfraz posfascista del franquismo. Lo interesante para una historia de Cataluña es seguir cómo se desplaza el contenido de la palabra *nacional* a partir del sentido castellano-imperial hacia el sentido sentimental-catalán, y el giro (todavía muy equívoco) se sitúa en la entronización de la «Moreneta» en presencia de altas jerarquías del régimen (1947). El componente religioso del catalanismo exige, a la larga, análisis delicados.

3. *El apoyo creciente, por el hecho de la «guerra fría», de las potencias occidentales al régimen de Franco* forma parte, y quizá en primer lugar, de los factores que lo mantuvieron y consolidaron. El 1 de enero de 1948, el cónsul general de Francia en Barcelona me mandó avisar: se me retiraba mi cargo en el Instituto Francés y se me rogaba que abandonara España. Razón aducida (no sin una satisfacción evidente): «La vida da muchas vueltas». Había que entenderlo: los recuerdos de la guerra mundial ya no exigían a la diplomacia mostrarse reticente para con Franco; se podía ser amable con aquel aliado natural en la guerra fría apartando a un funcionario francés insuficientemente adicto al régimen. Sobre todo, no se piense que pretenda dar a este incidente una importancia histórica (por otro lado, el visado me fue restituido rápidamente por las autoridades españolas; ¡pero no sucedió lo mismo con mi cargo por parte del gobierno francés!). Si aludo a este recuerdo personal es porque corresponde a un dato histórico continuo que tiene su importancia y que he constatado fuera de España (en América Latina en particular): los representantes diplomáticos y las colonias extranjeras, dentro de cada país, defienden, a menudo apasionadamente, a los gobiernos autoritarios-conservadores; eso es particularmente importante en lo que toca a la información que se recibe de estos. Y tal hecho fue uno de los más

decisivos durante la Guerra Civil Española. Ahora bien, demasiado a menudo, la historia diplomática hace hincapié en la movilidad, en las alternancias de los políticos en el poder dentro de los estados democráticos parlamentarios, mientras que rara vez o nunca lo hace en las continuidades de las orientaciones concretas, localizadas, de los agentes que informan y actúan en los dominios diplomático y militar. ¿Cabe añadir económico? En este caso ni siquiera se necesitan intermediarios. Las fuerzas en el poder piden, ciertamente, apoyos, a veces medios, a los gobiernos; en la práctica, se orientan muy bien siguiendo los propios puntos de vista.

4. Asimismo, la *transformación económica*, verdadera novedad cualitativa en una historia de Cataluña de los treinta últimos años, plantea problemas que no es cuestión de tratar aquí, pero que sugieren algunas cuestiones críticas y comparativas.

Nadie niega, pienso yo, y sobre todo no debe subestimarse, el salto hacia delante que hace pasar a la Cataluña estricta (manteniendo en reserva el hecho de los Países Catalanes) de los menos de tres millones de habitantes hacia 1950 a los más de seis hacia 1980, con el mantenimiento de su puesto dominante en la producción industrial peninsular y con la modernización de su producción agrícola: en este sector, una población activa que descendió a un 7 por ciento de la global produce más que en otros tiempos y sin despoblación absoluta de los campos. Todo ello merece ser descrito con precisión y confrontado con otros crecimientos, ibéricos y europeos.

Pero, dado que el salto no se había afirmado mucho antes de 1960, y la «crisis» (con su reguero de parados) se presentó poco después de 1970, la rapidez del proceso de transformación se atribuyó a un milagro, como —en el curso de los años cincuenta— en los casos alemán y japonés. Se comprende que se trata de ritmos de recuperación tras acontecimientos des-

tructores de naturaleza no económica. Simplemente, el arranque español tardó más; ¿pero España, e incluso Cataluña, tenían en principio un aparato productivo comparable al alemán, o al japonés?

A estas comparaciones en el espacio, quizá sea más instructivo añadir algunas comparaciones en el tiempo. Ya he recordado tres fechas: 1472, 1659, 1714. En cada una de ellas, tras guerras perdidas, el potencial material catalán está en su punto más bajo. Y la recuperación se hace esperar. En cambio, tan pronto se verifica, por reinserción dentro de una coyuntura exterior favorable, el ritmo de transformación sorprende a los historiadores y a veces los desorienta. Al constatar, hacia el año 1505, cierta prosperidad catalana, Ferran Soldevila no duda en contarla así: «Isabel la Católica había muerto y Fernando había dejado de ser rey de Castilla». A finales del siglo XVII, comparando la Cataluña de 1680 con la de 1659, Narcís Feliu de la Penya descubría en Carlos II a «el mejor rey que ha tenido España», ¡lo cual resulta como mínimo paradójico! Finalmente, cuántos historiadores catalanes calibraron mal, o apenas señalaron, el extraordinario desarrollo del siglo XVIII, ¡por miedo a ser inducidos a (o acusados de) atribuirlo a los Borbones!

En un coloquio de historia contemporánea, Gabriel Tortella, brillante historiador economista, amigo mío desde hace tiempo, se preguntó, con razón sin duda, si no se subestimaba, generalmente, el impulso español de los años sesenta, ¡por miedo a ser inducido a (o acusado de) atribuirlo a Franco! ¿Pero quién nos obliga a ello? He aprendido, desde hace cincuenta años, de mi maestro Ernest Labrousse la absurdidad de la imputación al hecho político de los ritmos espontáneos de la economía. La crisis que precede a 1789 no es culpa de Luis XVI, ni Luis XV era mejor rey que él por haber aprovechado la larga oleada de prosperidad que precedió a 1770. La prosperidad im-

perial francesa de los cincuenta del siglo XIX no se debe, pese a su nombre, a Napoleón III.

Sería bueno suprimir una historia económica que solo fuera (como lo fue durante mucho tiempo) una historia de las políticas económicas. En los manuales se ha introducido una periodización: franquismo autárquico es igual a tiempo de miseria; liberalismo de los hombres del Opus Dei formados en Harvard es igual a tiempo de prosperidad. La coincidencia cronológica es indiscutible. ¿No se debería invertir el orden de los factores de análisis? La autarquía es a la vez consecuencia y causa de la incapacidad productiva. Un flujo de iniciativas y de capital resulta de una inserción tardía, pero rápida, de España en general, y de Cataluña en particular, dentro de los treinta gloriosos años del desarrollo: 1945-1975, hecho universal.

Imputar esta inserción a un cambio de doctrina o de mentalidad por parte del general Franco, y su éxito a la competencia de un nuevo personal ministerial, obligaría a imputar la crisis de los años setenta al personal político de estos años, mientras que la crisis es mundial ¡y nadie pretende atribuirla a los economistas de Harvard!

Y permaneciendo en el nivel modesto de los equilibrios regionales dentro del territorio español, se puede constatar, de todas formas, que el deseo evidente y continuo del poder central, desde 1939, de reequilibrar la distribución de las fuerzas económicas disminuyendo el peso relativo de las industrias catalanas y vascas no se consiguió nunca. De hecho, de una forma general, pero cada vez más tangible en modo de producción capitalista, los desequilibrios, en el espacio y en el tiempo, para lo mejor y para lo peor, derivan del juego espontáneo de las atracciones materiales dominantes, más que de los proyectos políticos que se van proclamando.

¿Cabe decir que, inversamente, el grado de libertad —esta vez libertad política— que las fuerzas dominantes pueden admitir en un país está en función del nivel de desarrollo que

aquel país ha alcanzado? Eso lo dijo un personaje clave del momento español de los años sesenta: «La democracia se halla por encima de 1.000 dólares de renta per cápita», por debajo de los cuales, naturalmente, es más prudente mantener la sociedad bajo un régimen autoritario. La combinación López Rodó-Carrero Blanco simboliza bien el alcance que puede tener la aparente humorada.

Todo esto no se señala para animar a subestimar, en historia, el hecho político (aunque antiguos hábitos ciertamente lo sobrestiman). Pero es bueno relativizar las nociones que el uso de cierto vocabulario podría sugerir: milagro, o sorpresa, ante los cambios de los años 1975-1977. Estos cambios tienen una lógica. En el interior, el acceso de la mayoría a la sociedad de consumo, sin suprimir las desigualdades, margina a los pobres y debilita su combatividad obrera. En el exterior, la ideología oficial de Occidente es la democracia, el antitotalitarismo, y se incita a los estados mediterráneos que aspiran a integrarse en la Comunidad Europea y la Alianza Atlántica a utilizar formas menos visibles de poder autoritario. La España de 1975, económicamente más evolucionada que Grecia o Portugal, y menos sospechosa de tentaciones revolucionarias, dado que su régimen no había conocido ninguna ruptura antes de la muerte de Franco, estaba llamada totalmente a evolucionar políticamente hacia una monarquía a la inglesa. Por otro lado, eso era lo que deseaban, desde los años treinta y durante la guerra civil, los medios influyentes de Londres. Los franceses republicanos siempre se han ablandado con las familias reales de sus vecinos. Y el Concilio Vaticano II procedió, en el transcurso de los años sesenta, a la puesta al día de la Iglesia. Quizá el jacobinismo recurrente de los gobiernos franceses se vio más sorprendido, algo más inquieto, ante una constitución española que confirmaba autonomías. Pero, después de todo, el Reino Unido incluye cuatro naciones (al menos en cuanto al rugby). Y Alemania es oficialmente federal. De esta forma, la

Europa de los gobiernos, que se había acostumbrado suficientemente bien a la España de Franco, pudo felicitarse de encontrar, en la España de Juan Carlos, una compañera más presentable.

El *aggiornamento* de la situación anterior planteaba, no obstante, algunas cuestiones delicadas. En particular por lo que se refiere a las estructuras del estado. El dogma franquista más absoluto había sido, durante cuarenta años, la unidad de España como nación, la condena de cualquier veleidad de autonomía, calificada inmediatamente de separatismo; ahora bien, un retorno a las formas democráticas implicaba que se planteara el problema de las autonomías, más difícil que el del régimen (tras las aperturas del rey) y que los de la sociedad, reservados a otros tipos de negociación. Leyendo los debates constitucionales y el texto resultante, uno se sorprende ante el vocabulario: «indisoluble unidad de la nación española», «patria común e indivisible de todos los españoles», y pese a ello, en el mismo artículo, «derecho a la autonomía de las nacionalidades y de las regiones que la integran», con cooficialidad de lenguas y símbolos.

No seamos demasiado severos. Ninguna de las grandes formaciones políticas de nuestro tiempo está exenta de estas ambigüedades, de los Estados Unidos a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, de la Commonwealth al Reino Unido y a Canadá, de la República Federativa de Yugoslavia a la «democracia más grande del mundo», que sería la India de Indira Gandhi y de los sikhs, de las dos Coreas a las dos Alemanias, de Israel al Líbano: las coincidencias estado-nación son la excepción en el mundo, y ninguna de ellas es indiscutible. Una historia de Cataluña que llegue hasta 1985 debe situar la actualidad catalana en este cuadro inmenso y en este momento difícil, para evitar en la misma medida exagerar la originalidad catalana y caer en otra tentación: el «somos poca cosa».

Incluso las confrontaciones con los casos relativamente vecinos, relativamente parecidos, son instructivas: el de Cataluña y el de Euskadi no resultan asimilables ni en la prehistoria, ni en la Edad Media, ni en las luchas del siglo XIX, ni en las relaciones con la Segunda República, ni durante la guerra civil, ni en la resistencia a Franco: de ahí vienen, sin duda, las diferencias de grado en los choques nacidos de las ambigüedades constitucionales. Y a pesar de todo, el rechazo de una comunidad a asimilarse dentro de una nación-estado indivisible es de la misma naturaleza. A problema sociológico común, reacciones específicas: he aquí el interés de la historia comparada.

Por mi parte, quiero precisar que debo mi trato con la historia catalana a mi interés por el problema general de las relaciones entre las nociones de *estado*, de *nación*, de *nacionalidad*, de *patria*, de *pertenencia*, de *identidad*, en relación con las realidades de las *estructuras* y de las *clases sociales*, mientras que la gestión inversa (el esfuerzo por conceptualizar estas nociones diferentes), si ayuda a ordenar útilmente los ámbitos de problemas, a menudo ha despistado a los sociólogos hacia unas interpretaciones que cualquier historiador desmiente. ¿Cómo conceptualizar lo que es cambiante? Unamuno ya señaló —sin superarlo— ese puente de los asnos de la epistemología.

Lo que llama la atención, en el aspecto catalán de los acontecimientos de 1977, es la convergencia espontánea, desde el primer aire de libertad, de todos (o casi todos) los elementos de la sociedad catalana en la afirmación «queremos el Estatuto», exigencia de una personalidad política colectiva. Esta convergencia me confirmó lo que había percibido como subyacente en 1945-1947 y lo que había descubierto como fenómeno dominante en 1927. La presencia de la afirmación catalana en las conciencias impresiona a todos los visitantes que establecen un verdadero contacto con el país. Muchos me lo han confirmado en momentos bastante distantes durante medio siglo. ¡Uno de ellos (un historiador) incluso me dijo

que solo en Israel había constatado la misma obsesión por el hecho nacional!

A quienes piensan que el estado hace la nación, el ejemplo del siglo xx español puede ilustrarles de que se necesitan al menos cuarenta años para llegar a ese punto, y al fin y al cabo, ¡con los métodos que había elegido el franquismo! El año 1977 verifica y corona un proceso de larga duración que justifica la expresión «historia de Cataluña».

También responde a dos análisis opuestos en cuanto a la observación del hecho catalán. A quienes (olvidando mucha tradición obrera y federalista) piensan que el catalanismo, tradicionalista y gran-burgués en sus orígenes, ha conservado algo de ello, se les puede hacer notar que las elecciones de 1977 estuvieron particularmente orientadas hacia la izquierda y que preceden inmediatamente a la exigencia masiva del Estatuto.

Por el contrario, a quienes recuerdan sobre todo las mayorías catalanas de los años 1931, 1934, 1936, y de los profundos conflictos que las opusieron a lo que podría llamarse la Cataluña de Cambó, se les puede hacer ver que la mayoría del Parlamento catalán, en los años ochenta, es moderada y bien vista por los propios conservadores.

Así, y sin descuidar la existencia de márgenes radicales en el nacionalismo catalán y en el movimiento obrero, parece que el cuerpo nacional catalán de finales del siglo xx se divide —y oscila— entre una derecha y una izquierda relacionadas con Madrid de formas distintas, según las mayorías que reinan en ellas, pero, de momento, sin patinazos visibles ante verdaderas traiciones del sentimiento nacional.

Dio testimonio de esta solidez creciente de Cataluña como cuerpo tras la experiencia franquista la celebración del 11 de septiembre de 1977. Por regla general desconfío de las manifestaciones callejeras como signo político; cualquier mi-

noría organizada puede desencadenar manifestaciones bastante importantes, y puede haberlas contradictorias en poco espacio de tiempo; además, los cálculos sobre el número de participantes siempre son controvertidos. Dicho esto, existen unos «umbrales» más allá de los cuales las masas movilizadas parecen hablar por sí mismas. Permitidme una comparación con un hecho de historia francesa: al principio de los años sesenta, la guerra de Argelia se prolongaba, se multiplicaban las manifestaciones contra su continuación, sin resultado; pero la represión policial contra una de ellas causó ocho muertos; un millón de parisinos les acompañó al cementerio del Père Lachaise; pasadas unas semanas, se firmaba la paz. De la misma forma, algunas semanas después del 11 de septiembre de 1977, se restablecía la Generalitat catalana, sin esperar el texto constitucional, lo cual podía parecer paradójico. Y aún más paradójico fue el regreso del presidente Tarradellas, en el sentido de que se trataba de un hombre de 1936, de un presidente designado por unos exiliados. Este desmentido a cuarenta años de anatemas era sorprendente esta vez. Ciertamente hábil. Pero por reconocimiento de una necesidad: debía tenerse en cuenta una continuidad en la conciencia catalana. Esto ya es una conclusión para una historia de Cataluña.

Una historia de los años ochenta es un poco más difícil, en el sentido de que historia y política convergen cada vez más, el historiador ya no sabe muy bien si debe hacerse politólogo, economista, crítico de arte o bien periodista sencillamente. Pero pienso, una vez más, en la ocurrencia de Charles Seignobos: «En historia es útil plantear preguntas; es peligroso responderlas». Prefiero decir: es peligroso considerar los problemas como si ya estuvieran resueltos; siempre es útil plantearlos bien.

Los grandes problemas de nuestro decenio son evidentemente la dimensión de la crisis, la dimensión del desempleo. Son mundiales, europeos, españoles. ¿Presentan especificidades en Cataluña? ¿Permanentes? ¿Momentáneas? Uno querría

poder responder. Pero, ¿a quién dirigirse que posea una competencia tranquilizadora? En cambio, hay dos cuestiones que más claramente forman parte del dominio del historiador, en este terreno de los hechos nacionales que hemos privilegiado: la cuestión de los inmigrantes y la de los Países Catalanes.

La cuestión de los inmigrantes ha sido tratada con inquietud por Josep Termes, con un optimismo tónico por Candel en *Los otros catalanes* y, desde varios puntos de vista, por otros sociólogos. Sin añadir demasiada importancia a una manifestación de andaluces de Barcelona en que oí, en 1977, gritar «Cataluña es la nación», como mínimo se puede pensar que la asimilación lingüística y cultural de la segunda generación de inmigrantes peninsulares en Cataluña planteará menos problemas que la de los inmigrantes africanos o turcos en Inglaterra, Francia o Suiza. Esto no supone una razón para conceder menos atención a un aspecto recurrente de toda la historia de Cataluña: capacidad de fijación de las migraciones prehistóricas y medievales, sorprendente tanto por ciento de los inmigrados (esta vez franceses) en los siglos XVI y XVII, en los hospitales barceloneses, según Giralt y Nadal, o en los matrimonios de las parroquias del Baix Llobregat, según Jaume Codina.

La cuestión de los Países Catalanes se plantea por esta misma denominación: es confusa, y algunos querrían reemplazarla por Cataluña, simplemente. Pero la ambigüedad del significante atestigua la ambigüedad del significado. Creo que merece la pena reflexionar sobre la distinción entre lo que puede llamarse el *hecho catalán* y por otro lado el *fenómeno catalán*, objeto particular de nuestra *Historia de Cataluña*.

El hecho catalán, que se pone de manifiesto dentro de una geografía de las etnias europeas y peninsulares, es de orden lingüístico y cultural. Se inscribe en un largo período de tiempo. Sobrevive a acontecimientos políticos que a veces unen, a veces separan, las dependencias y las independencias de varios territorios que comprende este hecho.

El fenómeno catalán, más reciente, se inscribe dentro de la duración media de los siglos XIX y XX, y se desliza, igual que los distintos movimientos nacionales europeos, de un renacimiento cultural a una exigencia política, que juega, dentro de la corta duración del siglo XX español, un papel importante, acaso primordial. El fenómeno no se localiza totalmente en el Principado; pero, cuando el hecho cultural tiende a traducirse políticamente, el País Valenciano se divide con pasión, las islas Baleares reaccionan sensiblemente, pero moderadamente, y la Cataluña Norte, anexionada desde el siglo XVII a una monarquía francesa muy centralizadora, y luego, a finales del siglo XVIII, incluida en una revolución que da un nuevo sentido al hecho nacional, relega durante mucho tiempo su sensibilidad catalana al rango folclórico, y solo recientemente le da valor político, y todavía de forma marginal.

Cualquier apertura, y cualquier matiz, de aparición de una conciencia nacional catalana fuera del Principado continúa siendo, desde luego, importante de cara a la observación. Y, por otro lado, antes de 1659, el Rosellón y los condados (Cerdaña, Conflent...) quedan incluidos naturalmente en una historia de Cataluña, ya que entonces constituían una parte integrante del Principado. Las referencias a los otros reinos catalanes, a través de los siglos, serán numerosas también, naturalmente. Pero preguntarse si el fenómeno catalán, bajo la forma que ha adoptado en el siglo XX, se incluirá tarde o temprano dentro de los límites territoriales del hecho catalán lingüístico y cultural, es un problema de porvenir, de voluntad colectiva, que se plantea a los políticos y no a los historiadores.

En cambio, sin adherirnos a demostrar que toda la historia, desde los tiempos más remotos, prepara, explica, justifica la conciencia nacional de los catalanes de hoy, es legítimo buscar en el pasado los factores constitutivos de la personalidad política colectiva actual, y los de su localización. Lo que intentaron un Rovira i Virgili, un Ferran Soldevila, puede ser mo-

dernizado. Lo que sugirió Vicens en su *Notícia de Catalunya* puede ser desarrollado y ampliado. Pero es positivo demostrar, y debe concebirse correctamente, que una historia de Cataluña no presenta la misma naturaleza que una historia regional de Extremadura o de La Rioja. Lo que podría ser una España de las naciones, aquel sueño de los viejos federalistas, no puede confundirse con la España de las autonomías, artificio más que edificio. De Gaulle habló un día de la Europa de las patrias; ¿pero qué entendía por esa expresión aquel hombre de antes de 1914? Toda invención verbal exige un sondeo del sentido de su contenido.

CAPÍTULO 2

El tiempo de los desequilibrios y de las crisis. Fracasos del Estado español, toma de conciencia de la nación catalana (1868-1939)

Los casi setenta años que separan 1868 y 1939 son, en todo el mundo, tiempos dramáticos. Brutales conquistas coloniales y duras discordias entre las potencias, Primera Guerra Mundial, agitación social en un tercio del globo, crisis económica de un alcance y una duración inesperados, ascenso de los fascismos belicosos, segunda contienda mundial en el horizonte.

En un clima como este, los dramas de la península Ibérica pueden parecer poco importantes. En su escala, no son ni socialmente menos profundos ni humanamente menos dolorosos. Al principio, una revolución política indecisa se extiende durante más de cinco años (del 28 de septiembre de 1868 al 3 de enero de 1874) y concluye en un fracaso. Al final, otra revolución política, también sacudida por profundas contradicciones, dura exactamente lo mismo (del 14 de abril de 1931 al 18 de julio de 1936: 1.920 días) y concluye con una guerra civil que, por desgracia, alcanza unas dimensiones dignas del siglo.

Durante estos decenios en torno a 1900, España está, por así decirlo, en la cuerda floja entre su presente y su historia.

1. Su pasado imperial es demasiado importante para que no se experimente cierta nostalgia, en una atmósfera en la que el

imperialismo es la medida de las cosas. Además, sufre «desastres» coloniales (Cuba en 1898; Annual, en Marruecos, en 1921). Las potencialidades internacionales se miden a partir de ahora por millones de hombres movilizables, por la capacidad industrial, por los avances científicos, dominios en los cuales la Península no suele ocupar los primeros puestos. Su población todavía vive las debilidades y las brusquedades del antiguo régimen demográfico; su economía permanece dominada por un sector agrícola igual de irregular y mediocremente productivo; sus minas están a la venta; sus industrias ligeras, muy localizadas; hay poca mano de obra cualificada, puesto que el porcentaje de analfabetos es considerable dentro de la masa popular.

2. Segunda discordancia entre la realidad española y los modelos europeos de los años 1868-1936: el espíritu de las clases dominantes del centro castellano, del sur andaluz, no acepta, de hecho, los principios presentes en las constituciones de tipo inglés o francés. ¿Acaso llegó a superarse la vieja oposición de 1812-1814 entre la obra de Cádiz y el absolutismo no ilustrado de Fernando VII? Los términos demasiado empleados de revolución burguesa no definen nunca la totalidad del hecho español. Se sabe que un sector popular combativo en determinadas regiones (incluida Cataluña) rechaza el complejo del capitalismo liberal (individualismo económico-libertad religiosa-estado nacional centralizado); esta «guerra carlista», que se aviva ante cualquier tentativa modernizadora (todavía en 1872-1875), traduce mucho más que una preferencia dinástica. Es cierto que su existencia lanza a la rama reinante de los Borbones hacia un aparente liberalismo, pero es extraño que en Madrid el autoritarismo conservador, sostenido por el clero y por algunos jefes militares, permanezca mucho tiempo fuera del alcance del poder real. Lo mismo sucede con la Restauración de 1875, en la cual la alternancia de

partidos significó (incluso tras la vuelta al sufragio universal en 1890) un simple vaivén entre personal surgido —según un vocabulario que se ha convertido en clásico— de la oligarquía y del caciquismo. Ello no impide que los líderes sucesivos de los partidos (a veces hombres de valor) deban ceder ante las crisis, internas o externas: Cánovas, víctima de un anarquista; Maura, de las consecuencias de la Semana Trágica; y el tándem Maura-Cambó, de las luchas sociales de los años 1919-1922. Todo terminó con una primera dictadura. Los que atribuyen la responsabilidad del movimiento de 1936 a las agitaciones de la República de 1931 deben recordar que las agitaciones y los desastres se sucedían desde hacía más de un siglo. Es a lo que nos referíamos cuando decíamos más arriba que España estuvo durante mucho tiempo en la cuerda floja entre su presente y su pasado.

3. Un último aspecto de esta cuerda floja, de estas discordancias: la estructura interna del territorio y del estado españoles. ¿Unidad de estado-nación? ¿O mantenimiento de antiguas divisiones históricas?

Cuando, hacia 1900, se escribe *España* (como acabo de hacerlo yo), todo el mundo entiende el estado español. ¿Cómo podía interpretarse de otro modo en esa fecha? El estado-nación, históricamente constituido, definido jurídicamente, portador de poder, aparece entonces como resultado natural, como forma realizada, común a todas las grandes formaciones políticas de la Europa occidental. Observamos que no ocurría lo mismo en el centro y el este del continente, donde, contra antiguos imperios de ascendencia feudal, que controlaban grupos étnico-lingüísticos distintos, se planteaban unas cuestiones nacionales que dominaban la reflexión política. Pero cerca del Atlántico, la cuestión de Irlanda era clasificada espontáneamente como excepción, una herida irritante pero insignificante al lado del poder británico, mientras que una Francia indivi-

sible se lamentaba de la pérdida de Alsacia-Lorena, herida más grave, y la unidad italiana y la unidad alemana se convertían en los capítulos más clásicos de nuestros libros de texto.

En estas condiciones, teniendo presente que Castilla, Aragón y Navarra se habían convertido en reinos unidos desde Isabel y Fernando, y que la herencia hispánica de Carlos V se centró, para Felipe V, en la Península, ¿quién podría ejemplificar mejor el estado-nación que el reino de España? Se olvida que en los títulos tradicionales de los reyes de El Escorial no figuraba la palabra *España*, mientras que sí figuraba *rey de Jerusalén* y *señor de Molina*. Pero también es cierto que en el siglo XIX se había abierto una resistencia a Napoleón modélicamente nacional.

Solo Marx, a mediados del siglo XIX, había osado plantear la cuestión: si se mira de cerca (y en particular esta resistencia), ¿estamos seguros de que el edificio español no conservó algunos rasgos incoherentes, del tipo de los imperios orientales? Pero no todos los observadores se llaman Karl Marx.

A este le había sorprendido, al asomarse a la historia de 1808, la espontaneidad de las reacciones locales y provinciales —el alcalde de Móstoles o la junta de Asturias—, así como la alegría de los insurrectos nacionales al acabar con las autoridades del estado. Un día, Menéndez y Pelayo descubrirá por su cuenta el federalismo instintivo en los orígenes de la Guerra de la Independencia.

Y es indudable que aquí puede verse una característica común a todas las resistencias antinapoleónicas sostenidas en nombre de los antiguos regímenes de ascendencia feudal. Pero precisamente habíamos dicho que, más allá de este episodio inicial, la España del siglo XIX no pudo deshacerse de este tipo de herencias. Mal adaptada social y políticamente al individualismo y al liberalismo burgueses, todavía se adapta menos a la forma de estado que les corresponde (no sin paradojas): sumi-

sión absoluta a la voluntad general censada por representar a la nación y protección económica en las fronteras del estado.

Efectivamente, incluso en el episodio de 1868-1874, los herederos de los guerrilleros cargados de escapularios son, en las montañas del norte —de Vizcaya y Navarra hasta el Berguedà y el Maestrazgo—, los combatientes carlistas, mientras que las sensibilidades revolucionarias, del litoral catalán hasta los confines andaluces, se afirman como «federalistas». Ahora bien, la Asamblea elegida en 1868 bajo la presión de los generales Serrano y Prim fue monárquica, unitarista y librecambista, lo cual no podía satisfacer a Cataluña, ni las aspiraciones populares, ni los intereses industriales, ni las esperanzas obreras (Marx señaló, en un informe en la Primera Internacional, «que no había motivo para felicitar a la clase española trabajadora» por lo sucedido). De hecho, en estas primeras Cortes elegidas por sufragio universal, pero ya por métodos caciquiles, clientelistas, la minoría catalana, republicana y federalista, se vio muy aislada: se trata de la primera manifestación, en términos parlamentarios, de una clara diferenciación, que irá creciendo, entre Cataluña y el centro español.

Sin embargo, el pensamiento catalán, en materia nacional, todavía es, en este episodio de 1868-1874, bastante impreciso, y su vocabulario, titubeante. Almirall se muestra así cuando reclama «el estado catalán dentro de la nación española», lo cual significa aplicar a España el término *nación* en el sentido jacobino, y a Cataluña una etiqueta de soberanía que recuerda a la Edad Media. El Pacto de Tortosa entre federalistas catalanes se refería, por otro lado, a los antiguos estados que habían constituido la Corona de Aragón. Pi i Margall, antiguo teórico, llamado fugazmente a la presidencia de la República federal española en 1873 —lo que desencadenó en la prensa castellana una denuncia apasionada de la catalanización del poder—, bosquejó un proyecto de federación entre una quincena de entidades que recuerda la actual España de las autonomías.

Pero también había incluido en su proyecto a Portugal, estado-nación reconocido universalmente, y a Cuba, entonces en plena revolución independentista: realmente Pi soñaba con la asociación libre de naciones libres. Y él es el hombre que, bajo la Restauración, osará denunciar la divinización moderna de la nación-estado, sustituto de los antiguos cultos y de las fidelidades feudales o reales. Por otro lado, ¿cómo podemos sorprendernos, en la época de la Primera República Española, de estas dudas entre concepciones diversas de la nación cuando la Comuna de París acaba de representar a la vez una afirmación apasionada de patriotismo popular y una exigencia de organización local autónoma, un comunalismo antiestatista? La herencia proudhoniana de Pi i Margall forma parte de la coyuntura ideológica del momento. Y en este rico complejo de la ideología catalana bajo la Primera República no faltó una primera forma de llamamiento a luchas conjugadas, que se apoyaban recíprocamente, para la emancipación obrera y la emancipación nacional, contra dos opresiones de estado igualmente conjugadas: toda una premonición del siglo XX.

Pero se puede pensar, ante estas tomas de conciencia, que el gran miedo europeo por la Comuna de París también afectó a España, aunque no consiguiera imponer su orden antes de 1874-1876. La situación catalana, en 1873, fue particularmente contradictoria: apogeo de la guerra carlista, toda clase de federalistas dominando Barcelona, donde, un día de marzo, en el ayuntamiento, Viñas y Brousse (¡un andaluz y un occitano!) proclaman «el estado federado con la república española». Nadie les apoyó, y en Madrid fueron reprobados por los catalanes que, por una vez, eran responsables de la república. ¡Por muy poco tiempo! Pero, ¿cómo olvidar lo que tendrá lugar dos veces en Barcelona sesenta años después, en 1931 y 1934? Dicho esto, si los federalistas triunfaron en las elecciones de mayo de 1873 en Cataluña es porque había habido más de un 70 por ciento de abstenciones. Es decir, existía, entre las dos alas

combativas, una Cataluña moderada, predominantemente conservadora. Sus medios dirigentes, y en particular el patronato textil (si bien nunca deja de apelar a la solidaridad de sus obreros para la defensa del trabajo nacional, que quiere decir ¡mercado español!), no pueden sostener durante mucho tiempo una atmósfera revolucionaria. Ansían la restauración de una autoridad, y les resulta indiferente que sea la de los Borbones, al fin y al cabo la más legítima. Cánovas, conservador-liberal, les parecía más bien demasiado liberal, demasiado poco conservador, salvo cuando se convierte, como ocurrirá, en doctrinalmente proteccionista. El regreso de los carlistas y de los republicanos a una oposición puramente legal y la anulación de los elementos revolucionarios del movimiento obrero dan la clara impresión, en la España de 1874-1876, de que una constitución censitaria y unitaria y una alternancia en el Parlamento de partidos apoyados en clientelas de notables provinciales instalan, ahora sólidamente, la revolución burguesa dentro de un estado monárquico, lo cual debería satisfacer al *establishment* catalán. Entonces, ¿quién podía prever que treinta años después —en 1906— esta moderación, este conservadurismo, encontrarían como expresión *La nacionalitat catalana* de Prat de la Riba, y que, nuevamente treinta años después —en 1936—, ante un golpe de estado militar que pretendía restituir por su cuenta el orden social y la unidad española, Cataluña ofrecería una resistencia de treinta meses, fundamentada en una conciencia mayoritariamente nacional-democrática y en una revolución de las estructuras sociales espontánea en la base y revalidada en la cúspide?

En cierto modo, ¿por qué no debemos ver en el episodio de 1936 la realización de los sueños impotentes de 1873? Ello ya instala al fenómeno catalán, como toma de conciencia y exigencia de grupo, en un plazo de tiempo lo bastante largo. Y este hecho contradice la tesis de que se trata de un fenómeno burgués en sus orígenes. Lo cual no impide que haya exis-

tido realmente un catalanismo burgués y que haya desempeñado un papel: los nombres de Prat de la Riba y Cambó son un testimonio suficiente de ello. Añadamos que las polémicas que suscitó hicieron, sin duda, que fuera el aspecto mejor estudiado de la historia catalana contemporánea.

No siempre se dice que no se trata de algo excepcional, y que incluso es normal, en la Europa de los años 1880-1920, ver a una clase dirigente exaltar un sentimiento de comunidad para convertirlo en su propio instrumento de poder. Es el momento de los estados-nación que organizan el patriotismo para defender o expandir su pretensión de potencias. En cualquier reflexión sobre la Cataluña y la España contemporáneas, lo que plantea un mayor problema es el hecho de que la comunidad invocada, utilizada (y por lo tanto reconocida como existente) por una clase conservadora, al servicio de su voluntad de poder, haya podido ser la comunidad catalana, mientras que el instrumento de poder era el estado español. De ahí vienen las contradicciones, las reculadas, las traiciones. Pero el hecho de que una identidad, una personalidad catalanas hayan podido ser reivindicadas sucesivamente 1) en 1873 por un pensamiento revolucionario anarquizante vinculado al movimiento obrero; 2) entre 1890 y 1917, por una aspiración burguesa al poder de estado, que se ensancha basándose en una herencia rural y en la religión tradicional; 3) finalmente, por la conjunción de clases medias de ascendencias diferentes, deseosas de participar en el poder por las vías de la democracia política, y relacionadas con un movimiento obrero original y poderoso de una forma estructuralmente conflictiva y coyunturalmente convergente; eso fue lo que transformó el hecho catalán —etnolingüístico, histórico, cultural— en un fenómeno político, y el historiador debe observar su trayectoria en el tiempo, describirla y, si es posible, explicarla, así como la localización en el espacio, puesto que, al menos en su intensidad relativa, es más característica del Principado que del resto de los Países Catalanes.

Desde que Jaume Vicens Vives dirigió su pasión de historiador por la Cataluña del siglo xv hacia una ávida curiosidad para con los industriales y políticos de anteayer y de ayer, sus discípulos abordaron y profundizaron casi todas las cuestiones que acabamos de indicar. Permitidme —modestamente, porque sé calibrar, desgraciadamente, mis lagunas bibliográficas— formular no los consejos de un profesional sino las aspiraciones de un lector.

1. Demógrafos, economistas y estadísticos nos pasean por bosques de cifras; la evolución humana y económica de la Cataluña contemporánea puede ser recordada con precisión. Uno desearía que la especialización en el establecimiento de datos cifrables de la historia no se convirtiera en una especialidad impenetrable para el profano, con unos resultados que deberían ser consignados, por las historias generales, en capítulos aparte. Por lo que respecta a los años sesenta, he recordado la noción de umbral, de transformación de lo cuantitativo en cualitativo; entre 1875 y 1930 existen mutaciones de este tipo: naturaleza o cifra de las producciones, elección y localización de las energías, dimensiones relativas de la población catalana y de la aglomeración barcelonesa pasan por cuadros significativos. Generalmente son apropiados. Pero, ¿nos introducimos lo suficiente en los mecanismos de su impacto en los hechos definidos más clásicamente como históricos: sociales, políticos, ideológicos, mentales?

2. Solo se puede hablar de historia si es comparada. La historia de un país siempre tiende a encerrarse en sí misma. Aun así, uno tiene más posibilidades de verse mejor a sí mismo si se fija en el vecino; y en el mundo. España se vanaglorió durante mucho tiempo de ser diferente de Europa, y Cataluña de ser diferente de España. ¿Pero diferentes en qué? Lo más instructivo sería observar las diferencias cuando se establecen, o bien

cuando desaparecen. Por ejemplo, ¿por qué el carlismo, tradicionalista, antiliberal, antimoderno, guerrero, desaparece en un momento dado en Vizcaya, en Guipúzcoa y en el monte catalán mientras que todavía era capaz, en 1936, de mover tropas en Navarra y Álava? Está claro que la diferencia se estableció a partir de profundas transformaciones de la vida económica, material. Pero ¿por qué vías? ¿En qué momentos, en qué lugares, a través de qué matices, cierto clero se vio empujado a transformar una sensibilidad vinculada al pasado en un complejo religioso-patriótico estilo 1900 (los había, conservadores), esperando los *aggiornamenti* de los años sesenta? Encontramos de nuevo el problema de las coyunturas espirituales. Su aplicación local resulta difícil. Nunca debe ignorarse la evocación del mundo.

3. Por ejemplo, nuestro tiempo de descolonización exige un esfuerzo mental —ciertamente más fácil para los de mi edad— para calibrar lo que podían ser las obsesiones colectivas durante la época de las grandes disputas coloniales. Ahora bien, es necesario evocar estas obsesiones si uno quiere hacerse una idea exacta del efecto del desastre de 1898 sobre España, efecto que fue decisivo en el destino del catalanismo. Hay que leer el discurso de Salisbury, al día siguiente de Cavite, para comprender la reacción de Joan Maragall: querría que ciertos términos demasiado despectivos nunca hubieran concernido a España, y, como queda demasiado patente que la conciernen, querría no sentirse incluido en los aspectos concernidos. El camino que lo conducirá al «Adiós, España» será breve. El diálogo que mantuvo con Unamuno durante esos años de crispación nacional no es solo el contacto entre dos grandes figuras. Es testimonio del carácter apasionado del patriotismo de los hombres de aquel tiempo. El signo que debe hacernos meditar es que dos de ellos, cercanos por muchas razones, hayan elegido dos objetos diferentes de pasión patriótica. Sabemos que

Unamuno, que consideraba al catalán, dentro de la familia española, como al hermano «más capaz», habría querido confiarle el destino común. En 1906, cuando constató que el sueño imperialista de Cataluña se replegaba en los recuerdos del pasado medieval, trató a Barcelona de «vasto suburbio de Tarascón». ¿Pero no se dijo después, con una sonrisa, que al fin y al cabo el imperio francés lo habían edificado tartarines?

Fijémonos en que el fenómeno catalán, en la medida en que resulta, entre 1898 y 1906, de una reacción contra el estado español impotente en medio de las rivalidades imperialistas, no se puede estudiar sin evocar aquel momento del mundo. No es un hecho local.

En 1906 coincidían en Estocolmo los dos hombres que más han reflexionado sobre las relaciones entre estructuras sociales y estructuras nacionales. Se llamaban Lenin y Stalin. No sabían nada del hecho catalán. Y Prat de la Riba no sabría mucho acerca de ellos. Esto significa que cada momento del mundo plantea ciertos problemas a los hombres. Y que el pensamiento de un hombre solo puede revelarse como creador si responde a los problemas de su tiempo. Si es importante estudiar concretamente —por consiguiente, localmente— unas situaciones concretas, también cabe saber, pues, cuándo se expanden los horizontes, lo que se impone desde el exterior a los espíritus de cada lugar.

4. En 1907, una Solidaridad obrera se opone a la Solidaridad catalana de 1906; acercamiento de términos, oposición de lenguas. Es claramente significativo que solo haya una solidaridad que convenga a los explotados: la solidaridad de clase. Así, el fenómeno catalán está vinculado a otro gran debate. Y aquí también pueden descubrirse concomitancias internacionales: 1906, en Francia, significa la Carta de Amiens y un Primero de Mayo violento, que parecen pronosticar al movimiento obrero francés un futuro anarcosindicalista.

Sabemos que a esta convergencia sigue, a causa de la guerra de 1914, y de la revolución de 1917, una divergencia fundamental entre las fuerzas dominantes del movimiento obrero europeo y las que en España, en Barcelona en particular, se mantienen fieles, casi en solitario, a la herencia de Bakunin. Estos aspectos son conocidos. Josep Termes es el más calificado para tratar de ellos. Pero me gustaría decir algo sobre lo que me parece que relaciona, en torno a los acontecimientos de 1936, esta historia de Cataluña con una historia del mundo.

Los días 19 y 20 de julio de 1936, en una de las ciudades más grandes de Europa, fuerzas obreras organizadas, armadas, adquirieron, a causa del fracaso de un movimiento militar, una especie de derecho a realizar la revolución. Y lo utilizaron, en nombre de una doctrina anarquista marginada en otros lugares, y en compañía de un comunismo de izquierdas en lucha con las tácticas estalinistas del momento. Uno puede pensar lo que quiera (personalmente no pienso nada demasiado bueno) del papel que estas pretensiones revolucionarias representaron en la consolidación de una defensa de la República. Pero cabe decir que, durante largos meses, Barcelona estuvo en el corazón de todos los individuos, y de todos los grupos minoritarios, dispersos por todo el mundo, movidos por una visión individualista o disidente de la revolución social. Este movimiento no es despreciable en número e inspiró durante algunos años una literatura a menudo irritante, pero lo bastante masiva para haber impuesto ciertas imágenes, y lo bastante sincera para tener un lugar en una historia del mundo contemporáneo. De esta forma, Barcelona, sin asumir a largo plazo aquel papel de capital espiritual del mundo que Durruti había soñado que adquiriera, retomó por un instante, en 1936, la carasímbolo de las luchas revolucionarias que le habían valido, en 1897 y 1909, el proceso de Montjuïc y la ejecución de Ferrer i Guàrdia. No creo que Orwell entendiera demasiado el sentido del combate en el cual había querido participar. Pero, al

dar a sus recuerdos el título de *Homenaje a Cataluña*, lanzó este nombre a un eco múltiple. La imagen (incluso siendo inexacta) que transmite de un país un testigo que obtiene atención (incluso si sus razones son discutibles) forma parte de la historia de este país.

5. Un último componente del complejo catalán de 1873 también debe observarse en sus transformaciones y en su destino hasta la guerra civil y durante la guerra civil. Se trata del elemento republicano (federalista o no), distinto del movimiento obrero. Se recluta en los medios intelectuales y en las clases medias, y estas presentan muchos matices. Son espontáneamente críticos para con el conservadurismo de los poderosos, y se denuncia el vínculo de éstos con el clero, y para con el tipo de estado que reina en Madrid y que no tiene nada de auténticamente democrático; su modelo es el radicalismo francés —el de las nuevas capas— que acabó reemplazando en el poder al régimen de los notables. ¿Qué relaciones pueden tener estos republicanos con el nacionalismo burgués de Prat de la Riba y Cambó? Son reticentes: Salmerón, adherido a la Solidaritat Catalana de 1906, pronuncia en las Cortes, el 18 de junio de 1907, un discurso remarcable, que justifica muy bien el bloque de la oposición catalana por las carencias del estado español dentro de la situación mundial, pero que no tiene nada de justificación sentimental del catalanismo. También conviene seguir en su complejidad y en sus contradicciones el extraordinario florecimiento de la prensa satírica barcelonesa —*La Campana de Gràcia*, *L'Esquella de la Torratxa*—, donde la violencia anticonformista es tan dura para con el conservadurismo catalanista como para con el estado español, y donde, durante la guerra de Cuba, las violencias antigubernamentales son inauditas, inimaginables en cualquier otro país de Europa en el curso de una guerra colonial. Y pese a ello, nunca se aprueba a los rebeldes cubanos. Y cuando estalla la guerra con

Estados Unidos, en la primera página de *La Campana* se presenta al tamborilero del Bruc gritando «¡A las armas, ciudadanos!»; días más tarde llega el turno de los marineros de Cavite, representados gritando «Viva España» mientras se hundían entre las olas. Uno se pregunta, por lo tanto, qué clase de patriotismo dominaba entre el público que leía esa prensa, que no deja lugar a dudas en cuanto a su carácter popular y a su fidelidad a la lengua catalana.

Y acto seguido, uno piensa en el lerrouxismo, tentativa evidente (y que estuvo a punto de triunfar) de frenar el avance del catalanismo mediante la explotación demagógica de los complejos de las clases medias. Todo ello está lo bastante estudiado, o en vías de estudio. Y uno se da cuenta rápidamente de que el lerrouxismo, cuando penetra en las masas, no puede explicarse solo por Lerroux. Es normal que nuevas capas sociales exijan una participación más democrática en las decisiones políticas, y que invoquen, como en todas partes, la patria. El problema es: ¿qué patria invocarán? Habría que seguir los momentos clave de las sensibilidades dominantes. Confieso que me chocó, en un primer momento, al ver la película *La ciutat cremada*, la secuencia en que una fiesta popular organizada por círculos lerrouxistas termina en silencio, todo el mundo con lágrimas en los ojos, porque llega la noticia de la muerte de mosén Cinto. Cuando uno reflexiona sobre ello, tanto si se trata de una alusión a un hecho real como de una reconstrucción simbólica, la secuencia tiene su valor, puesto que era necesario que, en un momento de la evolución, dos sensibilidades coexistieran. También me impresionó el hecho de que en 1909, a pocos días de la Semana Trágica, Guimerà hubiera sido obsequiado por la mañana por el mundo oficial y catalanista y por la tarde por los radicales ante la estatua de Manelic. La unión entre aspiración democrática y sensibilidad catalana se realizará, más a escondidas, en el curso de la terrible crisis

social de 1917-1923, como reacción a la represión policial, y luego en la oposición común a la dictadura. Esta unión se simbolizará con las palabras *izquierda catalana*, si no se limita a las fronteras de un partido. Y se encarnará en la figura de Macià. Pero, como en el caso del carlismo, sería deseable recurrir a la historia comparada: ¿por qué, en el País Valenciano, triunfó una especie de lerrouxismo bajo la forma del blasquismo? Sería instructivo seguir los factores de las diferenciaciones en una cronología estricta.

Y he aquí que vuelvo a dar con la fecha de 1927, en la cual, como historiador, tengo la tentación de convertirme también en testigo. Creo que nunca se me reprochará, ya que nunca se me ha reprochado (al contrario), el hecho de haber empezado mi estudio *Cataluña en la España moderna*, estudio que se detiene en 1808, por un testimonio sobre la Cataluña de 1927. Es porque me había parecido conveniente explicar (y en primer lugar explicarme a mí mismo) por qué había pasado de un proyecto banal de investigación geográfica y económica a un examen sociológico, psicológico e histórico del hecho y del fenómeno catalanes.

Y era que este hecho y este fenómeno me habían sorprendido 1) por la *ignorancia* de ello que había en mi país, a pocos kilómetros de la frontera, en la ciudad nativa de Jaime I; 2) porque descubría un nacionalismo simpático, mientras que 1914 y sus consecuencias habían acostumbrado a mi generación a tachar de odiosos a todos los nacionalismos. Intuía así lo que iba a ser una de las grandes esperanzas del siglo XX: las liberaciones nacionales, portadoras de proyectos no solo políticos sino también sociales. El hecho de que no hayan faltado decepciones no quita mérito al sentido del descubrimiento.

Los recuerdos fluyen. A menudo he señalado lo que más me impresionó por las calles barcelonesas del 14 de abril de 1931: la frase «¡Muera Cambó, viva Macià!». En cuatro palabras, el itinerario de un nacionalismo en un cuarto de siglo.

Menos de tres años después asistí a las exequias del presidente Macià, junto con mis colegas de la Escuela Normal de la Generalitat de Cataluña. Cambó pasó por delante de nosotros, helado en sus vestimentas de duelo oficial, que también parecía el duelo por una ambición derrumbada. Oí a mi alrededor un murmullo de palabras muy duras. Cambó, unos días antes, había presentado un juicio menospreciador sobre los pedagogos portadores de ideologías primarias. En psicología política, hay otros límites además de los que separan a los patrones de los obreros.

Mi experiencia en la Escuela Normal de la Generalitat, que recuerdo con afecto, me sumergía de nuevo en un universo mental del cual había salido. Mis padres, sus amigos, sus lecturas, mis primeros maestros, me habían hecho vivir en la atmósfera de los profesores franceses. Los han llamado *hussards de la République*; yo diría más bien que eran sus creyentes, sus sacerdotes. Por lo tanto, no me sorprendían la buena fe, la generosidad, la voluntad de servicio, la esperanza que leía en los ojos de aquella juventud maravillosa de la Escuela Normal barcelonesa, y me inspiraba un inmenso afecto. Pero era un afecto algo inquieto, porque cuando decía que había salido, por mi experiencia universitaria y parisina, de mi universo infantil, he querido decir que las realidades, no siempre exultantes, de la República francesa no me tranquilizaban en absoluto sobre el futuro de la experiencia española y catalana de 1931-1933. ¡Y no había llegado a imaginar lo peor!

Pasando revista a los recuerdos, hay rostros que se me aparecen. Sentía una amistad respetuosa para con Ferran Valls i Taberner, conservador erudito de uno de los tesoros archivísticos más grandes del mundo y que, más de una vez, me había iniciado en la sociedad catalana contemporánea mediante análisis sutiles de sus propios vínculos con el país. El día 7 de octubre de 1934, por la mañana, su reacción ante los acontecimientos de la noche anterior fue tan apasionada que nos

anunció quinientas muertes en torno a la Generalitat (¡no puedo asegurar que hubiera más de uno!). Unos meses más tarde, delante de mí, la señora Valls le prevenía ante la inmoralidad de una alianza Lerroux-Cambó, que solo podía conducir al fracaso electoral. ¡Cuánta razón llevaba! Pero cualquier opción política activa implica una parte de deslumbramiento.

Oí a Josep Puig i Cadafalch, en el exilio, exponer que no podía elegir entre los dos bandos españoles en guerra, ya que uno amenazaba su vida, y el otro, su alma. Puede ocurrir, pues, que un hombre esté dividido entre su personalidad social y su pertenencia patriótica; los franceses de 1940 supieron qué era eso.

Seguí maravillado el itinerario del personaje excepcional que fue Pau Vila. Sé que a los doce años era un obrero textil, que había conocido a Ferrer i Guàrdia y que había fundado la escuela horaciana, que había pasado muchos años de exilio en América; en agosto de 1936 lo vi negarse a quitarse la corbata y el sombrero para tener un aspecto de proletario (como hacía todo el mundo), y, pese a ello, enternecerse ante el nombre de Elisée Reclus con el responsable anarquista de la pedagogía del momento; tuve la alegría de verle al final de su vida casi centenario y rodeado de honores bien merecidos, en de la atmósfera de la transición. Pero también le habíamos visto, un día de 1933, perder su sangre fría ante el *putsch* anarquista del Alto Llobregat, hasta el punto de insultar a los inmigrantes murcianos de la industria catalana. Así es como un gesto no meditado, pero al fin y al cabo explicable, puede desviar hasta la injusticia la buena conciencia de un ciudadano.

Finalmente, querría evocar aquellos días de agosto de 1936, cuando el padre Joan Tarré, el mejor amigo catalán que haya tenido la suerte de conocer, en mi piso de la calle Muntaner, donde se resguardaba durante unos días del temporal que se avecinaba contra el clero, pegaba a mis cartas de España banderitas que rezaban «¡no pasarán!».

No me hago ilusiones de haber agotado con estos cuatro apuntes la complejidad de las opciones y las actitudes catalanas que pudieron repartirse, entre el 1932 y el 1936, en la sociedad catalana. Pero son recuerdos como éstos los que me han prevenido contra cualquier simplificación en el análisis de aquellos años; o contra el hecho de describirlos a partir de los recuerdos de los que se atribuyeron los primeros papeles.

Es evidente que la historia no puede basarse en los casos individuales. En principio, solo debería retener su resultado estadístico. Cuadros económicos, curvas coyunturales, mapas electorales, colecciones masivas de textos sometidos a análisis de contenido. No rechazo ninguno de estos instrumentos, aunque sé que manejarlos es difícil.

Se les ha atacado en nombre de una historia más viva. Pero expresiones como «al nivel de lo vivido» se han banalizado hasta el punto de provocarnos una carcajada. Y no me gustan palabras como «historia de las mentalidades», que aclimatan en el campo de los historiadores un término que se ha vuelto sospechoso en el de los etnólogos. Por otro lado, ni siquiera un carlista navarro tiene que ver realmente con la etnología.

La herencia cultural existe. Pero el hombre no es nada pasivo ante esta herencia. No lo es más que ante sus adquisiciones ideológicas. Una conciencia de clase, una conciencia de grupo son en parte herencias y en parte adquisiciones. Afloran con fuerza diversa siguiendo el impacto de los acontecimientos.

Me gusta mucho una palabra que seguro que he empleado aquí mismo, aunque sé que puede resultar irritante. En el complejo catalán hay unos componentes diferentes en lo que se refiere a su naturaleza —religiosos, democráticos, históricos, económicos incluso— y cuyas combinaciones siempre pueden variar. Me gusta llamarlas sensibilidades, porque proceden menos de razonamientos que de estados de ánimo. En el tiempo, en el espacio, en el arte también, hay muchos signos de esta distribución. Incluso en economía, las sensibilidades colectivas

(aquello de «saldremos perdiendo» o «saldremos ganando») tienen un papel mucho más importante que el cálculo al margen sobre el precio del pastel de cada domingo. La noción psicoanalítica de lo imaginario, las imputaciones falsas o rápidas (lo de «es culpa de...») son más importantes que las ideologías bien estructuradas. Discúlpenme estas digresiones metodológicas. Las cuestiones que se plantea el historiador también se plantean al lector.

CAPÍTULO 3

Los efectos de un desarrollo desigual. Proteccionismo y regionalismo. Valores y timideces de una *Renaixença* (1787-1868)

Josep Fontana se ha hecho cargo de la parte de esta *Historia* que se abre al final del siglo XVIII y se cierra con el intento revolucionario de 1868. Espero con un interés especial este volumen, que seguramente marcará un hito en la historiografía del siglo XIX catalán, español y europeo, gracias a las sólidas referencias de que es capaz Josep Fontana a las realidades históricas anglosajonas y francesas del mismo momento. Ha elegido como punto de partida de su reconstrucción la fecha de 1787, cosa que justifica de forma extensa y pertinente al principio de su estudio. Me gusta esta preocupación por vincular la historia de Cataluña con las grandes coyunturas del mundo; y 1787, como punto de partida de la crisis prerrevolucionaria en Francia, y fecha de la Constitución de Estados Unidos, no es para nada menos importante que 1789, demasiado «puntual» y demasiado «francés» como fecha clave del mundo.

Ya se puede, en el presente, hacer un balance de ese siglo XVIII creador, durante el cual Cataluña demuestra un dinamismo particular; es el mismo momento sobre el cual, hace ya un cuarto de siglo, había yo deseado atraer la atención de los historiadores. Y me alegra constatar que todavía conserva el interés: en el último Congreso de Historia Moderna de Cataluña, el predominio de los trabajos sobre el siglo XVIII era abruma-

dor, y conozco la excelencia de algunas investigaciones socioeconómicas que se están llevando a cabo.

De todas formas, si bien es cierto que para el mundo en general «el siglo XIX empieza en 1787» (como el siglo XX en 1898), se sabe que, entre la desaparición bastante triste de Carlos III, en un momento clave de la coyuntura del siglo, y el advenimiento (triste por otros aspectos) de su nieto Fernando VII, tuvo lugar en el mundo, pero en España en particular, un choque dramático entre los antiguos regímenes y la Revolución Francesa, liberadora en sus principios y opresiva en versión de Napoleón. La Guerra de la Independencia de España presenta el interés apasionante de conjugar contra Napoleón todas las formas de espíritu del Antiguo Régimen (había algunas muy populares) y todas las fuerzas de renovación que, mientras Cádiz era sitiada, intentaban oponer su principio a los franceses.

Pero sabemos que la victoria de 1814 no bastó para reconciliar a aquellas «dos Españas»; pensemos que todavía hoy se intenta conciliarlas más que reconciliarlas para poner remedio a otros problemas. El año 1814 es, pues, una reinmersión en un pasado muy lejano, incluso anterior a la modesta Ilustración española del siglo XVIII. Y se produjo otro hundimiento, más material, quizá más grave en cuanto al porvenir, como ha mostrado Jordi Nadal: se trata de la ruina material y sobre todo demográfica. Es lícito preguntarse si esta ruina anula en Cataluña los progresos de los años 1717-1787. De esta forma, material, política y moralmente, España parece dar la espalda a la clase de futuro que triunfa en todo el mundo. ¡Igual que en 1945! Entonces se plantea la cuestión: ¿se producirá una reacción? ¿Y en qué dominio, si es que tiene lugar, se la verá aparecer?

Dos títulos merecidamente conocidos llevan al pesimismo: Josep Fontana escribió *La quiebra de la monarquía absoluta*, y Jordi Nadal *El fracaso de la revolución industrial*. Ambas obras,

es cierto, conciernen a España en su totalidad y no a Cataluña en particular; en el tiempo, el primero solo considera el corto período (1814-1820), mientras que el segundo trata de todo un siglo (1814-1913). Dicho esto, el vocabulario es claro: el siglo XIX español, tanto al principio como a más largo plazo, significa quiebra, significa fracaso. Pero recordemos que, en historia, todo es siempre temporal y relativo. En el terreno político hay momentos, como 1820-1823, en los cuales una Francia en plena restauración ¡toma precauciones contra un contagio liberal procedente de España! Y eso se repetirá, en el curso de los años cuarenta y de los años cincuenta del siglo XIX: a menudo, en los momentos de dura reacción en Francia, España da signos de agitación, exige cambios. Marx ya había observado esta tendencia de España (que también existirá en el siglo XX) a impulsar sus ciclos revolucionarios a contratiempo con respecto a Europa. Hay que enlazar estas constataciones con las incongruencias que pueden detectarse en la evolución de las estructuras dominantes.

De esta forma, descubrimos el desarrollo desigual de la instalación del capitalismo industrial. Se trata del fenómeno más explicativo, bajo muchos aspectos, de las diferencias de toda clase que se establecen entre España y Europa, entre Cataluña y España. Pero no debemos exagerar el alcance de las palabras. En el espacio, la España del siglo XIX ya no presenta más retraso en su desarrollo que la mayoría de los países del este, del centro, del sur de Europa. Y, en el tiempo, si lleva retraso, como todo el mundo, en relación con Inglaterra a partir del siglo XVIII, pasado 1850 solo lo lleva en relación con Francia (del norte), y en relación con Alemania (del oeste) aún más tarde. Más que cualquier otro, Jordi Nadal ha subrayado el sentido relativo de la palabra fracaso.

De la misma forma, en las nociones de desarrollo desigual, de economía dual, de especialización industrial, cuando se trata de comparaciones entre Cataluña y el resto del estado espa-

ñol no debe mitificarse el poder del aparato productivo industrial catalán, donde la industrial textil del algodón, que en otros lugares pronto deja de ser un sector prometedor (quizá nunca lo fue), mantiene un dominio exagerado y no siempre cruza tan pronto como habría sido conveniente las barreras técnicas de la mecanización y de la productividad.

Esto no impide que Jordi Nadal, de una prudencia como historiador extrema, experimentara (y lo comprendo) cierto orgullo cuando organizó, en 1985, bajo las impresionantes bóvedas del mercado del Born, la exposición «Cataluña, fábrica de España». Y, efectivamente, estas palabras resumen la importancia del hecho industrial catalán, su originalidad y también sus límites; que en primer lugar son los de su mercado, este mercado nacional que una industria del siglo XIX considera de buena gana como algo propio, pero que tuvo que proteger continuamente contra cierto mal humor de las provincias sin industria y contra los esfuerzos del extranjero por penetrar en ella.

A menudo la conciencia colectiva de los catalanes ha buscado en una historia lejana su justificación ante toda clase de hechos diferenciales. En el siglo XIX, el hecho industrial es uno de ellos. ¡Y de qué magnitud! Si Cataluña fabrica (y, fijémonos, no solo Barcelona, sino también el litoral, los valles, las ciudades pequeñas, lo cual tiende a consolidar —progresivamente, ya que la montaña se resiste— la cohesión regional), el resto de España compra esta producción, y no puede dejar de denunciar que es cara, como efecto de una especie de monopolio de los productores-proveedores.

Uno querría descubrir unos fundamentos menos trivialmente materiales para la cuestión catalana. Y los hay. Pero estas palabras aparecieron en la prensa española en torno a la cuestión aduanera a partir de la primera mitad del siglo XIX (convendría datar la primera aparición). La verdad es que la prensa es una cosa y puede conocerse a sus inspiradores, pero la clientela que esta pretende conseguir es un conjunto com-

plejo. En España (sobre todo en la capital) hay liberales resueltamente teóricos; en el campo, en el fondo de las provincias, todavía puede reinar la antigua desconfianza precapitalista para con el hombre de dinero, el viajante de comercio heredero del feriante extranjero de antaño. Y si los nombres, el acento, la lengua de origen pone de manifiesto, en el caso de los agentes productores, una solidaridad de grupo, es fácil explotar otra conciencia de colectividad. Las desconfianzas entre provincias no son características ni del siglo XIX ni de España: algunas continúan, y en Italia las hay peores. Pero la fijación de una de estas desconfianzas en un «hecho diferencial» económico como fue la industrialización es importante y original.

Abundan los textos que pronto atestiguan, en España en general, una clara conciencia ante el contraste entre el empuje catalán y el estancamiento español, y que insisten en el hecho industrial. En tiempos de la Ilustración, el juicio no es siempre positivo (Campomanes, Cabarrús), pero lo es a menudo: Jovellanos elogia mucho el progreso catalán; Cadalso dice que si fuera rey de España convertiría a los catalanes en sus mayordomos, pero añade que no aprecia su temperamento —lo cual demuestra la existencia subterránea, secular sin duda, de un estereotipo—; mucho antes de finales de siglo, Nifo, en *La Estafeta de Londres*, dice que Cataluña es «una pequeña Inglaterra», lo cual puede tranquilizarnos por lo que se refiere a un eventual error de óptica por nuestra parte.

También vemos aparecer, en el mismo lugar, una óptica crítica para con la industrialización que nos ha dejado un cuadro sorprendente. El panfleto anónimo *Negociantes*, de 1809, en plena Guerra de la Independencia, pide vigilancia contra el patriotismo dudoso de las nuevas clases enriquecidas, y es instructivo constatar que en este texto *negociantes* tiene el sentido de *industriales*. El temor de una clase agraria acostumbrada a inspirar a la sociedad ante una Barcelona humeante donde hombres salidos de la nada mandan a un montón de obreros

está lleno de lecciones: faltarán brazos para la agricultura, el aumento de los salarios agrícolas arruinará pronto a los propietarios; y la juventud del campo está desmoralizada por la atracción de la ciudad. Es muy difícil, ante este cuadro, subestimar la fuerza del fenómeno catalán de la industrialización.

Ahora bien, las nuevas clases dirigentes son conscientes de esta fuerza, incluso si la Guerra de la Independencia frenó sus iniciativas y acumuló las ruinas. En 1816, un viejo secretario de la Junta Particular de Comercio, Moneda y Minas de Barcelona, Bonaventura Gassó, lanza un libro titulado *España con industria rica y fuerte*, título en el que cada palabra está llena de sentido. Se trata de toda España, como nación-estado, en competición con las otras naciones-estado de Europa; y no solo su riqueza, sino también su fuerza depende de la industria. Es una entrada consciente y fuerte en los problemas del siglo XIX.

Pero 1816 se vive en plena reacción absolutista, que pronto entrará en bancarrota. En 1820, en las Cortes liberales —lo que entonces quería decir revolucionarias—, un hombre aporta a la tribuna el mismo espíritu de la obra de Gassó. Es Joan Balle, que yo llegué a citar bajo el nombre de «Batlle» y que el *Diario de las Cortes* llama «Valle». Ernest Lluch y Jaume Carrera Pujal se ocuparon extensamente de él como representante del pensamiento económico catalán de su época. Pero creo que también sería importante, para situar el hecho catalán dentro de la España del siglo XIX, observar, en estos debates de las Cortes, su actuación con respecto a sus adversarios por un lado y a sus aliados por el otro.

Yo ya había insistido hace tiempo —y era necesario hacerlo en primer lugar— en la fórmula de Balle: «La libertad interior es lo que nos conviene, y la libertad del comercio exterior sería un golpe mortal para nuestras fábricas».

En efecto, esta fórmula resume muy bien la posición de un capitalismo industrial creciente ante la cuestión política y la cuestión nacional. En el interior, la libertad de empresa y la in-

dependencia del individuo ante cualquier corporativismo y cualquier imposición del estado están estrechamente vinculadas con la liberación política frente a los vestigios del antiguo régimen; pero, hacia el exterior, el estado deber ser protector, y por lo tanto debe intervenir. ¿Contradicción? Se podría tachar esta discusión de anticuada, de superada. Pero la actual tendencia de fondo ideológico a favor de un neoliberalismo sin matices nos obliga a recordar verdades históricas tan viejas, sin duda, como Bastiat, pero no más que él.

De hecho, vuelven a escucharse, o a leerse, sugerencias según las cuales la protección de las industrias catalanas sería la verdadera responsable de los retrasos del siglo XIX español. Es cierto que Pareto calculó (y no lo hacía en broma) las cantidades que perdió Italia pagando demasiado caros los productos de su industria nacional protegida. Pero se ha podido demostrar (y menos teóricamente) que Perú permaneció subdesarrollado, sin industria, desde que Inglaterra le impuso su librecambismo. Por lo tanto, resulta muy conmovedor que Balle, en 1820, hubiera opuesto una España pobre, porque se había mantenido agrícola, a una Cataluña globalmente más acomodada, por poco que se le ayudara a mantener la industria, y una Europa pobre (Polonia, Turquía), por haberse mantenido agrícola, a la Europa que quiere alinearse con la «sagaz y astuta Inglaterra». Esta sabe mejor que nadie de qué forma ha tenido que defender su economía antes de ser capaz de imponer sus productos a los demás. Balle, en este pasaje, se vuelve más teórico: «Las prohibiciones no son un impuesto a los consumidores, sino una anticipación que hace la masa general de la nación para que en ella se fomente la industria que le es tan necesaria». Y también: «¿Qué importa que la manufactura extranjera se pueda comprar más barata que la nacional si, habiéndose empobrecido todas las clases del estado, le es mucho más difícil al pobre adquirir hoy dos reales para comprarla que antes 8 o 12 reales?».

Frente a estos argumentos, que evocan lo que hoy llamamos el subdesarrollo, Flores Estrada responde, con suficiencia, en tono despectivo: «Es poco menos que vergonzoso el que el Congreso se detenga a oír las razones en que se apoya esta doctrina», y Martínez de la Rosa, además de trivialidades sobre los beneficios de la relación libertad-propiedad, no deja de repetir: «Lo que se llama utilidad de la nación no lo es, porque no recae con igualdad sobre todas las clases de ella sino que ganan solo los fabricantes».

Así, en estas discordancias, en estas cuerdas flojas que ya habíamos evocado a propósito del siglo XIX español, descubrimos, a partir de 1820, uno de los orígenes del desacuerdo entre Cataluña y el estado español: el carácter ilógico, inhabitual, de las relaciones de clase en la cima de este estado.

Sería lógico esperar, al inicio de un episodio reformador en Madrid, un acercamiento entre una burguesía regional emprendedora y la fracción políticamente liberal de las Cortes. Ahora bien, sin que se pueda afirmar concretamente (al menos así me lo parece) que están inspirados por otro sector burgués importante (negociantes o financieros), los jefes de la fracción liberal atacan especialmente, agriamente, a los industriales, a los fabricantes. Tampoco parece que obedezcan a Londres. Más bien da la impresión de que recitan las lecciones que aprendieron allí. No sería difícil encontrar equivalentes actuales de estos fenómenos.

Sin embargo, aunque se excusen un poco por ello, el librecambismo de los liberales no llega al punto de rechazar una buena tarifa protectora para los grandes productores de cereales de la España interior. Balle se la reprocha irónicamente: «Además, que si es una tiranía el obligar a pagar más caro lo que se puede comprar más barato viniendo del extranjero, como dice el Sr. Martínez de la Rosa, ¿por qué su señoría no se opuso a la ley prohibitiva de la introducción de granos en toda la península? Cataluña, desde entonces, paga el trigo del

país más caro que el que iba a buscar a Rusia, por cuya razón se declamó en un periódico de Barcelona contra esta ley prohibitiva».

Y el orador leyó esta declamación, lo cual demuestra que la polémica tiene dos sentidos, que en ella se evocan los intereses de Cataluña como colectividad, y que se insinúa la amenaza de una resistencia...

Finalmente, todo se termina en un compromiso. Balle se felicita, si hay reciprocidad, de haber votado la prohibición del grano extranjero: «Sin embargo, yo callé cuando se discutía la ley, porque me hice cargo de que convenía a las provincias agrícolas». La reciprocidad es perfecta; Moreno de Guerra, representante oficial de los intereses agrarios, se expresa con gran claridad: «Como ha dicho muy bien el Sr. Valle, si a la provincia de Cataluña se la obliga a pagar el pan dos cuartos más caro porque se la impide el traerlo del extranjero, debe recompensarse con impedir la introducción de las manufacturas de que esta provincia abunda».

Se podría concluir que todo va bien, ya que las dos clases dominantes se han entendido, y que el debate entre agricultores y «fabricantes» es banal, ya que, en 1820, ese debate todavía está lejos de ser cortado definitivamente por la «sagaz Inglaterra».

Pero hay objeciones a estos aspectos tranquilizadores:

1. El compromiso es costoso, ya que pone en juego a la vez el pan caro y las remesas de algodón. En el extranjero sabrán elegir.

2. El representante de los intereses no ocultó su estado de ánimo: «No soy fabricante. Ni la provincia que me ha enviado es fabricante. Soy labrador, no quiero que ninguno de mis hijos sea fabricante. Quiero que sean labradores como su padre».

Ni la creación industrial ni la sociedad liberal pueden esperar mucho de esta clase de hombres. El compromiso con ellos siempre obligará a la burguesía catalana a ceder en sus tendencias políticas.

3. Sin embargo, ¿cómo puede unirse esta burguesía en el liberalismo con un librecambismo que proclama: «¡Las industrias que no pueden vivir, que liquiden!»? El miedo a que este sector acceda al poder (lo cual sucederá en 1868) es recurrente, y hace que los medios progresistas catalanes desconfíen de los éxitos madrileños de héroes liberales (Espartero e incluso Prim, a pesar de sus orígenes y su popularidad inicial). Por el contrario, en el terreno catalán, el proteccionismo se convierte en un tema común de agrupaciones de muy opuesto linaje. La sociedad catalana está marcada por una sociabilidad que llega al asociacionismo: desde las grandes organizaciones de la propiedad y del patronato hasta los ateneos de toda clase, desde las sociedades obreras hasta los centros y *casals*, hasta las ligas espirituales católicas, se trata de una red inconexa que reúne unos argumentos comunes: aquí se prepara el futuro catalanismo.

A pesar de todo, estoy sorprendido de la anterioridad y de la gran agresividad de los textos que atestiguan el nacimiento de la cuestión catalana fuera de Cataluña. La «Liga madrileña del librecambismo» oye a Luis María Pastor acusar a los «bárbaros de la civilización», que llegan de las grandes ciudades, de haber reemplazado a las «hordas bárbaras de los bosques» por la «feudalidad de los industriales»; otros utilizan, ni más ni menos, en su vocabulario antiproteccionista, palabras como «aves de presa», «lobos hambrientos», «bandidos» y finalmente «monopolistas», mucho más moderado, pero que en las mentalidades heredadas de la Edad Media no es para nada una condena menor. Este vocabulario y estos argumentos se dirigen a los medios que continúan sumidos en una cultura medieval (aquí *cultura* en el sentido etnológico del término). Es paradójico ver

a esta escuela manchesteriana apelar al mundo rural español contra la ciudad, la industria, los obreros (esto se repetirá, con distintos actores, en el siglo XX).

Entonces, cuando esta ciudad, esta industria, se asocian a un nombre concreto de comunidad —los catalanes—, se adivina la forma dada en el siglo XIX a un fenómeno histórico permanente: la atribución, cómoda por parte de los poderes, de las miserias públicas al extranjero, preferentemente al vecino, por poco que se explote un estereotipo de este. El anticatalanismo de tipo económico es una buena cuartada ofrecida a las clases dominantes del centro y el sur peninsulares, por una prensa y unas organizaciones librecambistas que uno intuye cada vez más utilizadas por unos intereses concretos.

La fecha de 1833, justo en el tercio del siglo, es, como sabemos, particularmente importante en su historia: muerte de Fernando, regencia de María Cristina, anuncio de los intentos constitucionales, políticas de desamortización de la propiedad: la revolución burguesa parece ir por buen camino. Es instructivo constatar que la departamentización de España en provincias administrativas —destinadas a borrar el recuerdo de los reinos de antaño— corresponde a la misma fecha. El camino hacia el estado-nación moderno exigía esta uniformización a la francesa. No quiero dar ningún significado concreto (y menos aún sugerir una relación de causalidad) al hecho de que una tradición fije también en 1833 la aparición de la *Renaixença* cultural catalana, cuando Aribau recita la «Oda a la Pàtria» (conservémosle un nombre que se ha vuelto convencional). La coincidencia es fortuita. Pero simbólica. Se quiere unificar la nación. Un texto señala que hay unas patrias. *Patria*, en los diccionarios del momento, solo significa lugar de nacimiento. Pero (por usar una terminología francesa), ¿se deslizará la palabra hacia su sentido jacobino? ¿O hacia su sentido mistraliano? ¿Patria se aplicará pronto al estado-nación España? ¿O bien la patria catalana reencontrará un contenido de nación?

A partir de 1835-1836, y varias veces en el curso de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX, los catalanes chocarán en su propio territorio con los liberales madrileños; y esta vez se trata de los generales cristinos encargados de las fuerzas del orden contra los montañeros carlistas y contra los elementos políticamente avanzados o socialmente agitados de Barcelona y otras ciudades activas; en 1849 el general Fernández San Román, en la *Revista Militar*, aplica a esta situación una lógica elemental: carlistas e insurgentes urbanos tienen, en principio, ideologías opuestas; ahora bien, unos y otros están en rebelión contra Madrid, y a veces se aproximan (lo cual, por otro lado, no es falso cuando se trata de oponerse a las fuerzas del orden); ¿cómo pretender, por otra parte, que las jaranas de Barcelona son liberales mientras que generales como Espartero y Seoane tuvieron que llegar a bombardearlas? Por consiguiente, toda esta gente se subleva como catalanes; observo que no se les aplica el término *nación* (que en otros tiempos era demasiado lingüístico, y que se ha vuelto demasiado jurídico), pero se les juzga como *pueblo*: «amigos de novedades y codiciosos, no les ha faltado nunca más que una cualidad que es la gratitud para ser el pueblo más virtuoso y práctico de la tierra, incluso que el inglés».

Puede verse que la referencia es habitual; pero se añade que los catalanes siempre prefieren «arrancar por la boca del trabuco lo que debieran ganar solo con su trabajo: el respeto del derecho ajeno».

Sería sorprendente, en estas condiciones, no encontrar el concepto de *raza*, al cual se llega invocando, de manera muy rebuscada por otro lado, el clima; no me resisto a la tentación de citar bastante extensamente un pasaje que me gusta mucho: «Los catalanes obedecen a unas condiciones [...] fatalmente imperiosas [...] el sol fertiliza allí los peñascos, y crece la vid en los nidos de las águilas, el vino fermenta solo para que lo beban titanes, el agua causa plétora y forma bocios en las gargan-

tas, el idioma es breve y duro, la tierra despide a su corteza una costra salitrosa que inficiona y satura a todo lo que mantiene [...] los pastos y las aguas, o el clima, como vulgarmente se dice (!), hacen de los catalanes una raza insubordinada».

No nos sorprende, pues, que se haya comparado al catalán, algunas frases más arriba, con un hombre contrahecho, con un jorobado, que cabría respetar si fuera discreto, pero que, si se piensa que es el hombre más bello del mundo, debe ser conducido ante un espejo, y hay que decirle «de voz en cuello, y en su cara, jorobado».

En este punto, el lenguaje parece el de un antisemitismo demasiado reciente. Pero tampoco faltan los argumentos clásicos: el proteccionismo es «perjudicial al bienestar y al porvenir del bien común de la sociedad española», porque representa «los intereses de los pocos contra los muchos, la escasez contra la abundancia, lo caro y poco contra lo mucho y barato, la poca concurrencia contra los muchos mercados».

El general se sabe la lección. Queda el argumento histórico: «desde Wilfredo el Velloso hasta doña Isabel II, que por gracia de Dios y de la Constitución reina en el Principado de Cataluña».

¡Hubo una insurrección en cada siglo! Aún más, condes y reyes solo eran simples capitanes, porque los soberanos se llamaban *consellers*.

De esta forma, el hombre que lucha contra los montañeses carlistas y los exaltados populares barceloneses deja entrever un rencor menos puramente liberal contra una burguesía urbana cuyo orgullo se teme que revivirá. Se entiende mejor, entonces, que la mayor cuestión política planteada en España sea, para Fernández San Román, «la cuestión de las cuestiones, o sea la de Cataluña».

Cabe subrayar la expresión, ya que, para muchos manuales, será mucho más adelante cuando aparecerá, políticamente, una cuestión catalana.

«Nuestros padres», dice San Román, «nos dejaron esta cuestión en herencia». Hay que resolverla de una vez por todas, y no será mediante concesiones y paliativos: hay que cortar por lo sano; interesa cortar el nudo. Es el lenguaje de 1936, de 1939. Suele suceder actualmente que determinados historiadores catalanes, siguiendo su sensibilidad nacionalista, razonan igual que el general, subrayando lo que era común (hasta convertirlos, a veces, en cómplices) a los carlistas, a los *matiners*, a los republicanos precatalanistas después del cuarenta y ocho francés; fecha que desveló, por otro lado, numerosos nacionalismos europeos. Y es positivo subrayar estas continuidades subterráneas.

Pero también resulta esclarecedor en cuanto a la historia de la Cataluña contemporánea calibrar, mucho antes que se concrete una exigencia política clara en el Principado, la reacción pasional de los militares encargados por Madrid de imponer el orden liberal en la Península. Entre 1814 y 1900, Cataluña vivió sesenta de ochenta y seis años bajo régimen de excepción, según calculó Vicens. Uno se siente tentado a preguntar: ¿y después? ¿Quién hará el cálculo para 1900-1986? ¿Y para Euskadi? Seguir el juego de los dos bandos exige que no se observe a uno o a otro, sino a uno y a otro. Las nacionalidades que, en el territorio español, se han afirmado en el siglo XX, ya habían sido reconocidas, e incluso estereotipadas, por parte de los agentes de un estado que estructuraba incorrectamente una imperfecta revolución burguesa.

En la propia Cataluña, pese a todo, en el curso de este primer siglo XIX, agitado, contradictorio, ¿qué había sido de la revolución burguesa? No queremos responder aquí a esta pregunta, que será tratada en la *Historia* y que ya abordan obras excelentes. Solo querría retomar algunas observaciones personales sobre aspectos lo bastante conocidos por los historiadores, pero insuficientemente vulgarizados (en el buen sentido de la palabra).

1. Lo que atestigua mejor, por su propia existencia, la revolución burguesa barcelonesa de los años treinta del siglo XIX es el nacimiento de un movimiento obrero, al principio primitivo, luddista, pero rápidamente organizado. Si, al tiempo que se subraya la presencia de una industria algodonera catalana entre 1760-1830, conviene no exagerar su modernidad, la instalación en Barcelona en 1833 (¡siempre este año!) de la fábrica Rull-Bonaplata-Vilaregut, muy mecanizada, fue bien juzgada por los contemporáneos como una innovación de gran alcance. Se la llamó «La famosa fábrica de tejidos de Barcelona» en el artículo del 26 de enero de 1836 del periódico barcelonés *El Vapor*, cuyo contenido me parece un hito remarcable de la historia del pensamiento no solo socialista, sino también económico. Su autor, Joaquim Abreu, lo había publicado primero en Andalucía, donde podía pasar por un simple utopista falansteriano. Pero que en 1835 comentara el incendio de la fábrica Bonaplata por sus obreros, durante los motines de julio, demuestra que este utopista también ejercía su pensamiento crítico sobre la actualidad de su tiempo. Y el hecho de que publicase en *El Vapor* cinco de sus artículos firmados bajo el pseudónimo «Proletario» forma parte de los descuidos que pudo tener la prensa burguesa en sus orígenes: la historia de *El Vapor* a principios de los años treinta del siglo XIX evoca la de la *Rheinische Zeitung*, que a principios de los años cuarenta tuvo a Marx como redactor.

Limitándonos al artículo sobre el incendio de la «fábrica de Barcelona» (se señalan los precedentes de Manchester), fijémonos en que Abreu consagra el papel del progreso técnico (en particular de la mecanización) dentro del proceso económico-social global: a cada progreso de la mecanización, la parte del trabajo en el producto disminuye, y la del capital aumenta; y cabe insistir en la parte de la ciencia (se entiende de la investigación y la técnica); a largo plazo, la evolución es feliz, ya que siempre se produce más con menos esfuerzo huma-

no; pero, por lo pronto, el trabajador elemental ve amenazada su parte, y planea el peligro del paro; por ello es normal que reaccione; y la represión no es una solución. Esta toma de conciencia ante la contradicción entre el hecho económico y el social, entre el largo plazo prometedor y los dramas a corto plazo, mantiene una actualidad sorprendente. Estos hallazgos barceloneses de hace ciento cincuenta años en torno a un periódico deben ser retenidos. Y si recordamos los vínculos de Aribau con *El Vapor*, donde había publicado en 1833 su «Oda a la Pàtria», ¿cómo no situaremos en la Barcelona de los años treinta un punto de partida material y de complejidades sociopsicológicas reveladoras, con sus dramas, sus ingenuidades, sus sorpresas? En resumen, un lugar de revolución burguesa real, más lleno de sentido que las intrigas de corte en torno a Espartero y María Cristina, e incluso que unas leyes de desamortización, tan a menudo privadas de capacidades transformadoras.

2. Pero, ¿qué pensar, en el marco de la originalidad del hecho catalán en el curso de este período, sobre el papel eventual de un personaje dirigente, de una minoría emprendedora? Es importante como siempre, en un campo como este, resistirnos a tentaciones contradictorias: admiración atónita ante ciertos resultados individuales, menosprecio fácil *a posteriori* por los resultados globales a la medida del mundo, irritación justa ante el contraste entre las buenas voluntades proclamadas y la brutalidad de las prácticas de represión social.

Industriales y políticos: Jaume Vicens planteó acertadamente el problema en el mismo título de su famoso ensayo y en las sugerencias de estudios que implicaba. ¿Qué relaciones se pueden establecer entre dos tipos de actividad que separa demasiado a menudo la historia tradicional? ¿Y cómo averiguar a partir de los destinos individuales la historia de una sociedad?

Una primera observación: entre el mundo barcelonés y el mundo de Madrid, las relaciones son mucho más complejas de lo que sugerían, a primera vista, las luchas entre proteccionismo y librecambismo; he señalado su importancia, pero también su caída rápida en la vulgaridad. De hecho, existió en Madrid un medio catalán, o bien inspirado en catalanes, desde los financieros como Remisa, primer patrón de Aribau, hasta la compleja constelación de administradores, de informadores, de estadistas, como los Sayró, los Madoz, o de políticos románticos tipo Víctor Balaguer. Fijémonos que, *grosso modo*, todos se incluían más bien en la línea progresista. Y siempre he admirado la carrera de Aribau: el autor de la «Oda a la Pàtria» terminó su carrera como director de las aduanas de la nación. Se trata, se entiende, de la nación española. No creo que ningún industrial, ni ningún político, lo dudara antes de la mutación operada por Prat de la Riba muy poco antes de 1900.

Pero eso no significa que en el curso de las campañas para la defensa del trabajo nacional, los organizadores del pensamiento colectivo en torno a la industria catalana no hubiesen intentado congregar a su pueblo, exaltar la solidaridad entre obreros y patrones en nombre de un grupo amenazado en sus intereses comunes (a menudo, de hecho, los catalanes contra los abandonos o las amenazas que venían del estado). Esta negación de luchas de clases, no obstante agudas, a menudo sanguinarias, en nombre de una solidaridad de nación, es un fenómeno clásico del siglo XIX. Y si los librecambistas siempre tienen en los labios las referencias inglesas, el patronato catalán tiene las suyas: Carey y List, ese teórico perfecto de la burguesía organizadora y responsable de la nación.

El patronato tampoco carece de referencias históricas en cuanto a la política interior. El mito de los *consellers* barceloneses equiparables a soberanos, presente en el texto del general Fernández San Román, ya aparece en el discurso de 1820 en el caso de un Joan Balle. La idea de que los catalanes habían

sido los primeros en imponer unos límites al «feudalismo» mediante una especie de democracia burguesa medieval forma parte del arsenal ideológico de los liberales catalanes.

No conozco una mejor síntesis de la transición del feudalismo al capitalismo que estos versos de Sol y Padrís, aún más sorprendentes porque son muy malos, y que son obra del primer gran patrón catalán caído, en 1855, al frente de las luchas de clases:

> Lo temps d'heroiques empreses
> per Catalunya ha passat...
> no escull els turons més forts
> per alçar castells feudals,
> sinó en els valls per ses fàbriques
> busca l'aigua dels saltants...[1]

Es la «empresa» capitalista heredera de la «empresa» feudal.

3. Un alto responsable económico que escribe versos. Este aspecto bastante constante de la sociedad catalana, que también me sorprendió en 1927, hará pensar en la *Renaixença*. No la he olvidado. Y no tengo ningún motivo para negarle, en una historia de la Cataluña contemporánea, el lugar que tradicionalmente se le ha reservado. Dudaría en cambio a la hora de reconocerle un papel motor, ya que el resurgimiento de la nacionalidad catalana solo podía ser fruto de mecanismos más complejos, y sin duda más originales.

Efectivamente, la *Renaixença* solo es un caso en un movimiento universal. Y no hay duda de que el historicismo romántico se halla en el origen de muchas *renaixences* del mismo tipo, durante el siglo de las nacionalidades. Pero dudo de que

1. «El tiempo de heroicas empresas / ha pasado por Cataluña / ... / no escoge las colinas más fuertes / para alzar castillos feudales, / sino que en los valles, para sus fábricas, / busca el agua de los saltos...»

el viejo esquema idealista-positivista verdaderamente haya rendido cuentas del destino de estos movimientos. Y sobre todo, he conservado en el espíritu, desde que pude confrontarlos, los dos itinerarios vecinos de la *Renaixença* y del *félibrige*. Si este último no llegó a rehacer una nacionalidad de Occitania, es en parte porque el pasado occitano no revelaba imágenes demasiado claras y en parte por la fuerza que la Revolución imprimió en la unificación de Francia (lo constato, sin alegrarme). Por lo tanto, es necesario, ante una *renaixença* literaria, examinar la historia en su totalidad, no en sus superficies.

Aprendí mucho, al principio de mis investigaciones, del volumen de P. Estasén titulado *Cataluña* (publicado en 1900). Pero, más adelante, he puesto a menudo como ejemplo de interpretación superficial, ingenua, casi caricaturesca, esta síntesis del resurgimiento catalán: «Comenzaron a levantar el espíritu catalán algunos poetas e historiadores, esencialmente mi malogrado amigo D. Antonio de Bofarull, y el insigne vate D. Víctor Balaguer, y las lecturas de las *Crónicas* de Muntaner, el espectáculo de los Juegos Florales, el recuerdo de las hazañas de nuestros antepasados fueron formando una atmósfera que poco a poco se ha ido haciendo más densa con las quejas de los fabricantes y productores de todo linaje, cuyo enemigo capital ha sido siempre el fisco, y con el clamor de los contribuyentes que empiezan por temer al investigador de contribuciones y al comisionado de apremios, y acaban por odiar al centro político y administrativo de la nación, que los nombra y los envía a provincias».

Durante mucho tiempo, desgraciadamente, los movimientos nacionales se nos contaron así en nuestros manuales escolares. No discuto la importancia de las imágenes históricas para la conciencia catalana. Pero las que había fijado Capmany en 1780 se presentaban ya en 1810 en el caso de un Tomàs de Puig, y en 1820 en el caso de un Balle. Y por lo que se refiere a la *Renaixença* lingüística, cabe matizar sin duda el sentido de

la palabra a la luz de las reservas recomendadas por Núria Sales sobre la decadencia en este terreno.

Hay algunos hechos que me impresionan. Por ejemplo, la timidez de los dirigentes de la *Renaixença* en materia política, su obsesión por el «Cataluña pesa muy poco». ¡No serían ellos quienes transformarían Barcelona en una barriada de Tarascón! Y quizá, como se ha sugerido en alguna ocasión, debería darse menos importancia al academicismo de los «instalados» que al «chabacanismo» de los «condenados». Seguro que la canción revolucionaria de un Abdó Terrades, y que la expresión catalana de los inconformismos en *La Campana de Gràcia* y en *L'Esquella de la Torratxa* debieron de desempeñar un papel más movilizador que la lectura de Muntaner.

De hecho, incluso en materia literaria, y en materia historiográfica, las segundas generaciones son más creativas que las primeras, sin quitar méritos a estas. Las grandes obras surgen en la época del renacimiento político, y son tanto una consecuencia como una causa. Hay que observar todos los componentes de un movimiento histórico. Y no buscar sus orígenes a partir de un esquema unilateral demasiado tradicional.

CAPÍTULO 4

Apogeo y decadencia del poder español, fluctuación de los recursos del Principado. Mantenimiento de una originalidad, reacciones contra una decadencia (1468-1787)

La tradición historiográfica inserta entre la Edad Media y el mundo contemporáneo una especie de transición de tres siglos que se ha llamado, a falta de un nombre mejor, Edad Moderna, que comenzaría en 1492 y terminaría en 1789. Ya dije por qué Josep Fontana había preferido 1787 para situar la aparición de una Cataluña contemporánea. En cuanto a los inicios de la Edad Moderna en Cataluña, si 1492, consagrando el triunfo de los océanos sobre el Mediterráneo, es una fecha decisiva en el destino catalán, también se podría pensar en 1486, el año en que la Sentencia de Guadalupe, al estabilizar estructuras sólidas en la sociedad rural catalana, pone fin a los grandes disturbios medievales. De hecho, se advierte que se trata de matices ínfimos en las preferencias cronológicas. Podemos decir que la Edad Moderna, tanto en Cataluña como fuera de ella, dura tres siglos, cada uno de los cuales le plantea una pregunta: el siglo XVI, ¿cómo se adaptará a la brusca ascensión de la España imperial?; el siglo XVII, ¿a una decadencia sobre la cual todavía no está todo claro?; el siglo XVIII, ¿a los esfuerzos de un estado menos disperso para mantenerse en el rango de las grandes potencias?

¿Adaptación al imperio? Cabe preguntarse, pues no hay evidencias: ¿se trata de la adaptación de quién a qué? ¿Y de qué a quién? ¿Cuáles son los vínculos entre los diferentes componentes del gran imperio y el hombre que reina, directamente o por representantes? A ojos de Carlos V, que dice estar orgulloso de ser conde de Barcelona, ¿qué representa este principado que ya no es un simple condado y que nunca ha sido reino? ¿Es el equivalente de El Tirol? ¿De Flandes? ¿De Sicilia? ¿De tal parte de las Indias? Para Felipe II, ¿es el equivalente de Filipinas o de Portugal? Siguiendo los terrenos de observación, uno siente la tentación de decir: eso tiene poca importancia, lo que importa es el hecho, y no el derecho; o, por el contrario: tal situación jurídica, o tal tradición feudal, ¿no reporta, por los vínculos que crea o por las exclusiones que implica, unas consecuencias concretas? Se sabe cómo se ha discutido sobre el alcance económico exacto del estatuto jurídico de los catalanes ante el hecho americano, hecho colonial. La actividad de las atarazanas barcelonesas (esencial para la ocupación de la mano de obra) estuvo estrictamente vinculada, bajo Carlos V, a los proyectos mediterráneos, muy inestables, del Emperador. Y cuando Felipe II tuvo problemas en Flandes, los grandes convoyes de buena moneda cambiaron las rutas cántabras por las rutas catalanas. Estos vínculos de hecho entre situación catalana y grandes problemas del mundo, durante el siglo XVI, no pueden subestimarse.

Pese a todo —aquí se halla la paradoja de un sistema español conducido, como la Francia y la Inglaterra de la misma época, hacia una forma absoluta de autoridad monárquica, pero entorpecido aún por su herencia feudal—, el Principado, en materia aduanera, fiscal, monetaria, mantiene su autonomía. Es importante, ya que los dramas castellanos del siglo XVII serán monetarios.

Y ello también explica la persistente diferenciación entre «países catalanes», ya que Valencia y Mallorca, todavía «rei-

nos», también conservan la autonomía en estos dominios económicos, lo cual permitirá que sus coyunturas materiales diverjan. En cambio, el Principado del siglo XVI siempre se une a los condados pirenaicos y el Rosellón.

Estos hechos son conocidos y a menudo recordados. Pero no siempre lo bastante, porque son considerados evidentes. Ahora bien, no es inútil precisar a qué realidad exacta se refiere una historia de Cataluña. Conozco la importancia que Núria Sales da al hecho jurídico, ya sea en materia de naturaleza catalana (dan ganas de decir de pasaporte catalán), ya sea en materia de persistencia efectiva, en plenos tiempos modernos, de los derechos señoriales y feudales (alta justicia, etc.). El lector no debería sorprenderse por ello: una buena parte de la originalidad catalana moderna puede derivar de herencias muy antiguas.

Entre estas herencias, las instituciones propiamente políticas y representativas que habían tenido un papel fundamental al lado de los monarcas de la dinastía catalana, en la Edad Media, permanecen en su sitio, aunque sus medios han disminuido. Las Cortes representativas de los tres estados (una verdadera sociedad de órdenes) continúan reuniéndose y votando constituciones (leyes o reglas propias del Principado). Las de 1510, en torno al Rey Católico, todavía votaron grandes créditos y pusieron de manifiesto ambiciones mediterráneas y africanas.

Su órgano permanente —la Diputación del General o Generalitat— dará apoyo a toda reivindicación o esperanza nacida en el seno de estas clases dirigentes. Y el *Consell de Cent* barcelonés, cuyo derecho es adoptado por una constelación de municipios, todavía está considerado una fuerza lo bastante importante para negociar con el soberano mediante embajadores directos.

Esta capacidad de representación y de decisión impresiona a los viajeros extranjeros (a menudo por comparación con las

experiencias propias); hablan de buena gana de los catalanes como cuerpo, «tienen el orgullo de no reconocer al rey de España más que como conde de Barcelona», dice uno; y otro: «la Generalitat tiene más poder que el virrey».

Caverel, embajador del abad de Saint Vaast ante Felipe II, testigo de mirada particularmente aguda, también dice de los catalanes: «No están sometidos al virrey, que no tiene nada que ver con ellos». Y en el dominio más preciso de las aduanas y de la moneda: «En España, dado que todas las provincias están unidas bajo un mismo príncipe, tampoco se puede transportar oro, dinero, ni determinadas mercancías, como si los reinos y provincias conservaran sus propios príncipes», de manera que «una vez en Barcelona, el extranjero debe informar acerca del dinero que tiene, y no puede llevárselo sin pasaporte, y sin dejar un buen pellizco».

Hay que retener evidentemente este detalle concreto. En cuanto a los poderes respectivos de la Generalitat y el virrey, cabría apreciar la parte de las apariencias, de las afirmaciones, de los recuerdos (pero todo el imaginario tiene su sentido) y la parte de las realidades; no faltarán virreyes para prometer mandar «el Principado a galeras» o para jurar que solo observarán las constituciones que les venga en gana observar. Y es poco sorprendente, si uno piensa que el Principado de principios del siglo XVI tendría más razón de sentirse poca cosa que la Cataluña de nuestro tiempo, que pese a todo lo hace a veces. Ya que la Cataluña de 1980 tiene seis millones de habitantes sobre treinta y cinco, en una España reducida a la Península; el Principado de 1500 tenía menos de trescientos cincuenta mil habitantes entre los casi seis millones de súbditos del rey de España en sus dominios peninsulares, más los flamencos, los italianos y las poblaciones de América. De aquí viene, sin duda, el efecto producido en los extranjeros por el orgullo político de los catalanes, herencia de la Edad Media, durante la cual Barcelona se comparaba más bien con Venecia o Génova

que con un imperio «donde no se ponía el sol». Puede ser significativo, en cuanto a la toma de conciencia del poder español por sus soberanos, que Carlos V, en los primeros años de su reinado, pudiera considerar al Principado con benevolencia. Como podría haberlo hecho con cualquiera de sus otros feudos europeos, mientras que Felipe II, monarca más absoluto, que desde El Escorial reina sobre un mundo, trata desde muy arriba, como con negligencia, los problemas catalanes.

Quizá no todo es negativo en la débil densidad y la dispersión de la población catalana entre 1486 y 1520, cuando se pasa de los dramas demográficos y sociales del siglo XV a una coyuntura mejor, dentro de una estructura rural estabilizada por la sentencia de Guadalupe. Guicciardini, en 1511, dice del campo catalán: «Está poco habitado y esta es la región, aunque se trabaje solo una parte, donde hay abundancia».

Aquí está sin duda la promesa de recuperación: una buena explotación agrícola en la Cataluña Vieja, de una altitud media y de una humedad suficiente.

Pero uno no puede olvidar que la montaña está casi desierta, que el oeste árido cuenta con muchos pueblos abandonados, con instrumentos de irrigación fuera de servicio, y que el litoral, tan a menudo lugar de atracción, se vacía de su población en el siglo XVI por miedo a las incursiones bereberes.

Por lo tanto, Cataluña vivirá este siglo con un bajo nivel demográfico y económico relativo. Con muchas fluctuaciones, en la población, la producción, los intercambios y cierta timidez de los grandes órganos políticos del Principado ante los poderes soberanos, que contrasta con las grandes originalidades, y la conciencia a menudo orgullosa, de los sectores constitutivos de la sociedad catalana, tanto si se sienten solidarios entre ellos como si entran en conflicto.

La población es sin duda fluctuante, expuesta todavía a las crisis. Barcelona conoce pestes cuyas víctimas no se pueden cuantificar: en 1501, 1507, 1530, 1558, 1589 sobre todo, por

mencionar solo los años en que el número de muertos alcanza o sobrepasa la cifra probable de los fuegos de la localidad, es decir un muerto por cada cuatro o cinco habitantes. En estos casos, la población rica se va a sus torres en el campo para huir de la plaga; los pobres también huyen, pero al azar, y luego regresan para ocupar los puestos de trabajo que han quedado libres. Existe, así, una atracción urbana sobre el campo, y una atracción catalana sobre el extranjero: la proporción de los inmigrantes franceses, en hospitales o en registros de matrimonios, es excepcionalmente elevada. Forman parte de los muchos signos de actividad renaciente.

Lo poco que sabemos de los intercambios exteriores confirma los diversos aspectos de estas impresiones de conjunto: nivel muy bajo si recordamos los flujos máximos de los siglos XV o XVIII; pese a todo, mantenimiento y arranque bastante fuerte de los intercambios marítimos después de 1570, cuando las revueltas de Flandes desvían las grandes corrientes monetarias del norte hacia el Mediterráneo; pero, más pronto en el siglo, las ferias de Castilla se convirtieron en un polo de atracción para los productores catalanes; los textos lo confirman, y aquí no disponemos de cifras. Pero no es indiferente señalar que en 1521 el municipio barcelonés escribe al rey que Barcelona ha rehusado asociarse al movimiento comunero castellano (timidez política), pero que no entregará al enviado de los sublevados de Valladolid, por no poner en peligro a los negociantes catalanes en Castilla (por lo tanto, los hay). Las ferias y los mercados portugueses y coloniales desplazaron hacia el oeste un comercio catalán; en torno a 1580 se elegirá, en cambio, una reorientación hacia el Mediterráneo.

El efecto de estas atracciones sobre la producción catalana —pañería, corambre, hierro forjado— queda patente, y en un amplio radio: Gerona y Perpiñán se convierten en ciudades pañeras; Vic cuenta, en 1553, con ciento trece cardadores para quinientos noventa y ocho fuegos; Igualada con cuarenta y

tres para ciento setenta y nueve. La Barcelona de 1582, descrita por Caverel o Jorbà, parece muy próspera. Los gremios barceloneses se han multiplicado, son ricos (todavía hay edificios que lo atestiguan). En el Born se cruzan las actividades de los vidrieros y la fiesta de los torneos caballerescos, que apasionan a la gente. Pero la antigua inestabilidad subsiste: la peste de 1589 interrumpe grandes proyectos municipales. Barcelona ya no inspira a los poderes. Felipe II prefiere a los genoveses. Cuando la ciudad, celosa, bombardea en 1591 la flota de Doria y expulsa a los genoveses, el rey pregunta: ¿con qué derecho? Y obliga a revocar la decisión.

Espero las conclusiones que Núria Sales, con su originalidad habitual en la investigación, no dejará de darnos sobre este siglo XVI catalán (que, a pesar de todo, es el menos estudiado de la Edad Moderna). Es interesante por sí mismo. Pero habría que profundizar en la comparación económica entre el desarrollo castellano, excepcional pero muy rápidamente amenazado por los peligros inflacionista y parasitario, y el modesto caso de la recuperación catalana, lenta, desigual, dependiente de fuerzas financieras y de mercados externos a ella, pero en la que la utilización de recursos naturales locales, de una demografía atractiva y de tradiciones industriales anuncia un porvenir muy distinto en cuanto a la utilización de las fuerzas de producción.

El siglo XVII, por su parte, presenta dificultades de interpretación. ¿Es más conocido que el siglo XVI? Sí, en la medida en que la atención de los historiadores tiende a centrarse en los episodios de guerra. Y están 1640-1659 y 1705-1714 en el centro y en la conclusión del período. Que en este tiempo el Principado iniciara dos veces, bajo la dirección de sus organismos representativos, una lucha armada contra soberanos que reinaban en Madrid merece algunas reflexiones en una meditación sobre la historia de Cataluña. Y uno puede preguntarse, como ante muchas otras convulsiones históricas, si la revuelta contra un poder deriva de una miseria mal soportada, de una

frustración, o bien de un deseo de poder. Como suele suceder, se puede responder que ambas cosas a la vez, puesto que hay muchas combinaciones entre las ambiciones de una clase y las desgracias de una comunidad.

Si una clase dirigente, por decisión de sus representantes políticos, se arriesga a un gran enfrentamiento, es que se cree forzada a hacerlo, lo cual no parece señalar un momento de debilitamiento. Pero si da a su lucha el sentido de una defensa de grupo —un sentido «nacional», sea o no la palabra presente y convenga o no al período—, significa que la minoría activa cuenta con arrastrar a la multitud, cree poder prometer a las masas tiempos mejores, y a veces solo debe tomar la dirección de revueltas espontáneas que son signos de miseria.

Las revueltas catalanas de 1640 y 1705 verifican lo suficiente estas observaciones, pero presentan unas secuencias opuestas. En 1640, dos documentos lo bastante conocidos —la «Proclamación católica» del municipio barcelonés y el lamento popular de los Segadores— aluden al recuerdo de un tiempo de prosperidad: el de una Cataluña *rica i plena*. Pero describen desgracias comunes y particularmente el alojamiento de las tropas de mercenarios en casa de los vecinos, lo que provoca una revuelta latente en extensas capas de la población, y muchos de sus aspectos recuerdan la incubación de las liberaciones nacionales de hoy; de todas formas, el incidente final, decisivo, y que desencadena la guerra, es un clásico disturbio de segadores que buscan un contrato temporal. La evolución a largo plazo (una Cataluña que crece y se consolida en un imperio español en franca decadencia), la inscripción dentro del medio plazo histórico (presiones militares y fiscales de Olivares sobre una Cataluña que se ha convertido en objeto de celos), finalmente el «motín de tipo antiguo» de las miserias recurrentes; esta coincidencia de tres coyunturas comporta la utilización del motín por parte de las autoridades (hecho excepcional), y además se trata de una secesión: un trozo del imperio

(como otros, como Portugal, como Nápoles) busca desvincular su suerte de un futuro comprometido.

La secuencia de 1705-1714 es muy distinta. La *rica i plena* de 1640 tiene su equivalente: las palabras «fénix de Cataluña» en el título de la obra de Narcís Feliu. Yo me había interesado en el estudio de los años 1705-1760, y el congreso que se les ha consagrado recientemente no ha desmentido mis impresiones optimistas; el conflicto que estalla en 1705 surgió del deseo de consagrar una esperanza por parte de grupos concretos que tenían un proyecto. Pero esta vez no se trata de secesión, sino de sucesión; entre dos candidatos al trono español se elige (tardíamente, por otro lado) al de la dinastía austríaca, cuyo último representante ha sido considerado responsable de los progresos recientes y cuyas tradiciones son más feudales que absolutistas, mientras que se teme al centralismo francés; cierto partido catalán querría ocupar un puesto importante, si no dirigente, en la herencia del imperio; y además, esta vez, otros Países Catalanes comparten esos puntos de vista. Yo sospechaba (y Núria Sales lo ha confirmado recientemente) que la unanimidad catalana, en 1705, era mucho menor que la de 1640, que expresaba una reacción directa contra una especie de ocupación. Hubo muchos «felipistas» en las clases altas y medias. Y la adhesión popular no es evidente. En cambio, ante la suerte reservada al País Valenciano vencido, y ante las intenciones que se adivinan en los vencedores, la llamada a la resistencia, en las Cortes de 1713, se vuelve patética, y en Europa la Barcelona de 1714 se compara con Numancia y con Sagunto. Este paso de una guerra-elección política a una guerra más sentida cuando se convierte en instinto de defensa responde igualmente a un esquema histórico repetido a menudo.

Así, antes del impulso material de su siglo XVIII, que podría sorprender si no tuviera precedentes, Cataluña conoció en dos casos (aproximadamente en 1600-1630 y en 1670-1705) rápidas recuperaciones de población y actividad, seguidas de inten-

sos despertares políticos. Al inicio del siglo XVII, en efecto, en pleno contraste con los inicios del siglo anterior, todos los testimonios convierten a Cataluña en una aldea continua. Esto podría parecer un cliché. Pero datos locales cifrados confirman fuertes incrementos. La impresión fue tal que en las Cortes de 1626 unos «expertos» atribuyen al Principado doscientos cincuenta mil hogares, es decir un millón de almas. Olivares les creyó, y prometió fundar sobre esta cifra sus exigencias fiscales y militares. Ahora bien, debería reducirse la estimación en torno a la mitad. Cabe decir que con quinientos mil habitantes, el Principado de 1625 habría alcanzado la cifra probable de su apogeo medieval, y que después de las terribles crisis de mediados del siglo XVII deberá esperar casi cien años para recuperarla. La Cataluña *plena* (llena) de la canción no era un mito.

¿También era rica? No escapó, hacia 1620, como toda España, de una crisis comercial por la invasión de mercancías extranjeras producidas a un mejor precio. Entonces hubo, entre las corporaciones o en el interior de las corporaciones (en particular en el caso de los cardadores), duras luchas por el descenso de los precios de coste. El interés histórico de estas luchas es que desembocaron en el traspaso de importantes actividades industriales de la ciudad al campo, donde se invierten las rentas de los trabajos de los campos bajo el control de los distribuidores de materias y de los vendedores del producto, es decir del capital comercial: es un proceso lo bastante conocido de protoindustrialización, todavía insuficientemente estudiado en Cataluña. Habría que ponerlo en relación con otros fenómenos del mundo rural: repoblación rápida, enriquecimientos revelados por los estudios monetarios y también cierto desorden vinculado a esta abundancia relativa, con sus transformaciones y sus intermitencias.

Los problemas monetarios —fundación en 1609 del banco de la Ciudad o discusión de 1614-1617 en torno a una hipotética devaluación de la moneda catalana— permiten seña-

lar en el campo y en las pequeñas ciudades la existencia de unas reservas muy antiguas de buena moneda y verificar que la economía general está en buen estado, observando el equilibrio entre moneda catalana y buenas piezas venidas de las Indias, ya que entre Cataluña y Castilla existen relaciones monetarias de estado a estado.

Pero el interés de las negociaciones técnicas de esta clase también es revelar el estilo de las relaciones entre agentes del Principado (o de Barcelona) y los medios dirigentes de la monarquía. El hermano Franch, religioso catalán especialista en relaciones bancarias, y el abogado J. F. Rossell expresan familiarmente, en sus correspondencias, cómo chocan con los ministros, con las comisiones, los expertos, las incomprensiones, hostilidades, incompetencias y negligencias: «Tratándonos como a negros», «tiene el negocio gente que no nos quiere bien», «Lo que se ha trabajado con memoriales e informaciones no es cosa que se diga, Dios sabe lo que me cuesta», «se hace un esfuerzo con cada cual, no lo entienden, y es una lástima». Los ministros solo son llamados *aqueixos senyors* («esos señores»), y se dice de ellos que son «más amigos de jugar toda la noche y de levantarse a las doce», para concluir: «i que té mal que jemec» («y a quien le duela, que se queje»). Este es el tono de muchas correspondencias del siglo XIX y del nuestro. El equivalente popular es «Viva la tierra y muera el mal gobierno».

Es verdad que en Madrid se acusa a los catalanes (como en 1849) de ser una raza insubordinada. Si se trata a los agentes de Barcelona «como negros» es porque en las puertas de esta ciudad reinan los bandidos. La libertad castellana, dice el virrey Almazán, es poder ir de Madrid a Almazán (cincuenta leguas de desierto) sin escolta. Las libertades catalanas consisten en no poder dar un paso en un camino del Principado sin sufrir el ataque de los bandoleros.

El problema del bandolerismo es difícil. Ahora se halla en proceso de revisión. A menudo se había simplificado. En reali-

dad une rasgos muy complejos: comportamientos comunes en todo el contorno montañoso del Mediterráneo, hábitos sociales de antigua ascendencia (clanes, linajes, partidos señoriales que poseen bandas armadas), coyunturas particulares del Principado (superpoblación rural, paro urbano, situación-frontera, circulación de convoyes cargados de moneda...). Recordemos que Cervantes, en 1615, evoca a la vez una Barcelona «archivo de cortesía» y, a sus puertas, «cuarenta bandoleros vivos» por «cuarenta bandoleros colgados». Su Roque Guinart es novelesco con ganas, a la misma distancia de lo real que de lo imaginario. Es la América del siglo XX vista por el *western* y la novela negra. Con el efecto de distanciamiento: el Principado, para un castellano, es lo extraño; y es el extranjero. Con todo, en *Las dos doncellas*, Cervantes describe una pelea entre marineros del rey y las masas barcelonesas de una forma que será retomada, casi palabra por palabra, en el relato de un incidente real por el *Dietario* municipal. Cervantes también era un buen periodista. En todo caso, sabía lo que le gustaba al público. Para este, el estereotipo del catalán popular era el hombre rebelde.

Y en cualquier caso el hombre armado. Caverel había observado, a finales del siglo XVI: «Prácticamente no hay nadie que recorriendo los campos no lleve armas más ofensivas que defensivas». Las *masies* y las torres están fortificadas. Y puede ocurrir que dos artesanos, dos campesinos, estén «en guerra privada» entre ellos, y que esta situación sea reconocida por su señor legítimo, a veces hombre de Iglesia. El bandolerismo debe ser a la vez causa y consecuencia del hecho de tener un pedreñal por hogar.

Pero las desgracias de la guerra y de la demografía también debieron de desempeñar su papel en la adquisición por parte del catalán, en una Europa por o demás poco amena, del calificativo de *farouche*. En la segunda mitad del siglo XVII, los *miquelets* catalanes, bandas de mercenarios armados contratados temporalmente para operaciones menos bélicas que policiales,

se hicieron célebres por las represiones violentas, en particular contra los hugonotes del Mediodía francés. Y ello tiene relación con la situación terrible del Principado durante los años que siguen a la guerra de 1640 y sobre todo las pestes de los años cincuenta del siglo XVII. Estas pestes, muy mortíferas, que se han podido comparar con las del siglo XVI, dejaron a la población catalana muy por debajo de lo que había sido entre los años 1610 y 1620. Esto es especialmente cierto en las regiones donde la guerra había arrasado; oeste árido y confines pirenaicos de los condados y del Rosellón, de los cuales, en el momento en que fueron anexionados a la corona de Francia, dicen algunos textos que se hallaban invadidos por la vegetación y por animales salvajes. Es algo que debe tenerse en cuenta para la historia de su inclusión en el estado francés; Núria Sales y Peters Sahlins han trabajado recientemente sobre estas particularidades de las zonas-fronteras.

Mosén Sanabre ya nos había hecho penetrar en el laberinto de los disturbios que siguieron a la amputación del Principado en su parte septentrional. Y se puede oponer la fácil resignación de la monarquía española ante esta pérdida de territorio a las lamentaciones que todavía traspasan el *Fénix de Cataluña* en 1683: «El Principado de Cataluña, condados de Rosellón y Cerdaña, en una sola provincia, componen un bello mapa, pequeño mundo y admiración del mundo».

Observo que las formaciones políticas citadas como limítrofes de este mundo son la Galia Narbonesa, Valencia, el reino de Aragón, la Gascuña. ¡No se mencionan España ni Francia! Esta visión histórica tan atrasada para su época no sorprende en un Narcís Feliu de la Penya. Pero es curioso recordar que este historiador formaba parte de la élite económica activa del momento.

De hecho, estas minorías dirigentes del Principado (muy alejadas de los grandes señores definitivamente castellanizados) eligieron muy mal, en ambas revueltas, a los que querían como

garantes de sus libertades. En 1640, haber puesto en juego a Richelieu contra Olivares había supuesto elegir al campeón más perfecto del estado absolutista; solo podía interesarse por Cataluña para anexionarse, previa negociación, la parte «de allende los Pirineos». En 1705, elegir la casa de Austria en la disputa de sucesión era arriesgarse a ser abandonado (y así ocurrió a partir de 1711) por un soberano más preocupado por sus intereses en la Europa central que por una corona de España en disputa. En cuanto a la alianza inglesa, resultó ser decepcionante: los *whigs* se mostraron sensibles ante el «caso de los catalanes», pero sin comprometerse demasiado, y Bolingbroke solo vio en ellos a un «pueblo turbulento» que debería haberse sentido contento de alinearse bajo las mismas leyes que los castellanos, súbditos preferidos del rey de España.

Fue así como una minoría catalana representativa creyó por dos veces que podía elegir su propio camino. En primer lugar separando su destino del de un gran imperio en decadencia. A continuación queriendo dar al mundo hispano un rey a su gusto. Había sido necesario admitir por dos veces que el Principado, incluso en épocas de coyuntura bastante favorable, no se esforzaba en dictar soluciones. En 1714 la caída de Barcelona y en 1716 el Decreto de Nueva Planta, que hace desaparecer las viejas libertades, las viejas instituciones, marcan uno de los puntos más bajos de la curva política catalana. Y la curva económica no va a ser más favorable, ya que aún en 1725 un viajero holandés declaraba que en Cataluña parecía ignorarse que existieran mercaderes de todas partes del mundo. Eso no pasaría a menudo.

No sé si los historiadores que propusieron, y luego los que lo aceptaron, definir el episodio de 1714-1716 con las palabras «fin de la nación catalana» pensaban en el eclipse económico ocurrido efectivamente. Lo menos que puede decirse es que, en este caso, el diagnóstico fue suficientemente desmentido, ya que entre 1760 y 1787, medio siglo más tarde, Cataluña

confirmaría su antigua vocación marinera, comerciante, industrial, con muchos signos de modernidad, y Barcelona, reducida a treinta y cinco mil habitantes en 1716, alcanzaría casi ciento diez mil en 1787.

Pero ni siquiera políticamente las palabras «fin de la nación catalana» constituían una buena elección. Una nación no se suprime por decreto. Lo que se suprimió —en todo caso se podría discutir, sobre esta supresión, en torno a su forma jurídica— fue lo que quedaba de un estado medieval (y en este caso, el término *estado* es discutible). Se trataba, es cierto, de un sistema representativo; representativo de los tres estados sociales reconocidos (sin contar, evidentemente, con el elemento popular). Con todo, se piensa que la alineación monetaria y aduanera en un territorio español que los Borbones habían centrado en la Península pudo generar el temor de una desaparición total de las viejas originalidades económicas catalanas; pero se sabe que se adquirió otra originalidad por el éxito de la industrialización.

Finalmente, las desconfianzas manifestadas durante la Guerra de Sucesión llevaron a que la vigilancia policial descendiera hasta el nivel municipal. Y la lengua (mediante instrucciones prudentemente secretas) fue amenazada, perseguida en su uso. Falta saber en qué medida esto fue aceptado o rechazado. Y por qué la conciencia lingüística fue más adelante capaz de una *renaixença*. Sé que Núria Sales tiene, sobre este punto, ideas firmes, sólidamente argumentadas. Me basta con anunciarlo aquí. Solo me permitiré una observación sobre un punto a mi juicio demasiado ignorado por los historiadores de la *Renaixença*.

La Cataluña del siglo XVIII conoció un alto nivel de preocupaciones culturales en dominios como las ciencias naturales, la medicina, las técnicas (agrícolas, industriales) y también el derecho o la teología. Pero la historia fue abordada con métodos de una modernidad que nos sorprende: Caresmar perci-

bió la importancia de la demografía y señaló formas de observación del pasado a partir del presente que se han redescubierto recientemente; Capmany inventó —en el sentido preciso de la palabra, ya que fue el primero en utilizar este término— la historia económica, en ningún caso aislada, por otra parte, de sus relaciones con lo social y lo político.

Los historiadores del siglo XIX, formados en otros métodos, utilizaron a Capmany como fuente, pero a menudo sin comprender la originalidad de su metodología y sin rendirle suficiente tributo. Quizá le guardaran cierto rencor por su predilección por la lengua castellana y por su adhesión evidente, al empezar el siglo XIX, a un estado-nación español moderno en gestación. Ahora bien, Capmany, que no confundía lo que creía prever, y podía desear, con lo que la historia le mostraba, también dijo de los catalanes que los consideraba como «reunidos en pueblo, en una comunidad nacional». Y el orgullo de las antiguas instituciones, las antiguas expansiones, las antiguas glorias de la Cataluña histórica se convirtió en parte integrante del espíritu público catalán del siglo XIX, en gran medida gracias a Capmany, citado indirecta o directamente. En este sentido no debe ignorarse como precursor. Y de todas formas, cuando una ciudad como Barcelona, y un conjunto como los Países Catalanes, puede enorgullecerse de haber sido objeto de una de las obras historiográficas más importantes de la Edad Media y de ser la patria de uno de los primeros, y de uno de los más agudos, entre los analistas y teóricos del hecho nacional, ello forma parte de su historia.

CAPÍTULO 5

Expansión y divisiones del «hecho catalán». Precocidad e imperfecciones de una conjunción estado-nación-poder en la edad media. Decadencia de las fuerzas internas y crisis finales del sistema catalán medieval (siglos XIII-XV)

Abordo aquí los problemas de la Edad Media con una perfecta conciencia de la mediocridad de mis conocimientos. Incluso he llegado a sentirme algo avergonzado al ver mi nombre invocado a favor o en contra de tal vocabulario o de tal interpretación sobre la Edad Media, cuando solo me había propuesto, para preparar o situar mis propias investigaciones, partir de los trabajos de los mejores medievalistas del momento en que yo escribía: Soldevila, Vicens, Santiago Sobrequés o Ramon d'Abadal. Hoy es todavía más manifiesto, ya que no he podido estar lo bastante al corriente de los progresos historiográficos recientes. Por ello querría esperar a tener en la mano el enfoque de la historiadora más competente del período, Carme Batlle, para repensar los problemas generales que me parece que plantean estos tiempos lejanos. Aquí me contentaré con decir rápidamente por qué razones me los planteo.

La primera es que en la mayoría de historias generales, el «hecho catalán» raramente está bien ubicado en el examen de la Edad Media mediterránea. Se está en lo cierto al poner en pri-

mer lugar a Venecia, Génova o Florencia, y no creo que Barcelona, Valencia o Mallorca se situaran jamás a la altura de aquellas poderosas ciudades. Pero me planteo la cuestión (no la considero lo bastante clara): el conjunto de estas tres ciudades, y de su territorio interior, a menudo solidarias políticamente, ¿no constituyó en el Mediterráneo, en algún momento de la historia, un elemento económico-político de gran importancia, y no convendría apreciar su nivel, coherencia (o incoherencia), el papel que tuvo en las alianzas y en las rivalidades, en sus constantes y sus cambios? Demasiado reservado a los especialistas regionales, demasiado tratado ora bajo el ángulo económico, ora bajo el ángulo político, este gran componente mediterráneo me parece demasiado desconocido para los historiadores.

Añado que todavía es frecuente, sea (por tradición) en la terminología de las historias generales, sea (menos inconscientemente) en trabajos españoles, ver que se califica el «hecho catalán» en su dimensión mediterránea como «expansión aragonesa». Esto no es obligadamente contrario al vocabulario medieval: la Corona de Aragón, el grito de guerra «¡Aragón!» eran términos bastante familiares. Pero la palabra no responde a lo que caracterizaba, en todo el Mediterráneo, a los marineros venidos de Barcelona, Valencia, Mallorca o Colliure, es decir, la lengua, el tipo humano, cierta marca de civilización y el consulado del que dependían, el de la ciudad de Barcelona. Podrá decirse: ¿qué importancia tiene una etiqueta? Pero me gusta recordar que el historiador aragonés Giménez Soler compuso una obra de vulgarización, *Historia de la Corona de Aragón*, sin imprimir más de una vez la palabra *catalán*, y que Américo Castro escribió un día (aunque rápidamente rectificó) que Cataluña no sabría tener vocación política, puesto que nunca había sido más que un apéndice de Aragón. Esto no es historia medieval, es historia de nuestros días.

E invita a reflexionar sobre otro debate, también menor aparentemente pero que señala una relación interesante entre

lenguaje y memoria colectiva. Soldevila llegó a lamentar, por sensibilidad nacional, que la Cataluña propiamente dicha, el Principado, no hubiera ostentado nunca el título real. Vicens vio en ello una puerilidad y también un anacronismo. Y es verdad que la Edad Media se preocupaba poco de los títulos de los territorios, ya que las relaciones eran sobre todo interpersonales. Un rey reconquistador podía, por distintos motivos, titular su última reconquista como condado, marquesado o reino. El rey de España, por eso mismo, llevaba los títulos más diversos: aquí rey, allí conde, e incluso simple señor.

Dicho esto, con el paso del tiempo, cuando hubo una confusión creciente entre reino y estado moderno, el título sí importó. La referencia a un reino de Francia (incluso cuando todavía no se parecía al Hexágono) seguramente tuvo su papel en la formación de la conciencia colectiva de los franceses. Así, la inserción precoz del condado de Barcelona en la Corona de Aragón por el matrimonio de uno de sus condes pudo, muchos siglos después, influir negativamente en la imagen política de Cataluña.

Con todo, hay pocos ejemplos de una dinastía medieval tan vinculada a un territorio, a una lengua, a un largo pasado cultural, como la dinastía condal catalana. Y cuando tomó en el siglo XIII la dirección de una reconquista rápidamente triunfante en territorio hispánico, y luego la de una gran red de intereses solidarios en el Mediterráneo, puso los cimientos de una potencia real, capaz de tratar de igual a igual, para el combate, la alianza o los matrimonios, con los reyes hispánicos o europeos, con las repúblicas marítimas de Venecia o de Génova, con los cristianos y los musulmanes de Oriente, con los jefes militares y políticos del Magreb. La dinastía adquirió, pasajeramente o para un largo futuro, derechos sobre Sicilia, Cerdeña, Córcega y Nápoles que se hallan en el origen de las posesiones italianas y mediterráneas del futuro imperio español. Quizá la expresión que designa al Mediterráneo occiden-

tal, en un momento de la historia, como «un lago catalán», supere un poco la realidad; y la imagen magnificada de una Grecia catalana, después de una aventura bastante efímera de los almogávares, con un Partenón convertido en «Sede de Santa María», forma parte de una visión romántica del pasado. Pero que Pedro el Ceremonioso llamara a la Acrópolis «una de las más bellas joyas que hay en el mundo» es un jalón curioso en la historia cultural europea. Y es normal que la época de los reyes Jaime y de los reyes Pedro tenga en la imaginación catalana el papel del Siglo de Oro en la imaginación castellana o el del Siglo de Luis XIV para los franceses. Todo ello no es una invención de la *Renaixença*, y debe, como he dicho, tanto a Capmany como a Bofarull.

Es prudente, para el historiador, cuidar su vocabulario. Democracia o nación no deben considerarse como palabras que esconden conceptos. Utilizándolas en su sentido actual para hablar de la Edad Media, uno se arriesga al contrasentido por anacronismo. Y aquí también debo evocar una pequeña aventura personal que tiene su sentido. Parece (no tengo la referencia) que se me ha atribuido la siguiente fórmula: «Cataluña fue la primera nación del mundo fechada». No creo haber escrito nunca una frase como esta. De todas formas, yo habría dicho «de Europa» (¡no hay historia del mundo antes de 1500!).

Lo que pude sugerir es que entre 1250 y 1350, en una Europa y en torno a un Mediterráneo donde existían por un lado unos estados feudales más o menos coherentes en torno a un señorío, y por el otro unas ciudades mercantiles más o menos organizadas en repúblicas oligárquicas, no se veía en absoluto despuntar el futuro estado-nación. Gramsci había señalado un día que las viejas repúblicas urbanas de Italia no anunciaban los fenómenos nacionales de los tiempos de la unidad italiana. Pero precisamente el fenómeno medieval catalán tiene de particular que combina lo que en otros lugares se da

separado: una monarquía feudal de viejas raíces y que se instala en territorios cada vez mayores, y una ciudad mercantil —luego varias— con un estatus municipal sólido, pero no soberano, con unas clases dirigentes, armadores y mercaderes, que llegan, sirviendo a la dinastía soberana, a servirse de ella. Creo que Carme Batlle describirá particularmente bien el proceso de instalación de este sistema bastante original, por una parte como especialista en el siglo XV que recientemente ha sido inducida, me han dicho, a apasionarse por el siglo XIII, y por otro lado, como mejor analista de las grandes luchas de clase presentes en la fase descendente, en las crisis tardías del sistema catalán. En una revisión reciente se opuso con rigor a Jacques Heers, que quiso asimilar estas crisis internas de Barcelona con las luchas de los clanes aristocráticos genoveses. Carme Batlle argumentó que estas luchas se explicaban por la inexistencia de un poder central exterior en Génova, y por el contraste entre esta ciudad y el resto del territorio de Liguria. En Cataluña, el poder monárquico, por encima de la ciudad, está presente, y el resto del territorio catalán no es inactivo; existen otros núcleos urbanos además de la capital; la estructura de los poderes en la Corona de Aragón no ha sido nunca o puramente feudal o puramente librada a una oligarquía ciudadana. En este sentido, yo me había permitido ver en ello un esbozo de estado-nación. Se puede decir que si la historia es analizable en sus mecanismos generales (¡y es necesario, a pesar de la opinión de Jacques Heers, incluir en ellos las luchas de clases!), ello no autoriza a generalizar las conclusiones de estudios locales. En historia comparada, los contrastes (y los matices) dicen tanto como las similitudes. Y no hay nada tan peligroso como las asimilaciones.

Por lo tanto, aun sugiriendo una relativa modernidad como carácter distintivo de la Cataluña de la Edad Media, siempre ha precisado ciertas reservas:

1. Si Nicolau d'Olwer había insistido en el tono moderno del patriotismo lingüístico de Muntaner, es importante recordar que la nación medieval era ante todo un hecho lingüístico (*nationes sive linguae*, decía santo Tomás); por lo tanto, es necesario no representar la conciencia lingüística catalana de la Edad Media como si fuera políticamente tan significativa como hoy; lo cual no impide que los naturales del rey de Aragón fueran llamados catalanes en todo el mundo debido a la lengua que empleaban.

2. Mientras que las relaciones entre reyes y ciudades mercantiles creaban cierta conciencia de estado-nación, los reyes conservaban, no obstante, una mentalidad patrimonial; buscaron señoríos más que soberanías y repartieron sus dominios entre varios herederos, que no desaprovecharon la oportunidad de disputárselos. Las representaciones de los estados (Cortes, Generalitat, etc.) fueron múltiples, así como las monedas, las fiscalidades, las aduanas, factores cuyo impacto en las oposiciones de intereses hemos subrayado. Uno tiene tentaciones de decir que si hoy existen muchos estados multinacionales, la nación catalana —en el sentido medieval, en el sentido lingüístico— fue multiestatal. Y este es el origen de las divisiones persistentes entre los Países Catalanes.

3. La última constatación es una verdad evidente, pero que algunos vocabularios abusivos solapan a veces: sean cuales sean las solidaridades afirmadas o sentidas, y la pretensión de los poderes existentes de encarnar a las comunidades, las estructuras de clase existen. Y sucede que los enriquecimientos en la cima, a menudo asimilados a los tiempos gloriosos, a los grandes siglos, se pagan con empobrecimiento en la base. En la Cataluña de los siglos conquistadores se acentúa, en los campos, la dureza de la condición *remensa* (esta forma catalana original y tardía de vasallaje). Y en las ciudades ocurre que las

clases pobres muestran un nerviosismo significativo. Sobre todo, no se debería confundir el sistema de representación política de las clases no aristocráticas de la población con una democracia en el sentido etimológico, y a veces las nostalgias catalanas contemporáneas han abusado de las palabras en ese sentido. Si hay pacto es entre medios dirigentes de clases organizadas.

La Edad Media catalana, en el siglo XV, llega a su fin en una atmósfera de crisis. De crisis social agraria: la guerra de los remensas, contra el vasallaje personal y los «malos usos», dura cien años; y, en el sistema político y municipal, el conflicto entre dos elementos de la representación, bajo los famosos nombres de *Busca* y *Biga*, fue muy duro. La historia clásica insistía más en la crisis política: cambio de dinastía en 1410-1412, con la muerte del rey Martí, el Compromiso de Caspe, los desacuerdos entre los reyes de origen no catalán y el municipio barcelonés, la gloria de Alfonso el Magnánimo, inmensa pero circundada fuera del Principado, y finalmente, en 1462, la guerra civil.

Sobre esta decadencia catalana de la baja Edad Media, también he llegado a aventurarme muy imprudentemente, teniendo en cuenta que nunca la he estudiado en fuentes directas. Tengo la excusa de que lo había hecho a petición, y bajo la responsabilidad, de Jaume Vicens. Mi hipótesis directriz era la siguiente: ¿hay que conceder tanta importancia al cambio de dinastía, a las aventuras napolitanas del Magnánimo, a las intrigas de Juan II, al matrimonio de Fernando, mientras se concede demasiada poca a las grandes pestes del siglo XIV, a la pertinacia de las catástrofes humanas del siglo XV, a la redistribución de la explotación del suelo por el menor número de explotadores, a las ruinas bancarias y comerciales sucedidas en varias crisis? La duración larguísima del conflicto agrario, la violencia de los conflictos urbanos subyacentes a las luchas de poder, todo ello, ¿no incita a conceder más atención a los fenómenos de fondo: demografía, crisis socioeconómicas recurrentes, lo

cual sugería situar el comienzo de la era de la decadencia a partir de los años 1333-1350, y asociar la decadencia política catalana, el papel marginal de Cataluña dentro de la España imperial, con unas usuras profundas del potencial humano más que con unas luchas de los estratos superiores?

¿Cabe decir que, metodológicamente, mantengo estas posiciones? Dejo tal preocupación a los especialistas, ya sea de profundizar en su aplicación, ya sea de justificar otros métodos de investigación. No tengo la impresión —pero estoy abierto a aceptar cualquier propuesta sólidamente fundamentada— de que los trabajos de Claude Carrère y Carme Batlle obliguen a volver a lo «político en primer lugar». Solo el importante libro de Mario Del Treppo sobre *Los mercaderes catalanes y la expansión de la Corona catalano-aragonesa en el siglo XV* opta claramente por una problemática diferente: observación del gran comercio en lo alto, consideración de la gran política mediterránea del Magnánimo, con el cual se alcanzaría el cénit de la expansión catalano-aragonesa, hundimiento de las relaciones con Oriente en 1462, con el inicio de la guerra civil propiamente dicha.

Pero ¿se puede confundir la economía social de un país con las fluctuaciones en la cúspide de su comercio a gran escala? ¿Subrayar que el derrumbe de este comercio —el envío hacia Oriente de siete u ocho barcos cada año— coincide con el estallido de una guerra civil latente desde hacía decenios no es simplemente constatar una evidencia? Una comparación: en 1936, muchas curvas parecen hundirse de repente. Pero 1936 no es más que el resultado de largas contradicciones internas. Seguro que la síntesis de Carme Batlle nos permitirá ver con más claridad en este gran tema de meditación: «esplendor y decadencia del imperio catalán medieval», no menos complejo de entender que un tema tratado más a menudo: «esplendor y decadencia del imperio español moderno».

CAPÍTULO 6

Nacimiento de Cataluña y proceso de feudalización (siglos III-XII)

Resulta entretenido escribir estas páginas retrocediendo en la presentación de las épocas históricas. Lo considero justificado cuando observo que el volumen VII de esta colección, que concierne a Cataluña desde 1939, abarca cuarenta y siete años de historia, el volumen precedente, setenta y uno, y el anterior a este, ochenta y uno. En el centro del informe de conjunto, la curva armónica de la Baja Edad Media y la curva agitada de la Edad Moderna ocupan cada una un volumen que abarca tres siglos. Y así llegamos al volumen II, que comprende nueve centurias él solo. ¡No quiero ni pensar cómo sobrevolará los milenios el primer volumen!

¿Debe verse en ello un símbolo de la desigual densidad de nuestros conocimientos? ¿O del papel que atribuimos, en nuestras tomas de conciencia históricas, a las épocas próximas y a las más lejanas? Me parece que la justificación más clara de estas desproporciones es que al acercarnos al tiempo vivido sabemos mejor de qué hablamos cuando nos referimos al objeto de nuestra observación histórica.

Josep Maria Salrach aporta en su volumen precisiones muy importantes sobre los matices cronológicos que deben tenerse en cuenta en la historia de la vieja Tarraconense entre los grandes momentos del Imperio y el instante en que se detiene la

invasión musulmana. Ya se había sugerido, pero ahora parece lo bastante confirmado, que la crisis más grave en la relativa decadencia de las posesiones romanas del noreste ibérico se sitúa a mediados del siglo III, con la anarquía militar y la presión fiscal soportadas entonces, incluso si los disturbios sociales propiamente dichos (el movimiento de las bagaudas) aparecen mucho más tarde en la documentación. Se sabe que las murallas de Gerona y Barcelona —si es que se las puede considerar murallas romanas— se construyeron en este período de disturbios y amenazas, no en la etapa brillante de la era colonial.

Y entonces también empezó el proceso de ruralización, que lleva a los *potentiores*, elementos dirigentes de la sociedad romanizada, a replegarse en sus dominios agrícolas, con los cambios sociales que ello comporta (o como mínimo que ello anuncia).

¿En qué medida hay que detectar en esta crisis inicial, y en el proceso ulterior, el esbozo de una transición de la esclavitud al feudalismo, cosa que se ha sugerido, pero sobre todo para el caso de otras regiones de Hispania? Creo que carezco de la competencia para emitir una opinión personal sobre ello. Pero el desencadenamiento de una feudalización se describe de una forma tan clara en los años que rodean al 1000, que las premisas tempranas, caso de ser ciertas, solo presentarían un interés parcial. Salrach expone los elementos del problema en su complejidad. Lo que parece mejor establecido, tras las observaciones de Pierre Bonnassie a partir de algunas sugerencias de Marc Bloch, es una persistencia de la esclavitud más vigorosa y más larga de lo que se antes se creía.

Hablar hoy de Cataluña, incluso si no todo el mundo está de acuerdo en el contenido de la palabra, forma parte del lenguaje familiar. Escribir sobre ella a propósito de los siglos IX o X, cuando la palabra no aparece en ningún texto antes del siglo XII, implica un evidente riesgo de anacronismo. Ramon d'Abadal quiso evitarlo y prefirió, en algunas de sus obras, uti-

lizar el término de Pre-Cataluña (¡ojalá que los que trataron de Francia hubiesen sido igual de prudentes!). Pese a todo, observo que Bonnassie no dudó en titular su gran libro *Cataluña mil años atrás*, y lo explica, quizá con excesiva brevedad, admitiendo que se trata de un nombre regional familiar, sin mayores implicaciones históricas que los de Normandía o Flandes. Pero aquí radica sin duda el problema: la Cataluña contemporánea quiere ser más que región. Y tiene el derecho a preguntarse qué escondía su nombre en sus orígenes. En una nota a uno de los primeros capítulos de su obra, Bonnassie recuerda un episodio historiográfico que también me sorprendió a mí: entre los historiadores franceses de la primera mitad del siglo xx, el que se asociaba más habitualmente a la historia catalana se llamaba Josep Calmette. Yo había leído dos artículos suyos; uno de ellos databa «el acta de nacimiento de Cataluña» en el año de 865, fecha del documento de adjudicación por Carlos el Calvo de varios condados a un tal Bernardus de la Gothia. Otro artículo de Calmette trataba del «sentimiento nacional en la Marca Hispánica», siempre en una Edad Media muy lejana. Por poco que supiera sobre la cuestión, reaccioné inmediatamente en contra de estas dos terminologías: una nación no nace por una disposición real, como tampoco se acaba por decreto regio; y el sentimiento nacional recuerda un fenómeno moderno que resulta anacrónico si se lo busca (o al menos si se lo menciona en esos términos) en épocas históricas demasiado alejadas. Mi consuelo, mi alegría como historiador, fue grande cuando descubrí, de la pluma del gran especialista en la Alta Edad Media Ramon d'Abadal, la refutación de los artículos de Calmette, tanto a propósito de los argumentos generales que acabo de sugerir como acerca de consideraciones más eruditas. ¡Incluso nos dimos cuenta, finalmente, de que la Marca Hispánica nunca había existido!

Me interesa hablar aquí, por otra parte, del deslumbramiento que experimenté ante la obra de conjunto de Abadal

sobre estos siglos, que uno se siente tentado de calificar de oscuros, y sobre los cuales se pueden saber tantas cosas, ya sea del poblamiento de los otros valles pirenaicos (de una densidad «desconcertante», dice Abadal) o del modo en que nace y crece un monasterio como el de Eixalada-Cuixà.

Y confieso mi sorpresa, hará unos diez años, al constatar cómo Pierre Bonnassie, después de Abadal y de Santiago Sobrequés, había podido levantar una reconstrucción tan rica, tan nueva, de los siglos X y XI entre las altas zonas pirenaicas y las riberas barcelonesas o ampurdanesas, cuando yo pensaba que quedaba bien poco que decir. Él mismo lo explicaba a menudo: pocas historias regionales han dado lugar a un esfuerzo de publicación de fuentes comparable al de los Montsalvatge, los Balari, los Carreras Candi, y ninguna región de Europa tiene una documentación primaria tan rica en datos privados como tiene Cataluña.

Con todo, y sin menospreciar en lo más mínimo los problemas de dinastías condales y reconquistas territoriales, o de la aparición final de ambiciones feudales orientadas hacia Occitania, lo que me parece más sorprendente, en los progresos de la historiografía sobre esta primera Edad Media, es su capacidad de reconstruir los movimientos de población, los tipos de ocupación del suelo, las modalidades de apropiación y explotación de las tierras, los intercambios internos y externos, y todos los mecanismos de instalación de un nuevo modo de producción en sus aspectos señoriales y sus aspectos feudales: Cataluña se ha convertido en uno de los ámbitos privilegiados de observación histórica en este terreno (así nos lo mostró un día Pierre Bonnassie ante la modesta Sociedad de Estudios del Feudalismo que la Universidad de París I acogió durante un tiempo).

Me parece que la aparición de la palabra *Cataluña* (o más exactamente de la palabra *catalanes*, y sería deseable que esta aparición se esclareciera mejor) subraya la instalación definitiva de un sistema original entre los Pirineos y el mar. Puesto que

el encuentro entre el hecho pirenaico —refugio y luego avance del poblamiento hacia los valles y las llanuras— y el hecho marítimo, con todos los recuerdos y todas las exhortaciones mediterráneas, caracteriza suficientemente bien a esa comunidad en gestación. Es el encuentro entre el «pastor» y la «sirena» en la imaginación poética de Maragall. Para los pisanos, el conde de Barcelona era *comes Pyrenaeus*; para la gente del norte, los francos, los nombres de Ampurias y Barcelona simbolizan la llamada del mar.

En efecto, los altos valles pirenaicos (o las depresiones en el corazón de la cordillera, como la Cerdaña) constituyeron la cuna de una comunidad naciente, ya que fueron el refugio durante las invasiones. Y se trata sobre todo, por supuesto, de la invasión islámica. El hecho islámico se instaló durante mucho tiempo al oeste y al sur de la actual Cataluña (Lérida, Tortosa), que fueron reconquistados muy tarde. Su presencia es más fugaz en la Cataluña de transición de las depresiones litoral y sublitoral, pero pese a todo se mantiene, bajo la forma de amenazas de razia. Ahí hay menos reconquista armada que reocupación progresiva, asegurada prudentemente por líneas de castillos fortificados. Pero hay una epopeya más pacífica, y no menos obstinada: la historia de las rupturas (artigas), de las aprisiones (ocupaciones de terrenos sin amo), a veces de repoblaciones más sistemáticas organizadas por los condes en torno a los *castra*. Modestas iniciativas de familias campesinas o grandes empresas monásticas se combinan durante mucho tiempo siguiendo (y a veces precediendo) a la reconquista por las armas.

Por consiguiente, la sociedad catalana es una sociedad campesina, e incluso montañesa en sus orígenes. Y es incluso (siempre si nos situamos antes del siglo XI) una sociedad de propietarios libres y sin obligaciones (alodios), muy solidarios en sus organizaciones de poblamiento, lo cual no significa que haya desaparecido todo elemento de las sociedades anteriores (esclavitud o gran propiedad).

Pero se observa también, como herencia de estas sociedades, un respeto espontáneo a las reglas del derecho, un funcionamiento de la justicia. Y ello dura mientras la coyuntura de desarrollo se mantiene, mientras el espacio productivo todavía no está muy ocupado y mientras las iniciativas guerreras o pacíficas en dirección al Islam tienen un balance positivo, en forma de flujo de oro (en moneda o no) que no deja de resultar sorprendente; es decir, hasta 1020-1025.

Más todavía: ante los recursos limitados, el poblamiento creciente y cierto estancamiento de la Reconquista, estallan los conflictos. La violencia entra en la vida cotidiana imponiendo nuevas relaciones de sociedad. La aceptación forzada de los «vínculos de hombre a hombre» (en el mejor de los casos, del hombre para con instituciones eclesiásticas) pone fin a la libertad generalizada de los campesinos. Supone la instalación, nada pacífica, de la sociedad señorial en las relaciones materiales y de la feudal en las relaciones de poder. Las descripciones que nos han llegado, de mediados del siglo XI, parecen anticipar tiempos turbulentos del siglo XVIII de los cuales ya hemos hablado, y que por otra parte son su herencia. La imagen del catalán arisco y la leyenda del noble aventurero desenfrenado serán temas sostenidos en los imaginarios populares y cultos. Victor Hugo, en «Masferrer» («ciclo pirenaico» de *La légende des siècles*), escribe:

> D'horribles rois sont là, la montaigne en est noire...
> Ceux-ci basques, ceux-là catalans, méchants tous...[2]

Me apresuro a recordar (para que nadie saque de ello argumento alguno; nunca se sabe) que Hugo decía lo que fuese siempre y cuando sonara bien. Pero también tenía el genio de captar el eco de los siglos.

2. «Hay reyes horribles, allí, la montaña está embriagada... / Éstos vascos, aquéllos catalanes, todos malos...».

He escrito estas páginas como un juego. Pero quizá también para introducir algo de prudencia, un poco de ironía, en lo que me siento tentado de confesar: mi predilección, mi ternura, por la Cataluña románica, que creo compartir con todo catalán culto, o simplemente que ama a su país. Nunca me siento más cercano a la *Renaixença* romántica que cuando estoy en Ripoll, o en Cuixà, en Sant Martí del Canigó o en Sant Pere de Rodes. Unos hombres que pese a todo aún no se llamaban catalanes elaboraron al pie de estos muros una lengua que, para llegar a ser nacional, tuvo que ser la obra del gran número y de la larga duración. Pero tenemos pocos testimonios de aquella lengua. Los sabios de la época usaban el latín. De los otros tenemos el testimonio de la piedra. Ya que, si bien no pensaron aquellos monumentos, los construyeron.

No lamento haberles rendido homenaje a menudo. Pero quizá he llegado a mostrar un excesivo optimismo sobre la sociedad que los rodeaba. Quizá porque uno teme darse cuenta de que los grandes momentos del arte románico no se corresponden necesariamente con coyunturas felices. Y ante esos castillos, esas torres de guardia, esos monasterios, sería vergonzoso olvidar que a sus muros los pobres pasaban hambre, corrían peligro ante la peste y soportaban la guerra. Poco a poco, los vínculos sociales se volvían más estrictos, los «malos usos» y la «remensa» atrapaban cada vez más al trabajador en la red del vasallaje. La sociedad tripartita —campesinos, sacerdotes y señores— mostraba que los primeros no veían nunca «el fin de sus lloros y de sus suspiros», como decía el arzobispo Adalberón precisamente en 1020, cuando en Cataluña se desencadenaba la época de las crisis. Atemperemos, por lo tanto, nuestra admiración, si es que llegamos a sentirla, por el futuro que parecían representar, en la cúspide de esta sociedad, las alianzas familiares entre el poder y el saber.

Pensemos, no obstante, que Miró Bonfill era a la vez conde de Besalú y obispo de Gerona, y estaba muy ligado a los

príncipes musulmanes de Córdoba (lo cual no deja de ser destacable); que su hermano Oliba Cabreta, conde de la Cerdaña, acabó su vida en Montecassino, mientras que el *dux* Orseolo se retiraba a Cuixà y el futuro papa Gerberto (Silvestre II) se iniciaba en las matemáticas en Ripoll. Y un hijo de Oliba Cabreta, Oliba, abad de Ripoll y obispo de Vic, fue el símbolo del apogeo intelectual de su época. De esta forma, el «refugio» de los Pirineos pudo convertirse en un centro de atracción para los arquitectos lombardos, para los fresquistas italianos educados en Rávena. Tras haberse replegado en las montañas ante el acontecimiento —la invasión islámica—, el espíritu catalán de los tiempos antiguos y góticos volvió a encontrar rápidamente el camino de los intercambios internacionales.

CAPÍTULO 7

Prehistoria, antigüedad, época de las invasiones

Si resulta más conveniente, como ya hemos dicho, hablar de Pre-Cataluña más que de Cataluña antes del 1100, incluso para los siglos convencionalmente situados por los historiadores dentro de la Edad Media, ¿qué voy a deciros de los tiempos bárbaros, de los tiempos antiguos, y de todas las eras protohistóricas y prehistóricas, cuando hay que buscar al hombre en las huellas de su hábitat y en lo que queda de su esqueleto? Tengo enfrente el manuscrito que Joan Maluquer de Motes y Anna M. Rauret han dedicado a esta parte del pasado, la más larga con diferencia, pero sobre la que conviene preguntarse en qué medida el presente lleva todavía su marca.

Pienso, por supuesto, en la lengua, en la toponimia, en algunos grandes recuerdos urbanos, Ampurias, Tarragona, Barcelona o, más hacia el interior, en etapas como Guissona, Isona o Llívia, que Caresmar, en el siglo XVIII, en su *Consistencia antigua y moderna de Cataluña*, destacaba por su probable importancia antes de su oscurecimiento medieval.

Los recuerdos de las grandes vías de paso, poderosos vestigios monumentales, la marca arquitectónica romana en la masía catalana y lo que las excavaciones han revelado de algunas bellas *villae* como dominios de explotación agrícola pueden incluir a Cataluña entre las regiones más romanizadas de Europa.

Sobre este punto, se me ha ocurrido hacer una observación comparativa a la que no concedo valor científico pero que me gustaría ver mejor estudiada: en mi Occitania nativa, la antigua Septimania, la profundidad de la romanización me parece más sentida, en la mentalidad popular, que en Cataluña. La aprecio (no me atrevo a decir la mido) por la abundancia de nombres tomados de la antigüedad romana. En mi propia familia hallo Adrianos, Antoninos, Marios e incluso Escipiones. En Cataluña, los nombres populares son medievales. Esto debe vincularse a una consciencia más o menos profunda de la originalidad catalana surgida de la Edad Media cristiana, mientras que la Provenza y el Languedoc, además de por cierta laicización de la vida cotidiana, quieren diferenciarse del centro histórico francés por una latinidad más marcada. Sería interesante profundizar en este contraste.

Lo que todavía es más problemático —y que quizá nunca se esclarecerá por completo— es la complejidad de este mundo iberorromano que, como el mundo galorromano o las zonas romanizadas del Magreb, es un mundo colonial, y por lo tanto un mundo doble: por una parte, una sociedad indígena, que sin duda conservó fuerza y originalidades; por otro lado, una superestructura colonial, que conocemos mejor gracias a los testimonios escritos y documentales que ha dejado, pero que por eso mismo puede presentar una imagen falsa. Basta con mirar algo de cerca el mundo colonial español de las dos Américas para percatarse de qué forma el indigenismo continúa siendo un problema de plena actualidad, o con haber reflexionado sobre las descolonizaciones del siglo XX; no es necesario subestimar en conjunto la obra de Francia en Argelia para ser capaz de afirmar que nunca hubo una Argelia francesa. Entonces, ¿se puede hablar de Iberia romana, de Galia romana? Uno querría preguntarle a Astérix, que, contrariamente a la creencia general, no es tanto una exaltación de «nos ancêtres les gaulois» como una historia de

resistencia a la colonización. ¡Por lo menos a mí me gusta entenderlo así!

Y este «nuestros antepasados los galos», fórmula escolar francesa justamente ridiculizada cuando se enseñaba a los «negritos» del Níger, ¿es una absurdidad o plantea un verdadero problema de historia? Me lo he preguntado, como suele suceder, en aquellas ocasiones en que la historia comparada sugiere un examen paralelo. A decir verdad, no he encontrado en este primer volumen de una *Historia de Cataluña* ninguna fórmula del tipo «nuestros antepasados los íberos» o «nuestros antepasados los layetanos». Pero ¿cómo pasar de largo ante la complejidad, los matices, la preocupación por hablar con precisión, y pese a todo no defraudar el espíritu del lector, con que Joan Maluquer de Motes ha elegido la primera frase de esta *Historia*? «Cualquier intento por conocer la evolución sucesiva de las comunidades prehistóricas catalanas exige, de entrada, el planteamiento de cuál fue en realidad el primer poblamiento de nuestras tierras. Querríamos saber quiénes fueron los primeros hombres, de dónde venían, y cuándo encontramos en nuestro terruño a una gente que, tras una permanencia suficientemente duradera, se sienta vinculada para considerarla tierra propia, para poder sentirse los primeros catalanes.»

El problema está planteado de forma correcta: en una tierra conocida a la que la historia ha dado un nombre, un nombre que consideramos nuestro, han residido unos hombres durante miles y miles de años antes de que ese mismo nombre existiera. No podemos desinteresarnos de su realidad, de su paso o de su permanencia, ni de su procedencia si se establece que venían de fuera. Y si algunos pasaron rápidamente, dejando únicamente ruinas, hubo otros que se instalaron y debieron de encontrar la tierra de su agrado. Y como es cierto que en más de una ocasión tuvieron que defenderla, es decir, que defenderse, estos hombres forman parte de nuestra historia en la misma medida que sus sucesores, de los que tenemos testimonios escritos.

El problema de lo escrito para distinguir lo que es historia de lo que es prehistoria estuvo bien planteado, y mal resuelto, por Américo Castro. Solo me interesa —dijo un día— el pensamiento de los hombres. Por consiguiente, antes de la escritura, los hombres no me interesan. Leyendo una afirmación como esta, como no soy muy optimista en cuanto a la naturaleza humana, en seguida tuve ganas de responder con la siguiente fórmula: «El habla se ha dado al hombre para disimular su pensamiento». Sabemos que, en cuanto la escritura acabó de inventarse, el orgullo de los poderosos la utilizó para verter a la posteridad crónicas, listas de dinastías, relatos de batallas; y durante mucho tiempo, la historia fue eso. Afortunadamente también hubo poetas. Pero tengo la debilidad de encontrar más verídicas que la poesía, y más conmovedoras que las crónicas, las ruinas de pueblos, planos de casas, pinturas sobre roca, vajilla en la que han comido hombres, joyas que adornaban a las mujeres, instrumentos creados por el hombre (el *homo faber* es el primer paso fuera de la animalidad), y también, desgraciadamente, ¡armas!

Que sintamos el deseo de remontar el tiempo así, en una tierra que amamos, buscando a hombres que la escogieron, que la cultivaron, es el paso más legítimo que podemos dar.

En cambio, la prehistoria en territorio catalán, tal como será presentada aquí, tiene el gran mérito de evitar la palabra antepasado. En pedagogía histórica, la palabra es peligrosa (conocí a un chaval que, al salir de una clase de prehistoria, creía que su bisabuela vivía en una caverna). De hecho, la prehistoria catalana es la mejor ilustración de un poblamiento que se constituye por mestizaje. Claudio Sánchez Albornoz extraía de ello argumentos para combatir la idea de que en Cataluña existiese un hecho diferencial; en cambio, Jaume Vicens quería ver en el mestizaje un aspecto fundamental del ser catalán. Añado a ello (aunque ya lo dije) que la capacidad de asimilación de los inmigrantes por parte de la tierra

catalana es a la vez constatación de la historia y reto para el futuro.

Otra precaución: ante una historia multimilenaria, no debe pronunciarse (o escribirse) con demasiada alegría la palabra *nación*, ni siquiera la palabra *cultura*. Creo que Camille Jullian cometió una enorme imprudencia, muy típica de su época, cuando escribió, a propósito de la Galia romana: «No dudo en utilizar el término *nación*», y Ramón Menéndez Pidal también armó un buen lío cuando identificó la «carta cultural» de la Hispania romana con la «carta cultural» del Siglo de Oro.

No puedo dejar de evocar aquí —y da igual si esta «Introducción» me inspira demasiados retornos a mi pasado personal— a dos de los hombres que más se apasionaron (lo cual no es contradictorio con el oficio de historiador) por el pasado muy lejano de Cataluña: Pere Bosch i Gimpera y Agustí Duran i Sanpere.

Bosch i Gimpera sostuvo contra Menéndez Pidal, como es sabido, que el sustrato indígena en Cataluña, en la época de Roma, había conservado todo su vigor, y que se lo volvía a encontrar en las estructuras medievales e incluso en los cimientos de la personalidad de las comarcas catalanas, tan sentidas popularmente.

Duran, mientras descubría, fechaba, preservaba en el subsuelo barcelonés tantas capas superpuestas de una civilización urbana, se guardaba mucho de llamar cultura catalana a los testimonios anteriores a la progresiva constitución del hecho catalán. Pero cuando lo veía vivir sobre tantos testimonios de las civilizaciones sucesivas que parecía resumir la palabra *Barcelona*, con plena consciencia del sentido y de la aportación de todos ellos, él mismo me parecía una encarnación del hecho catalán.

Que se me permita, al final de esta «Introducción», dedicarla a la memoria de esos dos hombres.

Septiembre de 1986

SEGUNDA PARTE

Al concluir una historia de Cataluña

Siempre se nos castiga por donde hemos pecado. Cuando quedó ultimado el volumen VIIde esta *Historia de Cataluña*, y a la vez que celebraba su riqueza de contenido y la solidez de sus análisis, formulé una queja. Me parecía que habíamos prometido al lector, en el punto de llegada de esta *Historia* que se remontaba al Paleolítico, una presentación de las características esenciales de la Cataluña de hoy; cuantitativas, cualitativas, problemáticas en el seno de una Europa en formación, de un mundo en transformación. Pedí que una síntesis de este tipo —tanto si aceptábamos simplificarla como si queríamos que fuera ambiciosa— figurase en el presente volumen VIII.

Todos los colaboradores de la obra estuvieron de acuerdo. Incluso me dieron esperanzas de que una gran reunión de historiadores, prevista para el mes de octubre de 1989, pudiera inspirar la conclusión. Pronto vimos que tales pretensiones podían retrasar la aparición del volumen VIIIbastante más allá de los límites razonables. Y pasó lo que tenía que pasar. El conjunto de colaboradores de *Historia de Cataluña* vino a decirme: «¿Dice que quiere una conclusión? Pues muy bien, escríbala» (y se sobreentendía: «¡Bien que escribió la introducción!»).

Y aquí estoy investido, una vez más, de esta inquietante responsabilidad: ¡hablar de Cataluña a los catalanes!

Lo haré en plena conciencia del dilema que ya planteaba en el umbral de esta obra, y que se agudiza aún más cuando se trata del presente: un observador, ¿tiene más posibilidades de describir mejor, de definir mejor, una comunidad desde el interior o desde el exterior? Hay buenos argumentos a favor de cada una de estas tesis. El hombre que pertenece a una comunidad la conoce mejor, sabe mejor lo que lo vincula a ella; pero se halla situado en ella de una manera determinada, que puede deformar la visión de conjunto en función de sus intereses (tanto en el sentido noble como en el sentido material de la palabra). Desde el exterior, el observador tiene más posibilidades de ser objetivo, por lo menos sobre ciertas perspectivas; pero ninguna información, por perfecta que sea, podrá sustituir la experiencia de la cotidianidad, la impregnación de las cosas vividas. Para intentar decir, en unas cuantas páginas, cómo percibo a Cataluña hoy, me falta esa impregnación. Me tranquiliza, en contrapartida, mi avanzada edad: el número de personas que pueden pensar en cómo pervive, en su recuerdo, la Cataluña de 1927, o la de 1936, es limitado a estas alturas, muy limitado. El hecho de formar parte de ellas no me autoriza a evocar recuerdos, pero me permite medir distancias. Los cambios son inmensos por sus dimensiones, las estabilidades son significativas por su naturaleza. En cuanto a los primeros recordaré que he sido geógrafo, cabe decir que con curiosidad por los espacios organizados, las realidades cartografiadas, las cifras traducidas en imágenes. Y en cuanto a las grandes estabilidades, las que no son cuantificables, me contentaré con un modesto «me parece que...». Dejo a cada lector la tarea de aplicarse a la crítica de mi testimonio.

Pero liberémonos en seguida de todo equívoco de vocabulario. Hay términos que querría evitar, o para los que quiero precisar el contenido que les atribuyo.

Para empezar, la palabra *conclusión*. Ya he dicho que pedí, y que luego me pidieron, que se redactara una conclusión a los

siete volúmenes de nuestra *Historia*. En realidad, rechazo esta palabra. Ni la historia de la humanidad ni la de ninguna comunidad admite una conclusión. La historia, por definición, es una corriente continua que nunca agota su curso.

Podríamos proponer la palabra *balance*. No me gusta. Para los hombres de la *Renaixença*, para Rovira i Virgili, para Ferran Soldevila, incluso para Jaume Vicens, Cataluña es una persona. No creo que podamos reducirla a una empresa, a pesar del prestigio que nuestro tiempo atribuye fácilmente a esta palabra.

Sería más tentador proponer un *cuadro*, un *retrato*. A veces, en las presentaciones que me he permitido esbozar para los distintos volúmenes de nuestra *Historia*, he felicitado a los autores por haber sabido ser impresionistas o barrocos. Pero, sin la menor pretensión de fingir falsa modestia, diré que no siento, ante la actualidad, vocación de pintor. Demasiados comentarios sobre el presente oscilan entre la filosofía y la literatura. Ahora bien, la realidad se expresa a menudo en cifras, y la cifra (salvo en el caso de la matemática pura) no es poesía. Sé que alguna vez he hablado, expresando el deseo de la combinación entre historia-relato e historia-cuadro, de los inconvenientes de la instantánea. Pero no es malo proponer, sobre el transcurso de la historia-película, la congelación de la imagen.

CAPÍTULO 1

El espacio catalán

La última *Histoire de France* en curso de publicación (Seuil, París, 1989) se abre con un grueso volumen titulado *L'espace français*. ¿Es necesario que diga que la disposición de los ríos y las montañas, los ejes de circulación, la complementariedad entre actividades humanas y recursos naturales parecen dar, en ese libro, una lógica a las sucesivas anexiones y a las asimilaciones por parte del Estado francés, en el transcurso de los siglos, de un vértigo de etnias en un armonioso hexágono? Pero si esta demostración resulta un punto demasiado justificadora, no deja de plantear problemas reales, porque toda construcción histórica depende mucho de las facilidades o de las dificultades «pro-puestas» por la naturaleza; se sitúa en un espacio. Conviene, por consiguiente, que nos preguntemos: ¿existe, en el suroeste de Europa, un espacio catalán? En el siglo XIII o en el XIV, el hecho habría parecido una evidencia: marineros que hablaban una misma lengua, procedentes de Barcelona o de Colliure, de Mallorca o de Valencia, representados por cónsules de su nación, frecuentaban todos los puertos del Mediterráneo, e importaba poco que dependieran, por su lugar de nacimiento, de este conde o de aquel rey. El espacio catalán, siempre y cuando no empleemos las palabras en una acepción demasiado moderna, constituía entonces una especie de na-

ción pluriestatal, del mismo modo que hoy hay estados plurinacionales. La evolución ulterior (retroceso del Mediterráneo, constitución del gran imperio español) determina una especie de modelo invertido del caso francés: una realidad etnolingüística persistente, resistente, que se fragmenta en un vértigo de supervivencias institucionales, prueba de originalidad, pero carentes de potencia. Es cierto que el Estado español tomó, a partir de Felipe V, al Estado francés como modelo. Pero la Península, ni siquiera cuando resistía contra Napoleón, llegó a hacer la Revolución que ha dado a la palabra nación el sentido de voluntad general. Y se vio confrontada con unos renacimientos nacionalitarios, igual que la Europa central y oriental, en el marco de un Occidente en el que triunfaba el modelo de estado-nación.

El resultado de ello, en el espacio catalán, son casos de evolución desigual. Las islas Baleares, sin renunciar a su lengua, a su cultura, corren el peligro de ahogarse bajo la ola del turismo internacional. Valencia y su país han conservado el rastro de las formas políticas del siglo XIX español y se inquietan por las dimensiones de la metrópolis barcelonesa. De ahí vienen sus vacilaciones, sus divisiones. Pero cuando vemos que allí se publican, en el corto lapso de pocos meses, libros que se titulan *Crítica de la nación pura*, *De impura natione* y *Diguem-li Catalunya*, se advierte que, a pesar de la diversidad de contenidos y estilos, la cuestión de la identidad, del pertenecer a, se plantea por todo el espacio catalán.

Entiéndase: la Cataluña monda y lironda, la Cataluña *stricto sensu*, es el antiguo Principado, las cuatro provincias de 1833, el territorio de la Generalitat reconocida en 1932 y en 1979. De ella, en su historia, han tratado nuestros siete volúmenes. Sin poder desvincularla, durante la Edad Media, de la de los otros reinos, ni distinguirla, hasta 1659, de la imagen que aún tenía de ella, en el año 1683, Feliu de la Penya:

> El principat de Catalunya, que, unit als comtats de la Cerdanya i el Rosselló en una sola província, compon un bonic mapa, món petit i admiració del món.[3]

Resulta por consiguiente más legítimo llamar Cataluña Norte a las tierras anexionadas a Francia por Luis XIV que llamar Cataluña Sur al País Valenciano. Y, no obstante, lingüísticamente no hay duda de que el Rosellón está más descatalanizado que Valencia. Y eso plantea el problema del papel que pueden desempeñar, en un espacio etnolingüístico, unas fronteras de tipos distintos. En torno al hecho catalán no distinguimos líneas sino zonas de despoblamiento multiseculares: al norte está la línea Corberes-Salses-Leucata: asperezas y lagos. Pero la frontera lingüística entre el catalán y el occitano seguramente se consolidó, se precisó, por cuatro siglos de frontera entre soberanías de ascendencia feudal (1258-1659). En esta última fecha, la idea, nacida de la cultura clásica, de una separación natural entre «las Galias» y «las Españas» crea muchos quebraderos de cabeza a los responsables del Tratado de los Pirineos. ¡El valle de Arán no está en el lado apropiado! Andorra no reniega de sus soberanos, pero se aferra al viejo estatuto de república montañesa. La Cerdaña sobre todo, llanura en el corazón de las montañas, desmiente el concepto de frontera natural, idea que propiciaría, en el siglo XVII, la de estado. El filósofo ironizó: «Verdad de esta parte de los Pirineos, error de la otra». Un buen día, el soberano decidió: «Ya no hay Pirineos». De hecho, hay Pirineos, cuna y refugio de las viejas etnias catalana y vasca. Nunca los hubo como frontera entre las comunidades de los valles. Y sin embargo, el Tratado de los Pirineos dice a determinados pueblos de la

3. «El principado de Cataluña, que, unido a los condados de la Cerdaña y el Rosellón en una sola provincia, compone un bonito mapa, mundo pequeño y admiración del mundo.»

Cerdaña: vosotros seréis franceses, y a otros: vosotros seréis españoles.

Todo esto es viejo y sabido. También olvidado a menudo. Si vuelvo a hablar de ello es porque, de un tiempo a esta parte, el hecho-frontera suscita la reflexión sociológica. Un joven etnólogo americano, Peter Sahlins, acaba de consagrar una gran tesis a los efectos psicosociales de la división franco-española (en el caso de la Cerdaña en particular). En Perpiñán, la universidad ha fundado un grupo de estudios del hecho-frontera. Y un coloquio reciente ha tenido por tema la retirada republicana de 1939, singular y trágico punto de confluencia de pertenencias étnicas, lingüísticas, jurídicas, militares (tropas coloniales incluidas) y, huelga decirlo, ideológicas y sociales.

Francia y España, en la «frontera de los Pirineos», se han deparado mutuamente, en los últimos doscientos años, extraños espectáculos: 1789, 1914, 1939-1945, en un sentido; en el otro, la disidencia apostólica de los años veinte del siglo XIX, o la anarquista de 1936. José Antonio Maravall propuso un día definir la nación del siguiente modo: un grupo de hombres a quienes suceden las mismas cosas. Pero estas cosas, a menudo, las deciden los sistemas de Estado. En una ocasión, Núria Sales me reprochó (amablemente) haber escrito en alguna parte: «Francesc Macià proyectó invadir Cataluña desde Prats de Molló». Tenía razón: nadie puede invadir su propio país desde un lugar cuyo nombre lo dice todo sobre su pertenencia. De todas formas, ¡Macià fue juzgado por un tribunal francés! Cataluña es decididamente un laboratorio privilegiado para poner a prueba los términos de *patria*, *nación*, *estado*... No son conceptos. Son realidades históricamente constituidas. Y por consiguiente cambian de manera constante.

Un hecho me había llamado poderosamente la atención, en torno a 1930, en mis primeras experiencias catalanas. Era, en geografía humana, la pareja Portbou-Cerbère, poblaciones pequeñas y grandes estaciones. Fundadas sobre dos rasgos muy

característicos del siglo pasado: el hecho ferroviario y el hecho aduanero. Hoy el Talgo se ríe de la diferencia de anchura entre la vía francesa y la vía española; el tráfico pesado se va por la autopista en autocares y camiones; los aviones lo sobrevuelan todo; el día de mañana, si las aduanas desaparecen, la pareja simbólica Portbou-Cerbère habrá pasado a la posteridad.

Si dirijo la mirada a las relaciones entre espacio catalán y centro peninsular, entre Barcelona y Madrid, ya no podré evocar, como antes, el interminable viaje en unos vagones tan incómodos como lujosos, coloreado por inagotables consideraciones sobre los méritos comparados de ambas capitales. Hoy la gente coge el puente aéreo como antes cogía el autobús. Solo perdemos tiempo en los suburbios. Es cierto que, entre Cataluña y Castilla, todavía podemos encontrar lentos camiones por carreteras polvorientas. Pero, una comida de negocios, entre dos aviones, tiene más peso hoy en día que la madera y el cemento.

Así pues, el mundo ha cambiado, y el espacio catalán no ha perdido el contacto. Nos queda preguntarnos si el triángulo del Principado, de la Generalitat, el «mundo pequeño» que definía Feliu de la Penya, ha conservado la sólida estructura interna, la complementariedad entre actividades, el contacto entre comarcas, la capacidad de mediación —en los poderes regionales— entre clases dirigentes y clases medias y populares, aquel complejo que llegó a cristalizar, entre 1880 y 1930, en una conciencia colectiva. Me da la impresión (ya he dicho que iba a ser prudente) de que los rasgos esenciales en geografía de las estructuras se han mantenido, a pesar de las nuevas dimensiones.

Barcelona, en su anfiteatro de colinas, entre los dos ríos, se ha convertido, es cierto, en lugar de residencia y centro de dirección; ha culminado su crecimiento interno. Pero, así como alguien dijo, en torno a 1620, que Cataluña se había convertido en «un pueblo continuo», hoy podríamos decir

que se ha convertido en «una ciudad continua». Sobre ciertos itinerarios, por supuesto. Para empezar, el litoral, rosario de puertecitos y playas. Pero también, desde Tarragona y Reus hasta el Pertús, el corredor prelitoral, detrás de las pequeñas sierras costeras, espacio clásico de las migraciones e invasiones que se iban alternando, convertido en un eje importante de circulación europea. Sobre este eje, cerca de Barcelona, en el Vallès, los pueblos se han convertido en ciudades, las ciudades pequeñas han crecido sin perder necesariamente su personalidad. Y el abanico de valles que convergen en las hondonadas barcelonesas, espacios de las industrializaciones del siglo XIX, no permanece inactivo, ni mucho menos.

Pero ¿qué ha sido, más lejos, hacia el norte, de la Cataluña pirenaica, la Cataluña-refugio de los tiempos revueltos? Lo cierto es que, censo tras censo, los altos valles, en el conjunto catalán, pierden peso en hombres y en productos. Pero el mundo actual no se limita a vender minerales y ovejas. También vende aire, nieve. Y hay repoblaciones estacionales. Sentimos la tentación de decir que el idilio de Maragall entre el pastor y la sirena ha cedido su lugar al intercambio entre el esquiador y la bañista. Es menos poético. Y no está exento de peligros. Los umbrales, no obstante, no son solamente cuantitativos. También se ven en la calidad de las cosas.

Es cierto que los hombres de mi edad podemos sentir cierta nostalgia de aquellos tiempos en que nos bañábamos en solitario a los pies de las rocas de Santa Cristina, de cuando visitar Taüll y Boí exigía, si no proezas, por lo menos esfuerzos; y que puede decepcionarnos oír, en Sant Pere de Rodes o en Cardona, que nos cantan los méritos del bar-restaurante en lugar de los de claustros y criptas. Pero no tenemos que ser demasiado severos con nuestro tiempo.

Las curiosidades han cambiado de estilo. A menudo había constatado, hará unos sesenta años, que la palabra Cataluña despertaba muy pocas imágenes en el francés medio. De he-

cho, solo la *Côte Vermeille* y el Canigó. Y ya está. Casals era un músico español. A un amigo de Figueras le gustaba contarme entonces que recorrían su ciudad familias modestas venidas, como mucho, de Ceret o de Perpiñán; los niños, como habían cruzado una frontera, querían ver cosas nuevas (si no, ¿de qué les servía aquello?), de forma que tiraban de las faldas de sus madres para llamar la atención sobre lo que consideraban extraño: los bautizaron *espía-mamá* (lo cual demuestra que no habían perdido por completo el catalán). Hoy, en Figueras, americanos y japoneses buscan la sombra de Dalí. Quizá de forma igualmente pueril. Pero ya no hay nadie en el mundo que ignore los nombres de Gaudí o Miró. Y la gente los sitúa. Tanto como en el tiempo de Narcís Feliu, y es probable que más, Cataluña, «mundo pequeño», es «admiración del mundo».

CAPÍTULO 2

El número de los hombres

Desde 1988 los medios de comunicación catalanes difunden un eslogan oficial, de grafismo en verdad elegante, que proclama: «Som sis milions» (Somos seis millones). Esa cifra, que se rozaba en 1981 (5.956.414), se superó en 1987 (6.003.000). El prestigio del límite rebasado, de la cifra redonda alcanzada, primero me hizo sonreír, incluso con cierta irritación. Luego me he preguntado por qué convenía incluirla en lo que no he querido llamar *balance* ni *conclusión*, sino simple *imagen congelada*.

Si primero sonreí ante el eslogan fue porque el orgullo del número, en un juicio hipotético sobre un grupo de hombres, tiene un punto de pueril; cuando tenía siete u ocho años me preocupaba mucho el constatar en un diccionario que mi ciudad, Montpelier, tenía diez mil habitantes menos que la vecina Nîmes. Es una forma muy primitiva de llamada a la estimación del «nosotros».

En sí misma, esa llamada al orgullo del número también puede parecer irritante. Imaginemos que los chinos, desde su «techo del mundo», proclamaran levantando la voz algo más de lo necesario: «Somos 1.200 millones»; no nos gustaría. Y si los habitantes de Bangladesh gritaran demasiado fuerte: «Somos 115 millones», sabemos que tendrían que añadir: «¡Pobres de nosotros!»

Dicho lo cual, que los catalanes puedan decir hoy «somos seis millones» tiene, al fin y al cabo, un sentido en el punto de su larga historia en el que se hallan. Este sentido puede y debe precisarse.

1. Está el *somos*, que implica la existencia de un *nosotros* y que pretende movilizarlo. Una cifra mide el conjunto de personas (de cualquier sexo, edad y origen) que residen legalmente en el territorio de la Generalitat. Ello define a la comunidad como un hecho jurídico-político, de acuerdo con una Constitución estatal y un Estatuto de Autonomía. Este Estatuto ha sido deseado con demasiada pasión por varias generaciones de catalanes y les ha costado demasiado caro para que subestimemos su sentido y su peso. El «seis millones» indica su dimensión.

La situación puede dejar a más de un alma catalana insatisfecha o inquieta. Autonomía no es soberanía, y aparecen nostalgias recurrentes de autodeterminación. Algunos temen confusamente que la proporción de inmigrantes en los «seis millones» altere la identidad catalana. Otros (o los mismos) preferirían decir «somos once millones», refiriéndose al hecho catalán etnolingüístico, largamente inscrito en la historia. Pero sabemos que entre estos «once millones» la toma de conciencia de originalidad es muy desigual, y aún lo es más su traducción política. Nada es imposible en historia; hace cien años, la exigencia catalanista, allí donde luego ha triunfado, todavía era balbuciente. Pero a las puertas del último decenio del siglo XX, el problema que se plantea inmediatamente es más bien: entre la conciencia de nación afirmada en el curso de los años treinta, y el estado imperfecto instalado a finales de los años setenta, ¿cómo funcionará, entre estado y nación, la clásica dialéctica de creación recíproca? El «somos seis millones» es una elección. Tiene el mérito de ser clara.

2. Ya he dicho que desde la infancia existe la preocupación del individuo por el lugar que ocupa en el mundo el grupo al que se siente vinculado. Por ello a veces me ha parecido pueril, en amigos catalanes, el deseo de situar a Cataluña en una buena posición del *ranking* de entidades reconocidas. A menudo me ponderan que, en superficie, es igual que Bélgica (31.895 frente a 30.511 km^2).

Esta comparación, sin gran interés en sí misma, lo cobra ante una expresión que se oye a menudo (doy fe de ello en el caso de Francia): ¿por qué debemos dividir el mundo en pequeñas unidades? ¡Es tribalismo! Pero los que dicen tal cosa se quedarían estupefactos si quitaran a Portugal, a Bélgica o incluso a Luxemburgo su escaño en la ONU o en el Consejo de Europa. La fuerza del hecho jurídico-político (y de la costumbre) tiene unos efectos singulares: si queremos calibrar la fuerza del complejo californiano deberemos consultar obras especializadas, pero cualquier anuario estadístico internacional informa sobre Puerto Rico («socio asociado en sociedad» de los Estados Unidos, como decía Nicolás Guillén). En un reciente «estado del mundo» extraído de estos anuarios, no encuentro a Cataluña en el índice de los países citados (*país*, ¡qué palabra más cómoda, que sirve lo mismo para designar el Solsonès que la URSS!). Pero buscando a Cataluña encuentro «Caimán, islas», definidas así en el texto: «arquetipo de paraíso fiscal, 400 bancos, 1.500 sociedades, donde el *far niente* es la consigna». La indicación tiene cierto interés, sobre todo para un multimillonario. Pero, ¿dónde debemos situar el hecho catalán? Descubro una tabla comparativa entre los conjuntos geopolíticos de una zona llamada «Europa latina»; compara, en un marco apropiado (no me lo estoy inventando), Andorra, Francia, España, Italia, Mónaco, San Marino, Portugal. Son, según parece, unidades. Contra esta visión de las cosas sí que podemos usar el «somos seis millones».

Los «seis millones» tienen otro sentido: miden la culminación de un crecimiento rápido. La población catalana había superado el hito de los dos millones entre 1900 y 1919, el de los tres millones entre 1940 y 1950. Alcanzar los seis millones antes de 1990 indica un dinamismo extraordinario. Es tarea del demógrafo dar cuenta de sus mecanismos. El historiador constata, de entrada, un resultado. Cuando estudié el siglo XVIII catalán, consideré apropiado señalar de entrada: entre 1720-1730 y 1780-1790 la población catalana se dobló. *Grosso modo*. Pero lo que tiene sentido en historia son los órdenes de magnitud. Observamos que en ambos casos el impulso ha seguido a episodios de retroceso debidos a dramas político-militares. El crecimiento ha incluido un ritmo de recuperación.

Otra comparación esclarecedora, esta vez en el espacio. Con Francia. Durante los años treinta, los pronósticos demográficos eran pesimistas en ambos casos; Vandellós titulaba su libro *Catalunya, poble decadent*. Y había toda una literatura que anunciaba para el último tercio del siglo una Francia de treinta millones de habitantes. Tiene cincuenta y seis. No se habían previsto ni el *baby-boom* ni la inmigración masiva. La futurología demográfica no había distinguido entre grupos fecundos y grupos atractivos. La inmigración, es cierto, plantea problemas; pero en la Francia de hoy el ministro de Finanzas, el secretario general de la CGT y el cardenal-arzobispo de París pertenecen a familias de inmigración reciente. No vemos por qué motivo Cataluña debería tener menor capacidad de asimilación de los inmigrantes peninsulares. Y en el mismo momento en que se anunciaban los primeros contingentes de inmigración africana, se agotaba la corriente de inmigración intrapeninsular, e incluso se invertía (por el regreso al pueblo de la gente mayor, ciertamente). La época de crisis y de paro elevado de los años setenta no había frenado la inmigración. La reanudación de la actividad en los años ochenta parece que sí lo ha hecho. La dialéctica economía-población es compleja.

El resultado global es una estabilización (5.954.414 habitantes en 1981, 5.878.638 en 1986, 6.077.000 en 1988). Por primera vez, tras el quinquenio 1981-1986, el muy modesto crecimiento vegetativo ha superado ligeramente el balance migratorio negativo. Los «seis millones» son, por lo tanto, a la vez una consumación y un techo.

A este nivel de la curva demográfica, Cataluña alcanza una densidad de 187 habitantes por kilómetro cuadrado. Teniendo en cuenta las partes montañosas muy poco pobladas, ello significa, para la zona litoral y prelitoral, unas densidades comparables a las de las regiones europeas más activas. Con los peligros correspondientes (contaminación, carreteras sobrecargadas, etc.).

En cuanto a los índices demográficos, que comprometen el futuro, también son del orden de los de la Europa desarrollada: natalidad, 9,7 por mil; mortalidad, 8 por mil (1988); mortalidad infantil, 8,8 por mil; esperanza de vida, 78 años. Desde hace diez años los grupos de edad que vienen al mundo son, cada año, menos numerosos. La pirámide de edades se estrecha por la base y se ensancha por la cúspide. Es el envejecimiento, el aumento del peso de las capas inactivas en el reparto del producto. La Cataluña de hoy, en materia demográfica, registra los resultados de un crecimiento. Ha conseguido el modelo europeo avanzado. Lo cual no significa que no tenga problemas. Como el de la asimilación cultural de los inmigrantes.

CAPÍTULO 3

Productores y cambistas

Tanto en materia de economía como en materia de población, el primer impulso de la comunidad catalana es el de pensarse por comparación. Tradicionalmente por comparación con el Estado español; hoy, y cada día más, con Europa. En una buena síntesis sobre la Cataluña de los últimos diez años, el responsable de cuestiones económicas, Francesc Cabana, aconseja al lector que recuerde de entrada tres cifras, tres órdenes de magnitud: 6, 16 y 20. Son los porcentajes aproximados de la relación Cataluña/España: 6 por ciento del territorio, 16 por ciento de la población y 20 por ciento de la actividad económica. El 6 por ciento (exactamente 6,3) del territorio es un dato jurídico, y por lo tanto invariable. Demográficamente, Cataluña, que en los años 1900 y 1910 solo representaba el 10,5 por ciento de la población española, llegó casi al 16 por ciento (15,8) en 1981, una proporción que desde entonces se estabiliza o se rebaja un poco. En cuanto al 20 por ciento, es la cifra en torno a la cual oscilan, coyunturalmente, los principales indicadores de la vida económica: población activa, producto interior bruto, renta per cápita han oscilado, según las crisis y las recuperaciones, entre el 18 y el 22 por ciento de las cifras españolas correspondientes. Pero, obviamente, los diversos sectores de la vida económica no están todos al mismo nivel.

Aunque ya no podamos decir que Cataluña es «la fábrica de España», continúa siendo industrial: supone en torno al 24 por ciento del producto industrial español. La producción agrícola solo representa un 9 por ciento. Un único tanto por ciento queda por debajo de la producción territorial: el de los depósitos bancarios controlados por capitales catalanes. Pero las cajas de ahorro catalanas, recientemente unificadas bajo la antigua sigla La Caixa, ocupan en Europa el tercer puesto en esta categoría de instituciones.

Ante el gigantesco edificio barcelonés de La Caixa, símbolo de esta originalidad catalana, y ante las sedes no menos orgullosas de los bancos de aquellas sociedades, españolas y extranjeras, que simbolizan una dependencia igualmente tradicional del sector bancario catalán, no puedo dejar de evocar (ya he dicho que iba a ser privilegio de la edad) la Barcelona de los años 1927-1930, cuando las sucursales de los mejores bancos franceses tenían sus mostradores en humildes plantas bajas, y cuando los edificios-símbolo de la economía catalana todavía eran el Institut Agrícola Català de Sant Isidre, en el corazón de la ciudad vieja, y Foment del Treball Nacional, casi en sus límites. Estos cambios de lugar, de estilos y de símbolos en el dominio de lo material forman parte de la historia tanto como las revoluciones y las guerras, aunque no afecten a los hombres de modo tan inmediato. El hecho de que París y Madrid, en algunos barrios, rivalicen en verticalidad con Nueva York o São Paulo tiene un sentido. No carece de él el que Barcelona lo intente. Pero el capitalismo financiero, por sus nuevas dimensiones, implica, incluso para la modesta economía catalana, modificaciones en las estructuras y en los problemas. No es el caso de proponer aquí un análisis técnico de esta cuestión. Pero mientras que la Cataluña de 1930 todavía se parecía mucho a la de 1890, la de 1990, en muchos aspectos, ya no es la de 1930. Eso no quiere decir que no tema los mismos peligros: rivalidades internas, OPA, fracasos locales o es-

peculativos, *cracks* de la bolsa son recordatorios de ello. Pero las estructuras han cambiado, independientemente del sentido que demos a los términos sociedad postindustrial, sociedad de consumo o sociedad de servicios.

Durante mucho tiempo, el contraste estructural entre la economía catalana y la economía española en conjunto ha quedado registrado en las tablas comparadas de los tres sectores de actividad clásicamente diferenciados: sector primario (agricultura, ganadería, pesca, bosque), sector secundario (industria y construcción), sector terciario (servicios de toda clase); en el primer tercio del siglo XX, e incluso en el segundo, la economía española se caracterizaba por el gran peso que conservaba en ella el sector primario; la economía catalana, por el que había adquirido, tanto en población activa como en producto, el secundario: entre el 40 y el 50 por ciento de estos dos datos. Las cosas han cambiado mucho. Cataluña continúa caracterizada, no obstante, por la alta participación de la industria y la construcción en el producto bruto (40,5 por ciento en 1988). Ahora bien, dado que el sector servicios representa hoy el 57,5 por ciento, nos deja perplejos la marginalización del sector primario: solo representa un 2 por ciento del producto bruto, y debe de ocupar a menos de un 5 por ciento de la población activa (4,5 por ciento en 1988, pero en la estadística hay muchos «no clasificados»). La Cataluña de los campesinos, de los pescadores y de los pastores, ¿ha desaparecido?

El viejo historiador que soy no puede observarlo sin inquietud. Sin ceder jamás a las tendencias mitificadoras del *pairalisme*, he admirado demasiado el papel (tan a menudo progresivo en el curso de la historia) de las grandes masías del siglo XVIII, de los pequeños regantes aferrados a reservar «un dedo de agua» para su huerto, de los primeros colonizadores de los barrizales del delta del Ebro, sin remontarme a la huerta musulmana de Lérida, para resignarme a imaginar una Cataluña sin agricultura, que cediera a los ánimos malthusianos de la

CEE, que paga el retorno a los eriales. Si afinamos un poco el análisis podremos percibir matices en la aparente marginalización del hecho rural catalán. Lo que aplasta el porcentaje de la población activa agrícola es el hecho barcelonés; en el occidente leridano muchos pueblos tienen aún una población agrícola mayoritaria. Ciertamente subsisten en Cataluña (siempre los ha habido) vastos espacios cubiertos de bosque, de maquias, de matorrales. No creo que encontrásemos, como en la Alta Navarra o el Alto Aragón, pueblos totalmente abandonados, cercados siniestramente por alambre de púas. Es cierto que más de una masía monumental se ha convertido en segunda residencia o en restaurante de lujo para los amantes de la gastronomía local (la forma moderna de las nostalgias ruralistas). Ahora bien, la intervención del turismo en la economía parece haber sido un éxito, particularmente en las comarcas fronterizas. En 1981 el ingreso familiar per cápita más elevado se obtuvo en el Bajo Ampurdán; en 1988, en... ¡el Valle de Arán! Una ganadería en región climática atlántica y un turismo internacional, de invierno y de verano, que solo debe cruzar un puente, explican esta paradoja. ¡Pero solo afecta a 5.000 catalanes de los seis millones! Y también es una comarca rural la que bate el récord inverso (el de los ingresos familiares per cápita más bajos): el Priorato; las generaciones jóvenes lo han abandonado; a pesar de que produce buen vino (para mi gusto); pero todavía no se ha promocionado; me han dicho que hay unos ingleses que se disponen a hacerlo. Y sabemos que hay champán *made in France* distribuido en Canadá por las firmas de Sant Sadurní d'Anoia. Este papel, esta preocupación por los mercados lejanos, podría parecer, para la viña catalana, un rasgo de modernidad. Recordemos que ello ya se daba, y en movimiento, por la zona de Reus entre 1760 y 1780. Hay combinaciones más complejas que también recuerdan el pasado: entre Badalona y Blanes, en el rosario de pueblos «dobles» («de arriba» y «de abajo»), las vertientes de la sierra desaparecen

bajo los mantos de plástico que abrigan cultivos sofisticados, la vieja industria de género de punto se ha modernizado y la navegación de recreo, en el horizonte de las playas, recuerda la vocación marinera que evocan de otra forma los exvotos de las iglesias y los preciosos museos históricos de los puertos pequeños. La referencia al pasado, en Cataluña, continúa viva. Acabo de recibir un bonito libro ilustrado sobre el museo de la vida rural de Espluga de Francolí; Julio Caro Baroja estaría celoso. Modernización, por lo tanto, no significa olvido.

Pero, ¿y la industria? Tampoco olvida sus referencias. Bajo la bóveda del mercado del Born, imponente testigo de «la arquitectura del hierro», Jordi Nadal puso todo su arrojo, no hace tanto, para realizar la exposición «Catalunya, la fàbrica d'Espanya: 1833-1936». Estas palabras, estas fechas y tantos objetos materiales, modestos o impresionantes, resumían bien, sin glorificación fácil pero combatiendo ciertas denigraciones, la principal originalidad catalana de todo un siglo. La arqueología industrial, disciplina recientemente añadida al arsenal de la historia, encuentra en las fábricas, en las colonias y en la propia Barcelona un campo de trabajo privilegiado. Pero, ¿qué complejos han remplazado, en la aglomeración barcelonesa y sus tentáculos, a las formas industriales periclitadas? Las fábricas han dado paso a los centros industriales, que no siempre aspiran a la dignidad arquitectónica. A su mano de obra ya no se le ofrecen colonias, sino grandes conjuntos, grandes superficies y ciudades dormitorio. No es, necesariamente, algo más alegre.

Pero al fin y al cabo se ha dejado atrás el barraquismo, que vi reinar, en torno a 1950, a los pies de Montjuïc. Igual que París ha liquidado la *zone*, los *bidon-villes*, y, en parte, el suburbio de casitas para rodearse de «ciudades nuevas» de calidad muy desigual, Barcelona ha hecho brotar, en el barro de los deltas y más allá de Collserola, ciudades-satélite de vocaciones diversas, pero que tienen más de cien mil y a veces más de doscientos mil habitantes. Humanamente, los problemas que plan-

tean son sociales. Materialmente, dependen mucho del sistema de comunicación: metros, tranvías, trenes de cercanías, carreteras secundarias deben transformarse en sistemas de relaciones rápidas, exigentes en túneles y enlaces viarios. La masa humana, con su sola presencia, crea necesidades de mano de obra y de equipo pesado. En extensión, sin embargo, Barcelona no puede compararse con París, con Londres ni mucho menos con Los Ángeles. Ni tampoco con Madrid, que se ha hecho enorme, sin dejar de estar replegada sobre sí misma. Pero ninguna capital francesa de provincia se acerca, ni de lejos, a la magnitud del complejo barcelonés. Más bien habría que pensar en Milán (lo cual, por otra parte, no es muy tranquilizador en lo que toca a los peligros de la contaminación urbana).

Pero quizá el fenómeno históricamente más importante, en el caso barcelonés (como en el caso parisino), debe situarse en la mutación sociológica de la ciudad-capital propiamente dicha. La Barcelona del siglo pasado, y todavía la de 1936, continuaba siendo en algunos barrios una ciudad industrial, una ciudad obrera. *Intra muros* se ha convertido en cerebro dirigente, residencia privilegiada, escaparate comercial, espacio de recuerdos turísticos y de distracción, y cada vez menos popular y *botiguera*. ¡Puede volverse políticamente conservadora, como ha ocurrido con el París de la Comuna! El factor económico ha remodelado al factor social.

De todas formas, no debemos confundir el hecho urbano barcelonés, incluso en su extensión, con el hecho industrial catalán. Grandes complejos químicos han elegido instalarse en la región de Tarragona, y si las producciones mineras (sal, potasas, lignitos) han perdido el peso que tenían, podemos preguntarnos qué queda de la imagen de la Cataluña industrial tradicional. ¿Qué se produce? ¿Para quién? ¿Bajo la dirección de quién?

Es clásico subrayar que la vieja imagen de una Cataluña especializada en la producción textil ha quedado periclitada. Queremos aportar, no obstante, dos reservas sobre este punto:

1) si el producto industrial catalán, a mediados de la década de los ochenta, representa aproximadamente un 24 por ciento del producto industrial español global, en el caso del textil este porcentaje es casi un 49; la antigua preocupación por el mercado español, por lo tanto, continúa presente; 2) la ofensiva victoriosa de las industrias pesadas en detrimento de las textiles viene de lejos, de las dos primeras décadas del siglo xx, sobre iniciativas extranjeras: alemana (Siemens), italiana (Pirelli), suiza (Hispano-Suiza). El fenómeno, es cierto, se amplificó en los años cincuenta, cuando la SEAT decidió, y exigió, instalar sus fábricas en Cataluña; cuando Ford se añadió, se llegó a pensar que el capital americano ocuparía pronto un gran espacio, cosa que no se confirmó de manera continua; las firmas alemanas (Bayer, Hoechst) han incrementado su peso, en el interior o junto a las actividades regionales (Cros), y Nestlé distribuye a partir de su filial catalana un abanico alimentario de noventa productos.

Puede haber sorprendido más la aparición, en el horizonte financiero catalán, de una Kuwait Investment Office, así como la multiplicación de iniciativas japonesas en la instalación de industrias de alta tecnología, respondiendo a la demanda creciente en este campo. Estas actividades punteras exigen una intensa colaboración con la investigación científica y la formación técnica: se anunció un «Silicon Vallès», y luego adoptó un nombre más modesto. Pero se perfila una tendencia interesante de las industrias jóvenes, exigentes en cerebros y en personal cualificado: intentan instalarse lejos de Barcelona, incluso en el Gironès o en el Ampurdán, lo que podría modificar y vivificar, sin desfigurarla demasiado, la Cataluña de comarcas.

Dicho esto, la internacionalización de su industria, ¿asegura al grupo humano catalán independencia y estabilidad? Se acumula capital, pero, ¿qué parte revierte en el país? Es difícil saberlo. Se crea ocupación, pero, ¿cómo funcionan las industrias más tradicionales, las de ayer, las de anteayer? No solo en el transcurso de los años setenta (crisis general), sino en plena

década de los ochenta, los años de malas ventas han sido fatales para las viejas firmas textiles catalanas, o han hecho variar en dientes de sierra la producción de automóviles. De forma que las cifras oficiales del paro han podido oscilar entre 100.000 y 470.000, lo que a menudo ha superado la tasa, sobre la población activa, del 20 por ciento. Sabemos que la existencia de una economía sumergida invita a relativizar estas constataciones. Pero la economía catalana, en el curso de los últimos veinte años, si fue *self-sustained*, no fue *konjunkturlos*.

En cuanto a los cambios más profundos en las estructuras industriales, se ha escrito que Cataluña había tenido la suerte de no haber basado su economía sobre la siderurgia del hierro y la construcción naval, dos sectores catastróficos de la segunda mitad del siglo XX. Es cierto que en este sentido Barcelona ha tenido más suerte que Bilbao, y que Cataluña no conoce las regiones devastadas propias de Bélgica o Inglaterra. Permanecen, en su caso, los problemas del mercado. Los estudios sobre el comercio exterior catalán no siempre son satisfactorios; se repite fácilmente que el déficit de los intercambios con el extranjero se compensa con las ventas en el mercado español. Este fue todo el problema del siglo XIX. La cosa puede cambiar con el mercado único europeo. Pero trescientos millones de clientes potenciales también representan competidores. Si no arriesgamos conclusiones, tampoco arriesgaremos pronósticos. Solo constatamos que, a la salida de una dilatada historia, Cataluña se halla sin duda a las puertas de mutaciones en la propia naturaleza de sus problemas. Ha pasado la época de la comparación obsesiva con España. Las comparaciones con otras regiones de Europa, que a menudo sitúan a Cataluña en muy mala posición, suelen comparar cosas incomparables a partir de criterios discutibles. A la hora de calificar una región, la historia y la geografía tienen algo que decir.

Pensemos en los problemas energéticos: en el curso de los años treinta, cuando hacían realidad el sueño del ingeniero

Pearson, las centrales hidroeléctricas pirenaicas cubrían aproximadamente las necesidades catalanas de energía; a partir de los años cincuenta-sesenta, hubo que recurrir a otras fuentes; el precio del petróleo no ha sido ajeno a las crisis de los años setenta; y las cuatro centrales nucleares construidas suscitan, como en todas partes, inquietudes. El balance energético es una preocupación permanente.

El triunfo del sector terciario en la economía catalana de las últimas décadas tiene también su contrapartida de problemas. Guarda una estrecha relación con la feminización creciente de las demandas de trabajo. No es que el trabajo femenino sea una novedad en Cataluña; sabemos el papel que tuvo en la tradición textil. Pero todavía en las décadas de los cincuenta y sesenta, el fenómeno de la «mujer en casa», que se daba en las capas más diversas de la población, aglutinaba una parte importante, en los censos, de la población no activa. Las cosas cambian deprisa en este campo y cabe tenerlo en cuenta en el análisis de los fenómenos de ocupación.

Otro aspecto de los problemas del sector terciario como dominante de nuestro tiempo es el papel que ha asumido el turismo. Se ha convertido en un elemento de primer orden, si no es ya el predominante, de la actividad catalana y del balance de sus intercambios con el extranjero. Pero no hay que olvidar sus localizaciones y los ritmos estacionales, que, sin salir de los problemas de ocupación, comportan singulares complicaciones. El turismo está igualmente sujeto a variaciones coyunturales a corto plazo. La reciente reedición del estudio de Yvette Barbaza sobre la Costa Brava también ha demostrado que, en diez años, han variado muchas cifras, pero con unos resultados finalmente positivos, y a veces sensibles incluso en el seno de viejas estructuras, como lo demuestran ciertos mapas de la propiedad ya afectados por el fenómeno. Economía, sociedad, civilización. Pido disculpas por recordar esta jerarquía. Sigue pareciéndome fundamental.

CAPÍTULO 4

Enriquecimiento y enriquecimientos. Desigualdades y marginalidades

No resulta fácil, en el caso de las sociedades desarrolladas de hoy —sea cual sea el nivel al que aspire el análisis—, establecer una relación entre factores económicos y factores sociales. El utillaje estadístico disponible es, en general (y no siempre de forma inocente), poco favorable a los análisis diferenciales en el seno de las sociedades globales. Y estas se definen dentro de unos límites administrativos, casi siempre estatales; de forma que Islandia y Luxemburgo se someten a comparaciones con Brasil o la India. En este cuadro, cuando se trata de productos o de rentas, lo que se nos presentan son medias. Para llevar a cabo un análisis de las sociedades, es la peor forma de dirigirse a la concreción. Finalmente, dado que es necesario encontrar, entre los productos, una referencia comparativa, se recurre a la expresión monetaria, y se nos da en dólares la renta de un paquistaní. Si subrayo aquí todo esto, que debería ser elemental pero que se recuerda muy poco, es porque, en el caso de Cataluña y de España, los crecimientos del «producto interior bruto o de la renta per cápita a menudo se citan, referidos a los últimos años, como datos importantes. Efectivamente lo son. Pero no debemos interpretar precipitadamente el contenido social de estas cifras económicas globales.

Decir que la renta per cápita (anual) ha pasado, en Cataluña, de 96.487 pesetas en 1971 a 790.883 en 1985, y que esta renta catalana media representa el 124 por ciento de la renta media en España, no tiene mucho sentido. En este cálculo, la renta española incluye a la propia Cataluña y la concentración madrileña; la mayor parte de España está a un nivel mucho más bajo. Pero constatar que el producto interior bruto per cápita en España es de 8.715 dólares (1987) y en Francia de 16.941 no significa (aunque las cifras puedan darlo a entender) que el francés medio viva dos veces mejor que el español medio, ¡mientras que el catalán medio se sitúa en el cuarto inferior de la diferencia! En lo más alto de esta clase de jerarquías encontramos, cogidos de la mano, a Japón, Suiza y Finlandia. ¡Que no se parecen en nada! Nos gustaría comparar muchas otras cosas que no son niveles.

Pero, cómo no evocar, hablando de esto, aquel chiste que se adjudica a un ministro franquista: «La democracia empieza por encima de los 1.000 dólares per cápita». La fórmula sugiere que, a partir de cierto desarrollo, las contradicciones sociales pueden tratarse de un modo distinto de la violencia. Lo cual no significa que dejen de existir. Y en este punto conviene evitar las simplificaciones caricaturescas.

Leo en una obra reciente, destinada a presentar Cataluña a los franceses, en una colección divulgativa (F. Granell, *La Catalogne*, París: PUF, 1988, «Que sais-je?»):

> Los obreros catalanes, de nacimiento o inmigrados, se han convertido a un ritmo acelerado en propietarios de una casa, de un coche, de aparatos electrodomésticos y a menudo de una segunda residencia. Sus hijos tienen acceso a la universidad.

Si la colección «Que sais-je?» se leyera (lo cual no es así) en Gennevilliers, cerca de París, o en Les Minguettes, cerca de Lion, ¡se desencadenaría una ola de emigración hacia Catalu-

ña! ¡Hay palabras —*propiedad, casa, residencia, acceso*— que deberían usarse con más prudencia! Pero tomemos el ejemplo inverso: en una conferencia reciente, bienintencionada, que pretende exponer cómo los poderes catalanes actuales son conscientes de las desigualdades sociales, podemos leer:

> En Cataluña, casi una cuarta parte de la población es pobre, ya que hay 1.300.000 personas que no llegan a ingresar más de 30.000 pesetas al mes. En la ciudad de Barcelona hay 15.000 personas de más de 65 años que viven solo con las 17.450 pesetas del FAS.

La última estadística detallada que clasifica los ingresos catalanes (por hogar) en franjas cuantitativas (deciles) se refiere al año 1980-1981. Inspira menos pesimismo: solo el decil inferior se sitúa por debajo de las 30.000 pesetas. Pero en el transcurso de la década de los ochenta los precios han subido. Es probable que en la base haya habido pauperización. Es el fenómeno de los «nuevos pobres». Resulta inquietante, de todas formas, que alguien pueda citar sin inverosimilitud cifras tan destacables de ingresos tan bajos. Pensemos solo en el precio de una noche en un hotel de cinco estrellas, o de una comida de negocios en un restaurante de calidad. Que un enriquecimiento global, resultado de una productividad incrementada, implique esta polarización de los ingresos obliga a moderar los optimismos fáciles.

Pero guardándonos a la vez del triunfalismo y del miserabilismo, ¿cómo definir a la sociedad catalana de hoy comparada con la de 1936 o con la de 1900? ¿Presenta rasgos nuevos, estructurales, cualitativos? El historiador debe preguntárselo.

No me parecería exacto llamar postindustrial a esta sociedad por el hecho de que las actividades de servicios triunfen cuantitativamente en ella. De hecho, la parte de la población activa clasificada en la industria y la construcción continúa

próxima al 40 por ciento, como en el siglo XIX. Es cierto que resulta más difícil distinguir entre una mano de obra todavía manual pero altamente cualificada en técnicas sofisticadas, y los oficinistas delante de sus ordenadores. Pero al fin y al cabo todos son asalariados, gente de ingresos fijos, como decía Cantillon, para oponerlos a los empresarios, gente de ingresos variables. Hoy está admitido (a pesar de la imprecisión de las mediciones) que las clases medias de renta variable (mundo rural, pequeños empresarios, comerciantes), típicos durante mucho tiempo de una Cataluña tradicional, están en retroceso constante. Por el contrario, el conjunto salarial (obreros más empleados) no deja de crecer en número. Y no se evalúa en más de un 2 por ciento la proporción de clases altas o dirigentes, de ingresos muy elevados y (o) con verdaderas responsabilidades.

Queda la masa de los nuevos pobres, de una existencia marginal y precaria, entre los que no se vacila en clasificar entre un 10 y un 20 por ciento de los catalanes de hoy. Son jubilados con pensiones miserables, minusválidos, mujeres abandonadas, hogares con un único salario y, naturalmente, parados de todo tipo: jóvenes que buscan un primer empleo, viejos obreros inadaptables al trabajo moderno o, simplemente, víctimas del paro coyuntural (años malos) o del paro estructural (despedidos a causa de la modernización). En el curso de los años ochenta, al menos hasta la recuperación de 1987, el paro catalán, oficial o estimado, ha oscilado en torno a la cifra de 450.000 personas y al índice del 20 por ciento. El diagnóstico sería grave si no hubiera que matizar el cuadro teniendo en cuenta ciertas particularidades: paro estacional en la hostelería y sobre todo trabajo en negro, también llamado economía sumergida, por definición no mensurable. Es muy importante en determinados sectores. Pero esto define otra dimensión inquietante de las sociedades desarrolladas: la no-transparencia. Cierto que Nueva York y Washington tienen sus marginados y sus drogadictos. ¿Es ello un consuelo?

CAPÍTULO 5

Una nueva imaginería social y Europa como incertidumbre

Me convertí en barcelonés en los primeros días de 1931 y todavía lo era en 1936. ¿Cómo queréis que no me pregunte, ante la Cataluña de hoy, qué es lo que reconozco en la misma? ¿Qué es lo que me sorprende? Al cabo de más de medio siglo, el testigo puede interrogarse como historiador. Antes de reflexionar sobre las permanencias echaré un vistazo a los cambios.

Los catalanes de hace sesenta años esperaban grandes transformaciones de la sociedad. Algunos las temían, otros las deseaban, las preparaban. Todos estaban animados por alguna fe colectiva, por alguna pasión. La poderosa CNT se identificaba orgullosamente con la clase obrera y cultivaba el mito de su pasado y de sus héroes. La imagen de la República española era la de una gran señora cubierta con gorro frigio, que prometía igualdad tanto como libertad. En Cataluña, siguiendo a Macià y luego a Companys, amplias capas sociales, diversas pero igualmente sensibles a la idea de justicia y a la de patria, se creían designadas para preceder y guiar a España por la vía del progreso bajo una forma pluralista o quizá federal.

Hoy parece admitido, como cosa indiscutida, que la monarquía constitucional de España es —como se decía de Luis Felipe en la Francia de 1830— «la mejor de las repúblicas».

También se da por sentado que «la España de las autonomías» satisface las aspiraciones de las comunidades que la componen. La palabra *autodeterminación* no está prohibida, pero los poderes constituyentes la consideran inapropiada. Si surgen conflictos sociales, se resolverán mediante negociaciones y pactos. Me diréis que así he resumido la doctrina oficial. Pero solo la discuten pequeñas minorías. Salvo en el caso de Euskadi. En Cataluña, sin desdeñar ni siquiera infravalorar algunas disidencias jóvenes y algunas viejas nostalgias, diríamos que la mayoría de la población no parece dispuesta a cuestionar el consenso.

¿Es una manifestación de la sensatez catalana? ¿Del tradicional pactismo? Cierto conservadurismo catalán, algo paternalista y algo populista, estaría encantado de sugerirlo. Y su peso, aunque no electoralmente aplastante, es políticamente eficaz.

Este retroceso en una historia muy larga de luchas apasionadas sugiere de entrada una explicación trivial: no el fin de las ideologías (vocabulario fácil), sino la fatiga ante las esperanzas frustradas, las promesas no mantenidas. Los vencidos de la Guerra Civil se han peleado demasiado acerca de las responsabilidades de sus impotencias como para no haber dañado la imagen de las viejas formaciones. Macià por su pureza, Companys por su sacrificio, conservan el privilegio de unos cuantos homenajes oficiales. Pero su mensaje político —la construcción de un nacionalismo catalán de izquierda— posiblemente es aún menos conocido que escuchado. En cuanto a los vencedores de 1939, ya solo les quedaban, en los albores de los años ochenta, un puñado de fieles; el vergonzoso miedo que se levantó el 23-F es una clara demostración de ello.

Estas decepciones alternas han determinado una especie de caída de potencial en las capacidades movilizadoras de lo político. Cuando evocamos el eco que podía tener, en 1931, un gran discurso de Azaña, o, en 1936, una concentración de masas en torno a Gil Robles, nos sorprenden las débiles reacciones que suscitan los incidentes políticos de hoy. De ello se

desprenden varias paradojas. Desde 1982, el Partido Socialista gobierna en Madrid. Y un centro-derecha moderado, bajo la experta batuta de Jordi Pujol, orquesta la política catalana. A pesar de ello, en un referéndum sobre el mantenimiento de España en el seno de la OTAN, España dice que sí y Cataluña dice que no. Igual que Euskadi, lo que indica, en las dos comunidades originales nacionalmente, menos conformismo occidental que en el Estado español. En Cataluña hay una sensibilidad de izquierda que obliga a los moderados de Convergència a insistir sobre sus preocupaciones sociales y, sobre todo, a apostar fuerte por la fidelidad a los valores catalanes tradicionales. Sobre este último punto, los socialistas catalanes no dudan en afirmar una idéntica convicción nacional que podemos considerar sincera. Pero sus vínculos orgánicos con el partido que, en Madrid, ocupa el poder hacen que se ponga en duda su independencia. Cuando alcanza este punto de complejidad, la política se vuelve fatigosa. En los últimos escrutinios el nivel de abstención llegó al 40 por ciento.

Las mismas ambigüedades marcan el hecho sindical. En las elecciones para la representación de los asalariados en las negociaciones sociales, la preferencia, en Cataluña, se decanta por Comisiones Obreras, más radical, y no por UGT, próxima al poder. Es otro signo de las tradiciones de izquierda. Pero, tras un alud de sindicalización cuando se inició la transición política, el índice de afiliación ha vuelto a caer, hasta un 25 por ciento como máximo, y hay estimaciones que hablan de un 5 por ciento. Es constatable que las asambleas sindicales tienen un seguimiento escaso y a menudo ni siquiera los representantes elegidos por los asalariados son militantes afiliados. Así, la Cataluña sindical de hoy se asemeja más a Francia que a los países con gran tradición de trabajo organizado, como Alemania o Inglaterra. Y sin embargo, en este aspecto, Cataluña tenía un gran pasado. Pero su tradición —la de la CNT revolucionaria— ha quedado reducida a un pequeño margen.

Es extraño, a pesar de todo, que la lucha social no haya recuperado cierta fuerza en el transcurso de crisis tan acentuadas como las de los años 1977-1983: un índice de inflación y de desempleo de más del 20 por ciento, una participación de Cataluña en el producto español que pasa del orden del 22 por ciento al orden del 18 por ciento. Pero es bien sabido que, en tiempos de desempleo masivo, el trabajador que tiene la suerte de tener trabajo vacila antes de arriesgarse a perder ese privilegio. Y el parado se refugia, si puede, en el trabajo en negro. Durante los últimos años ochenta, por el contrario, la combatividad social recobró fuerza al enderezarse los índices económicos. Puesto que las autoridades continuaban predicando la moderación salarial, la propia UGT se sulfuró, y el 14 de diciembre de 1988 una huelga general completamente secundada paralizó Barcelona. ¡Como antes! Pero ocurrió lo mismo en toda España, y durante un solo día.

Cada vez resulta más difícil seguir el juego entre desigualdades estructurales de la sociedad y reacciones coyunturales de las clases. Hemos hablado de la enormidad de los contrastes sociales: en lo alto, para una ínfima minoría, unos niveles de lujo casi increíbles; abajo, centenares de miles de pobres y marginados. Es la fiebre del oro a muy gran escala. Pero no afecta a los espíritus tanto como antes. Quizá porque el imaginario social ha cambiado (¿pero esto es un efecto o una causa?). Hace ciento cincuenta o cien años uno oponía las manos con callos a las manos blancas: el más modesto oficinista parecía de una clase distinta a la de un obrero. Luego se opusieron los sombreros de copa del Consejo de Ministros y de los consejos de administración a la gorra del proletario; todavía a finales de julio de 1936, en Barcelona, el rechazo del sombrero simbolizó la revolución. ¿Quién distingue hoy, a primera vista, el obrero que va de paseo del pequeño funcionario que sale de la oficina, el parado marginalizado del marginal voluntario? Hay, en lo alto, unos refinamientos de vestimenta que no en-

gañan a los iniciados; pero, justamente, se trata de iniciados. La calle ya no materializa los contrastes simbólicos.

Hay una explicación habitual de esta igualación aparente en el marco de una creciente desigualdad: a partir de cierto nivel de desarrollo productivo se ofrece a la mayoría una multiplicidad creciente de objetos de consumo: ¡véanse los supermercados! En Cataluña, si un 60 por ciento de los hogares dispone de un coche, el porcentaje de televisores llega al 90 (la evasión, incluso para los analfabetos, se ofrece a domicilio). Y no hay nada tan difícil de evaluar como los efectos de los progresos del consumo a largo plazo: en torno a 1860, Segismundo Moret decía que la cuestión social (vocabulario de la época) estaba resuelta porque todas las mujeres llevaban medias y todas las ventanas tenían cristales. Y si un adolescente de hoy sueña con tener un *walkman*, la idea de que su abuelo no lo tuviera no disminuirá su satisfacción, o su decepción, ante el precio del objeto.

A corto plazo, si el hombre de ingresos fijos ve que estos ingresos persiguen los precios sin alcanzarlos, su frustración será mayor cuanto más extensa sea la gama de objetos comprables. Le ofrecerán juegos y lotería. Y revistas ilustradas que describen los fastos de la *jet society*, pero no los mecanismos que implica su existencia. Un Güell, un Cambó eran las representaciones vivas de un sistema. Hoy en día, por encima de intereses regionales bastante precisos y organizados, pero de una modestia que se ve a la legua, planea la sombra de una inmensa sociedad anónima cada día menos personalizable.

Tengo la tentación de comparar la España actual, el estilo de vida que su enriquecimiento le inspira, con el modelo esbozado por Alfred Sauvy para las sociedades ricas y que he tenido ocasión de aplicar al Siglo de Oro español: en lo alto, lujo, distracciones, sociedad de servicios más que de producción, y a veces, incluso en el nivel medio, ágapes pantagruélicos; y abajo, una masa de asistidos (hoy por el Estado, ayer por

la Iglesia) que vive a un nivel de consumo que no bastaría para unos hombres que trabajaran, y en la que un número considerable de marginales prefiere, antes que trabajar, la mendicidad o los tráficos ilegales, a los que la sociedad rica se acostumbra. Un incidente reciente, probablemente sin fundamento real, pero muy significativo para caracterizar un imaginario, me ha sorprendido y me ha afligido: en Madrid acusaron a la ciudad de Barcelona de expulsar a sus mendigos a la capital, con el viaje pagado. No se puede definir mejor una sociedad picaresca. Como compensación previsible: el hormigueo de los espectáculos, de los torneos deportivos, de la actividad intelectual; el futuro determinará su calidad.

Pero la España del Siglo de Oro, frente a una Europa más productiva, conoció la decadencia. La sociedad occidental, ante una Asia del Pacífico repentinamente convertida al productivismo, debe plantearse preguntas. Se pueden acoger inversiones. Hay que encontrar mercados. Con las dimensiones de la economía catalana, pasar de las preocupaciones del mercado español a la de los mercados europeos no era necesariamente fácil, pero era pensable. Pero el horizonte de 1990 ya no es el de 1989. La Europa de los 12 se enfrenta a problemas inesperados. Ya hay reuniones de historiadores en París para preguntarse: ¿el siglo XXI se parecerá más al XX o al XIX? No me gustan mucho las simplificaciones y no me fío de las futurologías ni de las prospectivas. Queda el hecho de que Europa, ayer posibilidad, probabilidad, se ha convertido en una incertidumbre.

CAPÍTULO 6

Cataluña, 1990: identidad, personalidad

Puede parecer extraño que al final de una *Historia de Cataluña* en siete gruesos volúmenes nos digamos: «¿Cataluña? ¡Está por definir!». Es el sofisma eterno: ¿cómo hemos podido estudiar tan extensamente algo que no habíamos definido? Pero, ¿cómo habríamos definido algo que no hubiésemos estudiado? Como toda agrupación humana estudiable, Cataluña es una comunidad históricamente constituida. Es, pues, normal esbozar su definición al final de su historia, dando por sentado que no prejuzgaremos su porvenir y no prohibiremos a nadie que sueñe con este.

Historiador o no, todo aquel que evoca el pasado humano en su muy larga duración debe guardarse de tomar prestados nombres a la cartografía jurídico-política habitual. En 1971 se encontraron en Talteüll (Rosellón) algunos de los vestigios humanos conocidos más antiguos (los antropólogos les atribuyen 320.000 años). E inmediatamente «el hombre de Talteüll» se convirtió, según los diccionarios, en «el primer catalán», «el primer francés» y «el primer europeo». Este último término es, ciertamente, el más apropiado, en la medida en que, al menos hasta 1993, Europa conserva un sentido puramente geográfico. Pero nadie, antes de 1659, se habría atrevido a situar Talteüll en Francia (¡ni a llamarlo Tautavel!). En cuanto a las pala-

bras *catalán* y *Cataluña*, antes de finales del siglo XI no parece que se utilizaran. ¿Habría que haber empezado, pues, la *Historia de Cataluña* en el siglo XII? Pere Bosch i Gimpera pensaba, por el contrario, que la continuidad del poblamiento, la complejidad de los cruces, la originalidad de las tribus locales subyacentes a los *pagi* romanos tenían un papel capital en la formación de los futuros marcos: primitivos obispados cristianos y condados estrechamente vinculados a estos. De este modo, la agrupación histórica que se prepara es anterior al nombre que finalmente la designará.

Más de un lector pensará sin duda que las reflexiones precedentes sobre la importancia del pasado lejano en la originalidad de las poblaciones y sobre la aparición tardía de la palabra *Cataluña* guardan relación con la aparición reciente, en los medios catalanes, del eslogan «Catalunya té mil anys» (Cataluña tiene mil años), a menudo emparejado con el «Som sis milions»; dos afirmaciones del orgullo catalán: sobre el pasado, sobre el presente.

No negaré que «Cataluña tiene mil años», en un primer momento, me inquietó como historiador: inicialmente porque la palabra *Cataluña* se usa para una fecha en que todavía no aparece en los textos; luego porque el nacimiento de una nación se me ha presentado siempre como una creación larga y continua, y no como la decisión de un poder cualquiera. Ya he dicho que siempre me negué a fijar, como hacía Joseph Calmette, la partida de nacimiento de Cataluña en el 865, en virtud de una disposición de Carlos el Calvo, y he señalado la satisfacción que me causó descubrir el mismo rechazo en Ramon d'Abadal. Es más interesante constatar, en un movimiento inverso, que los condados pirenaicos surgidos de la Marca Hispánica dejan de considerarse vinculados a los poderes franceses; pero 1) antes de Hugo Capeto no se rinde homenaje al rey de Francia en el sentido estricto y futuro de esta palabra, sino al rey de los francos, descendiente de Carlomagno;

2) bastante antes del 987, los autores árabes admiten que los vínculos entre la antigua Marca y los carolingios se han debilitado; 3) finalmente encontramos, a partir del 970, la siguiente fórmula de datación: «reinando el rey francígeno Lotario, entre nosotros imperando Jesucristo». Se habría podido celebrar el milenario de esta fórmula.

De hecho, en un segundo momento la celebración del milenario me pareció mucho más interesante, en la historia de Cataluña en general, como fenómeno contemporáneo que por la legitimidad de su referencia histórica. En el debate entre historiadores aparecido en la revista *L'Avenç*, todos los medievalistas expresaban cierta reticencia. Pero los contemporaneístas, los politólogos (y los políticos lisa y llanamente) encontraban polvorientos los argumentos eruditos, y estaban encantados con la idea de un milenario. Núria Sales ironizaba, muy a su estilo: «Cataluña debe de ser la primera nación no independiente que celebra el milenario de su independencia». ¡Quizá no! El siglo XIX conoció muchas nacionalidades no independientes en busca de rastros históricos de independencia. Así, los ecos, conformistas o críticos, que el milenario ha suscitado son un testimonio importante de la vitalidad, en Cataluña, de un complejo nacional y de una insatisfacción latente ante los límites del Estatuto. Más recientemente aún, en los primeros meses de 1990, el entusiasmo suscitado en la prensa mundial por el principio de autodeterminación, cuando se trata de los confines de la Unión Soviética, ha tenido en Cataluña un eco claro: los grupos nacionalistas más nostálgicos han pedido la reafirmación del mismo principio para Cataluña, y la mayoría moderada del parlamento catalán ha votado una moción en este sentido, con la abstención de los socialistas, que sabían cuál sería la reacción de Madrid; pero numerosas asociaciones y numerosos municipios han abordado la misma discusión. El presidente Pujol, de viaje por América, ha considerado adecuado precisar que Cataluña no era Lituania, que no pedía la

independencia, pero que velaría por que se respetara su identidad. No he podido evitar evocar el mes de abril de 1931, la república catalana convertida en Generalidad, el *seny* catalán que sabe contentarse con el pactismo. Estas repeticiones, y estas continuidades, también forman parte del «hecho catalán».

¿Hablaremos de identidad catalana? La palabra viene del psicoanálisis, en su versión lacaniana. No rechazo su uso en el estudio de los fenómenos nacionales, pero en la forma siguiente: ¿cuál es el papel, en la identidad del individuo, del sentimiento de pertenencia a una comunidad?

Ahora bien, recuerdo justamente que en mi primera estancia en Cataluña, en 1927, lo que más me llamó la atención fue, en el discurso de mis interlocutores, el lugar que ocupaba la afirmación de pertenencia, el «soy catalán». En Francia, en la misma época, no observaba la obsesión equivalente. Fue el punto de partida de mi interés por una sociología (y una historia) del hecho nacional.

Hace algún tiempo, en una *grande école* francesa, me plantearon públicamente esta pregunta: «¿Cree usted que Cataluña es una nación?». Respondí: «No lo creo», lo cual sorprendió. Añadí inmediatamente: «Lo pienso», para seguir la recomendación que Jaume Vicens (según testimonio de Josep Fontana) imponía a sus estudiantes: un historiador puede decir *pienso* si expresa el resultado de sus investigaciones, de su documentación, de su reflexión; lo que *cree* no le importa a nadie. Inversamente, huelga decirlo, si yo hubiera sido catalán, un *creo* habría sido significativo. Porque no hay nada que se parezca tanto a la fe religiosa como el sentimiento de pertenencia a un grupo cuando forma cuerpo con la identidad del individuo.

Si un número masivo, dominante, de individuos tiene esta creencia, la nación existe. Soy más reservado sobre el uso de la palabra *identidad* cuando se aplica, colectivamente, al grupo mismo. Fernand Braudel nos ha dejado como testamento una *Identité de la France* que no estoy muy seguro que añada gran

cosa, por la presencia de esta palabra, a lo que nos habían dicho Vidal de la Blache y Michelet. Y acabo de recibir un proyecto de «Identirama» referido a Cataluña, interesante por el anuncio de su contenido, pero con un título que me parece innecesariamente pretencioso. Cabe desconfiar de las modas verbales.

Me harán seguramente la siguiente pregunta, y yo también me la formulo: ¿la Cataluña de hoy es todavía la de 1927? Han pasado muchas cosas desde entonces, una inmigración masiva en particular. ¿Se pueden repetir mis observaciones sobre el sentimiento de pertenencia?

Me considero mal informado sobre este punto. Me falta el contacto cotidiano, temo que el círculo de mis amigos quizá no sea una muestra representativa de la sociedad catalana. Y, a decir verdad, se trata de un problema grave: ¿Cataluña, sociedad atractiva entre 1950 y 1980, se ha convertido, en los años ochenta, en sociedad asimiladora? En el tiempo de la transición presidida por Adolfo Suárez asistí a una manifestación de andaluces de Barcelona cuyo eslogan, poco respetuoso con el presidente del gobierno, acababa con un «Cataluña es la nación». Era tranquilizador. Pero la afirmación catalana estaba entonces espontáneamente vinculada a toda la reivindicación democrática. ¿Esto se ha mantenido? Francesc Candel ha confirmado su optimismo en una segunda parte de *Els altres catalans*. He oído opiniones menos serenas. El futuro lo dirá. La lengua será el signo y la escuela, el instrumento.

Un viejo amigo catalán me ha contado que, en la escuela de su infancia, el maestro hablaba castellano, refería la historia de España, los alumnos aplicados se esforzaban en escribir bien la lengua del Estado, pero que, tan pronto sonaba la campana del recreo, o de la salida, triunfaba el catalán, lengua materna. Hoy ocurre, me han contado, que el maestro, en la escuela, habla catalán, que los alumnos aplicados llegan a escribirlo bien, pero que en la calle, o en el recreo, el castellano, lengua

del hogar, recupera su dominio. Es, pues, otra etapa: el catalán, convertido en lengua reconocida, lengua de élite, lengua de cultura, ¿sacará provecho de estas ventajas? Sobre este punto la discusión continúa viva: un manifiesto en defensa del castellano causó sensación; pero la masa popular es sin duda menos reacia que la minoría lingüística intelectual. Y mis recuerdos de la Escuela Normal de la Generalitat de antaño me inspiran una gran confianza en el cuerpo docente catalán a nivel primario. Soy igualmente respetuoso ante los responsables de la normalización lingüística o ante los organizadores del Segundo Congreso de la Lengua Catalana. Las estadísticas no son desalentadoras: en el antiguo Principado la práctica totalidad de los habitantes comprende el catalán, las dos terceras parten lo hablan; menos de una tercera parte, es cierto, lo habla, lo lee y lo escribe al mismo tiempo. ¡Pero solo han pasado quince años desde el final del franquismo!

En este principio de final de siglo (y, después de 1492, habrá que conmemorar 1898), Cataluña, reconocida como nacionalidad pero no dueña de su destino, oscila entre decepciones grandes y pequeñas, entre vastas esperanzas y proyectos modestos.

Las generaciones muy viejas (las que se extinguen) han vivido demasiadas tragedias para no ser indulgentes con el presente. A los chicos más jóvenes se les invita a representar el papel de la combatividad, la competitividad, la ambición, el dinero; la excesiva desigualdad de los combates les hace temer el abismo de la marginación. En las edades intermedias, entre aquellos que vivieron la resistencia a Franco, noto a veces sombras de melancolía ante una Cataluña-patria que a menudo adopta el rostro de una Cataluña-empresa. ¿Dónde quedan aquellos tiempos en que Josep Tarradellas estaba en el exilio, Jordi Pujol en la cárcel, en que *mossèn* Xirinacs ayunaba ante la cárcel Modelo, en que la gente se encerraba en Montserrat, en

que Joan Fuster afilaba sus ironías, en que Raimon cantaba «Diguem no» y «Societat de consum»? Estas nostalgias nos harían esbozar una sonrisa si no fuera porque varios muchachos muy jóvenes (los Solé, Puig Antich), en nombre de los mismos rechazos, de las mismas esperanzas, se jugaron la vida y la perdieron. Por ello nos guardaremos de decir «¡Qué hermosa era Cataluña en tiempos de Franco!», a la manera de los republicanos franceses de 1880, que decían de su República «¡Qué hermosa era en tiempos del Imperio!». El cumplimiento de un sueño nunca está a su altura.

El «Cataluña tiene mil años», no obstante, ha intentado que reviviese la Cataluña-persona. Pero el tiempo de las imágenes románticas o modernistas es difícil que reviva. Ya he hablado de mis reservas sobre la Cataluña-identidad. Pero la Cataluña-personalidad es hoy patente. Una encuesta del periódico francés *Le Monde* relacionaba no hace mucho los países catalanes y los del Languedoc. El Ayuntamiento de Barcelona había insertado este anuncio:

No tengo un gusto particular por las fórmulas publicitarias, y me gustan demasiado Vic y Gerona, Berga y Lérida, que han continuado siendo ellas mismas en su modernización,

para confundir a Cataluña con su capital (como solemos hacer demasiado a menudo). De todas formas, aprecié la presentación de este anuncio por sus asociaciones, voluntariamente desordenadas, entre cosas muy antiguas y muy nuevas, muy profundas y muy fútiles, muy personales y muy colectivas, muy locales y muy universales. Haber visto nacer en una masía de Gallifa las cerámicas de Miró para el museo Guggenheim ha quedado en mí como un recuerdo simbólico. Perdonadme el carácter personal de estas consideraciones. Si he aceptado la responsabilidad moral de esta *Historia de Cataluña* es porque me sentía al mismo tiempo historiador y testigo.

Primavera de 1990